

Benito Juárez

***Documentos,
Discursos y Correspondencia***

Tomo 5, capítulo XLVI

Selección y notas de
Jorge L. Tamayo

Edición digital coordinada por
Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva

Tomo revisado y anotado por
Carlos Sánchez Silva

Versión electrónica para su consulta
Aurelio López López



Año 2006

Tomo 5, capítulo XLVI

**Anotado y revisado por
Carlos Sánchez Silva
(UABJO)**

**con la colaboración de
Maira Cristina Córdova Aguilar**

Capítulo XLVI
Llegan Prim
y las demás fuerzas aliadas a Veracruz
Enero de 1862

CAPÍTULO XLVI

LLEGAN PRIM Y LAS DEMÁS FUERZAS ALIADAS A VERACRUZ

Enero de 1862

Ya en páginas anteriores se han señalado los hechos que permiten seguir el proceso que generó la invasión tripartita, pero se hace necesario destacar los antecedentes de la participación española y muy especialmente la intervención del general Prim.

Durante la primera mitad del siglo pasado, algunos dirigentes de la política de España soñaron con recobrar las antiguas colonias, pero al triunfo de los grupos liberales españoles surgió una corriente opuesta que neutralizó la anterior, si bien no pudo eliminarla.

Tardíamente reconoció España la independencia de México en el tratado de paz y amistad firmado en Madrid el 28 de diciembre de 1836. Más tarde, el 17 de julio de 1847, se firmó una convención por la que México aceptó hacerse cargo de las deudas de la Nueva España, lo que motivó una serie de discusiones y controversias entre los gobiernos que culminaron con la firma de un tratado el 12 de noviembre de 1853, que más tarde fue desconocido por el propio gobierno conservador al descubrir que se habían incluido numerosas reclamaciones fraudulentas.

Al triunfo de la revolución de Ayutla, se negoció con grandes dificultades un convenio que establecía la revisión de créditos, gracias a la comprensión y buena voluntad del ministro español Miguel de los Santos Álvarez. Pero el gobierno español no estuvo conforme y destituyó a su ministro "que salió de México rodeado de general simpatía y aun entre manifestaciones de pública estimación".¹

¹ *Don Juan Prim y su labor diplomática en México*, Archivo Histórico Diplomático

Diversos incidentes posteriores, en particular el asesinato de españoles de la hacienda de San Vicente perpetrado por unos bandidos, hicieron más hondas las dificultades. El gobierno español se mostró intransigente, por lo que no fue posible zanjar todos estos problemas.

Los conservadores, solícitos, aceptaron las inmoderadas pretensiones de España y concertaron el tratado Mon-Almonte, el 26 de septiembre de 1859.

Al discutirse, el 13 de diciembre de 1858, en el senado español la contestación al discurso de la corona, el senador general Juan Prim, conde de Reus, presentó por escrito esta moción:

Ruego al senado se sirva admitir la siguiente enmienda al párrafo relativo a la cuestión de México:

El senado ha visto con pena que las diferencias habidas con México subsisten todavía. Estas diferencias hubieran podido tener una solución pacífica, señora, si el gobierno de vuestra majestad hubiera estado animado de un espíritu más conciliador y justiciero. El senado entiende que el origen de estas desavenencias es poco decoroso para la nación española y, por lo mismo, ve con sentimiento los aprestos de guerra que hace nuestro gobierno, pues la fuerza de las armas no nos dará la razón que no tenemos.²

Con energía y conocimiento del problema justificó su propuesta, insistiendo en lo doloso y fraudulento de muchas de las reclamaciones, originándose un largo debate que requirió dos sesiones con la intervención del ministro de Estado, Calderón Collantes. Finalmente, puesta a votación, fue rechazada por 122 votos contra uno, el del Gral. Juan Prim.

Mexicano, México, 1928, p. XI.

²*Ibidem.*, pp. XII y XIII.

En un momento de la acalorada discusión dijo estas frases que, algún día, deberán grabarse al pie del monumento que México adeuda a Prim:

No seáis tan arrogantes con México de quien sabéis que no tiene ejército ni armada que poderos oponer. ¿Qué vais a ganar en esa empresa? Lo que haréis es destruir la influencia que debe tener allí siempre la raza española. La influencia no se impone a cañonazos. Deteneos si es tiempo todavía; pero si no lo fuere por haber sonado ya el cañón español, en ese caso ¿qué he de desear sino que venza el pabellón de mi patria? Eso deseo en último resultado y si para vencer necesitáis una espada más, disponed de la mía.³

Naturalmente el gobierno constitucional, al firmarse en 1859 el tratado Mon-Almonte, le negó validez y en 1860 al volver a la capital expulsó al ministro español Pacheco "que había hecho causa común con los conservadores".⁴

Ya hemos visto que las relaciones se hicieron aún más tensas y que el Gral. Prim estuvo pendiente de facilitar a Juan Antonio de la Fuente su contacto con el gobierno español.

Finalmente, por la concurrencia de otros factores, el gobierno español resolvió enviar una expedición militar a México y a ese fin dio órdenes, el 11 de septiembre de 1861, al capitán general de Cuba para que la preparara. Parece ser que desde ese momento ya se había decidido que Prim la encabezara, pues para fines de septiembre, en la corte francesa, se comentaba esto con desagrado.

Más tarde, España se incorporó a la alianza tripartita y nombró a Prim, no sólo el jefe militar, sino también el plenipotenciario.

No hemos encontrado aún prueba documental, pero desde entonces se ha dicho que Prim ofreció sus servicios al gobierno de su patria, para

³ *Ibidem.*, p. 21.

⁴ *Ibidem.*, p. XII.

la expedición a México. Mucho se ha especulado sobre las razones que lo indujeron a ello.

Por otra parte, se han lanzado diversas hipótesis sobre las intenciones del gobierno español. De la lectura de los documentos de la época y de los estudios que mexicanos y españoles han realizado de este dramático suceso, hemos llegado a la conclusión de que Prim vino a México consciente de la situación, deseoso de estorbar el establecimiento de una monarquía y, en cierta medida, dispuesto a ayudar al gobierno liberal.

El 17 de noviembre se designa a Prim, comandante de las fuerzas de mar y tierra "que se envían a México para obtener reparación completa de los agravios que nos ha inferido el gobierno de esa República",⁵ además plenipotenciario para llevar adelante las negociaciones necesarias.

El examen de las instrucciones permite constatar que el gobierno español no manifiesta interés en intervenir en la vida interna del país, salvo en el párrafo en que se alude al "establecimiento de un gobierno sólido y acomodado a las necesidades y creencias del pueblo mexicano..."

Sin embargo, es notoria la despectiva e injusta calificación de la situación mexicana. También el documento es contradictorio pues ¿cómo se puede respetar su soberanía y a la vez favorecer la instauración de un nuevo gobierno?

Al día siguiente se avisa al Gral. Serrano esta designación, explicándole el motivo de no confiarle el mando de esta expedición.

Prim, acompañado de su esposa y su pequeño hijo, se embarcó en el *Ulloa* el 23 de noviembre de 1861 en Cádiz, se detuvo en Santa Cruz de Tenerife el 2 de diciembre e hizo escala en Puerto Rico donde se enteró de la precipitación de Serrano al enviar la expedición a México. Inquieto, escribió a su amigo Ricardo Muñiz y se destaca en esa carta el párrafo en que dice: "Está oscuro y huele a queso. Serrano, faltando a las terminantes órdenes del gobierno, ha hecho salir las tropas para

⁵ En este tomo.

Veracruz, mandadas por Gasset; infórmese usted de esto y escriba cuanto sepa y averigüe".⁶

Finalmente, llega a La Habana el 23 de diciembre, donde fue recibido con arcos triunfales, comidas, serenatas, obsequios, etc.; pero esto no le agrada, porque en "el fondo de todo aquello observó que los homenajes a él rendidos estaban en gran parte dictados por sueños e inclinaciones de reconquista".⁷

También habían llegado las expediciones francesa y británica, la primera con 11 buques y 2,400 hombres, la segunda con siete buques y 800 hombres de desembarco, por lo que fue necesario que los jefes de ellas se entrevistaran con Prim. Los informes y cartas del vicealmirante de la Gravière,⁸ muestran que Prim no se recataba en externar sus opiniones, las que alarmaron al jefe francés.

Asimismo lo entrevistaron el Gral. Miramón, el padre Villalobos y el inquieto padre Miranda. La carta de este último, que se incluye en el capítulo, permite conocer la actitud de Prim frente a los conservadores mexicanos.

De la Gravière entretiene sus ocios en La Habana desde el 23 de diciembre en que llegó, redactando un proyecto de movilización de las

⁶ J. Miquel y Vergés, *El general Prim en España y México*, Hermes, México, 1949. p. 204.

⁷ Emeterio Santovenia, "México y España en 1861-1862", *Revista de Historia de América*, núm., 7, México, diciembre de 1939, p. 59.

⁸ Jurien de la Gravière, Jean Pierre Edmond. Nació en 1812; entró a la Marina en 1823, siendo promovido a capitán de Corbeta en 1841; recibió el grado de capitán de Navío en los mares de China; participó en la guerra de oriente. Tuvo el comando de las fuerzas francesas en la intervención de México, donde obtuvo el grado de vicealmirante en enero de 1862, pero dos meses después entregó el mando al conde de Lorences. En 1864 fue ayudante de campo de Napoleón III, gran oficial de la legión de honor, senador y miembro del consejo del almirantazgo marino muy instruido, escritor de mérito, fue miembro de la academia de ciencias de Francia.

Frecuentemente en la correspondencia de este volumen se le designa con diversos grados, lo que es erróneo. Durante su estancia en el país ostentaba el grado de vicealmirante.

tres flotas y hasta una minuta del documento intimidatorio o *ultimátum* que había que presentar al gobierno mexicano;

Finalmente se resolvió que las flotas iniciaran su travesía; la británica parece salió el 1º de enero y al día siguiente las flotas española y francesa. Prim se embarcó en la nave *Francisco de Asís*, que llevaba de escolta el San *Quintín* y el *Ulloa*.

La escuadra inglesa avistó Veracruz el 6 de enero y en los dos días siguientes la española y la francesa.

Prim desembarcó el 8 de enero en forma solemne; las "tropas españolas le rindieron honores y el vecindario lo aclamó".⁹ Se trasladó desde el embarcadero a su alojamiento a caballo.

Hace de inmediato las siguientes declaraciones, que desconciertan a los intervencionistas mexicanos y causan sorpresa y molestia a Saligny y de la Gravière.

No venimos a dominar ni a conquistar: venimos a exigir una satisfacción de injustos agravios pasados y a obtener garantías para el porvenir. Creo que convencidos de nuestras lealtades y justas intenciones, los mexicanos no se nos opondrán con las armas en la mano; pero si lo hicieren, ellos solos serán los responsables de los resultados y nosotros sólo tendremos la satisfacción de haber cumplido con nuestro deber y nuestra conciencia. . .¹⁰

Pero no se conforma con ello; al recibir informes de la ocupación de San Juan de Ulúa, arroja un cubetazo de agua fría a quienes se sienten orgullosos de haberse apoderado de la fortaleza, sin resistencia de parte de las fuerzas mexicanas que la evacuaron, al estampar en la orden general del día 9 lo siguiente:

⁹ Miquel y Vergés, *El general Prim*, p. 207.

¹⁰ *México a través de los siglos*, V, p. 513.

No embargue vuestro ánimo la importancia conseguida. Si la bravura es proverbial en las armas españolas, hijos son también de España los que tal vez aquí tengamos que combatir. Si sus discordias intestinas, si sus disensiones los dividen y perturban, no por eso merecen menos la consideración de los pueblos que por su dicha disfrutan paz y sólido gobierno.¹¹

Es un lenguaje de comprensión y afecto, de un amigo dispuesto a servir a México.

Ya están las fuerzas militares de la alianza tripartita en Veracruz; ahora inician sus cabildeos, discusiones y controversias.

Saligny ya desde la ciudad de Veracruz escribe al Gral. Rollin una carta en que sin recato se expresa con malevolencia tanto de liberales como de conservadores y al referirse al Gral. Manuel Robles Pezuela afirma que comparte sus ideas y "servirá fiel y útilmente a la política que determine seguir el emperador" francés. Respecto a López Uruga pone en sus labios expresiones desfavorables al régimen constitucional.

El gobierno mexicano para organizar la defensa y la cooperación de las diversas entidades las declaró en estado de sitio y encargó a las autoridades militares los mandos político, civil y militar; tal hizo en el curso del mes de enero en San Luis Potosí, Puebla, Veracruz y Colima.

El Gral. López Uruga como jefe del ejército de oriente escribe con frecuencia cartas absurdas al presidente Juárez. Es notorio que no se da cuenta de la situación y de su responsabilidad. Se ocupa de cuestiones pueriles y los asuntos de importancia los trata con despreocupación, en forma superficial y con visible falta de estudio.

Tan luego llegó Prim a Veracruz, Gutiérrez de Ruvalcaba se apresuró a presentarle un informe escrito en que detalla lo que la armada española realizó desde su llegada a las costas mexicanas. El documento es interesante y útil porque precisa hechos y fechas. Además rindió un informe especial sobre los sucesos de Tampico y Alvarado.

¹¹*Ibidem*, p. 513.

Consultando diversas publicaciones logramos reunir un importante acervo de materiales sobre la reunión de los representantes de España, Francia y Gran Bretaña en Veracruz y la serie de discusiones que sostuvieron en el curso del mes de enero. Afortunadamente, fue posible enriquecer estos materiales con documentos inéditos localizados en el archivo de la embajada de España en México.

El informe del Gral. Prim a su gobierno del 14 de enero, permite conocer paso a paso la secuela de las conversaciones entre los plenipotenciarios, comprobándose que desde luego el representante español logró una posición de hegemonía. Consiguió que la proclama al pueblo de México, redactada anticipadamente por él y adoptada "unánimemente sin modificación alguna de importancia" y que su proyecto de nota colectiva al gobierno constitucional fuese también aceptada "con muy ligeras alteraciones. . .". Se reproduce este documento del manuscrito original. Tomando en cuenta la situación, representa el reconocimiento del gobierno de Juárez por las tres potencias, servicio que había que abonar íntegramente a Prim.

En otro informe también de esa fecha, relata Prim, cómo los plenipotenciarios británicos se opusieron a que se presentara en el ultimátum francés la deuda a la casa *Jecker*. Asimismo explica que como única salida ante la oposición española-británica, se resolvió enviar la declaración conjunta con los comisionados de las tres potencias sin los ultimátums específicos de cada una de ellas. Estos documentos se reproducen y muestran la diferente actitud de cada una de las potencias.

Frente a esta versión, se ofrece la de Saligny a su gobierno del 15 de enero en que tergiversa los hechos y ataca a Prim. Es también interesante comparar esos documentos con el largo y prolijo informe del vicealmirante de la Gravière.

La comisión que debería entregar en la ciudad de México la nota colectiva se integró en la siguiente forma:

Brigadier Lorenzo Millans del Bosch	(español)
Capitán Edward Tatham	(inglés)
Capitán Thomasset	(francés)

Cada uno llevó un ayudante, cuyos nombres a continuación aparecen:

Comandante José Argüelles	(español)
Teniente Koor	(inglés)
Aspirante De Fils James	(francés)

Los comisionados emprenden la marcha el 14 de enero haciendo uso de un salvoconducto del Gral. López Uraga.

Un capitán francés de estado mayor, de apellido Capitán, visita a López Uraga y rinde a sus superiores un informe verdaderamente penoso por las indiscreciones del jefe del ejército de oriente.

Zaragoza ve con desconfianza y crítica se haya permitido el paso de esta comisión sin tomar precauciones. Considera que son personas que van tomando nota del terreno que cruzan.

Los comisionados llegaron a la ciudad de México el 20 de enero y al día siguiente fueron recibidos por el presidente Juárez y el ministro de Relaciones, Doblado.

El capitán Thomasset rindió al fin del mes un amplio informe a de la Gravière, que figura en este capítulo, relatando los diversos incidentes del viaje. Es un documento en el que se emiten juicios injustos sobre Juárez y Doblado, así como sobre el Gral. López Uraga y el Gral. González Mendoza.

Confirmando los temores del Gral. Zaragoza, anuncia que "durante el camino observé todas las posiciones, me dediqué a tomar todos los datos que me parecían ser útiles para el movimiento de nuestras tropas" ofrece rendir más tarde un informe especial al respecto, pero desde luego emite opiniones sobre los contingentes necesarios para ocupar la ciudad de México y proteger la línea de comunicaciones con Veracruz. Señala que es necesario disponer de 15,000 hombres de infantería y 1,000 de caballería. Es pesimista respecto a la posibilidad de que los monarquistas logren levantar fuerzas, eso ocurrirá hasta ocupar la ciudad de México.

El día 23 "fueron obsequiados por el ministro de Prusia Wagner, con un convite a que asistieron los ministros Terán, Doblado y González

Echevarría, el encargado de negocios de Bélgica, el ministro americano y los señores gobernador del distrito, Rodríguez de San Miguel, Velázquez de León, Monjardín, Escandón, Mozo, Rubio, y Montes".¹²

En esta reunión se propuso un brindis por México y corrió la conseja que el brigadier Millans del Bosch "había declamado contra la monarquía y brindado por la República Universal. . ." Esto motivó que el Gral. Prim tuviera que precisar al senado español lo ocurrido, en su discurso del 10 de diciembre de 1862, del que tomamos el párrafo siguiente:

El banquete tuvo lugar en la legación de Prusia, y como el diplomático alemán lanzara una delicada provocación a los jefes aliados, en la esperanza sin duda de que su respuesta le daría materia para enviar un despacho profético a su gobierno, Millans, como jefe más caracterizado, le contestó concretándose a asegurar la lealtad, la buena fe y el desinterés de las naciones aliadas, y concluyó brindando por las damas mexicanas, ni más ni menos.¹³

Los emisarios recibieron la respuesta firmada por Doblado el 23 de enero y regresaron a Veracruz en compañía de José María de Zamacona, quien con carácter oficial tenía encargo de ampliar y completar la nota.

La respuesta del gobierno mexicano, digna, juiciosa, invita a los plenipotenciarios aliados a reunirse con los mexicanos en Orizaba para discutir las reclamaciones y concertar convenios.

Podrían trasladarse con una guardia de honor de 2,000 hombres y, por ende, sugería se reembarcaran las tropas sobrantes para poder deliberar sin la presión de esa fuerza. Es un documento que honra a Juárez y Doblado, por lo sensato y digno.

¹² *Colección de las efemérides publicadas en el Calendario del más antiguo Galván*, desde su fundación hasta el 30 de junio de 1950, México, 1950, Antigua Librería de Murguía, P. 111.

¹³ *Don Juan Prim y su labor diplomática*, p. 165.

Del mismo corte son las instrucciones que Doblado da a Zamacona y que forman parte de este capítulo.

No todo es adverso; la República de Perú, enterada de lo que ocurría en México, designó al doctor Nicolás Corpancho encargado de negocios ante el gobierno de Juárez. Por la falta de comunicaciones directas fue primero a Washington y se puso en contacto con Matías Romero quien lo introdujo con el secretario de Estado, Seward. Son por demás interesantes los informes de Romero, que aparecen en el capítulo, en relación a la actitud de Corpancho y sus entrevistas con Seward.

Juárez continúa informando a Vidaurri de todo lo que ocurre y en sus cartas se percibe que está consciente de la gravedad de la situación, pero no es pesimista, confía en el triunfo del pueblo mexicano.

Santa Anna, desde Jamaica, está en comunicación epistolar con Gutiérrez de Estrada y arremete contra Prim, contra Doblado y concluye mostrándose pesimista y teme que la intervención resulte "un pastel". Para fin de mes, sus cartas son aún más quejumbrosas.

Los plenipotenciarios no pueden ponerse de acuerdo sobre las reclamaciones, porque las francesas son tan absurdas y excesivas que Wyke no está dispuesto a apoyarlas, ni tampoco Prim. Se reproducen los informes a sus gobiernos de Prim, de la Gravière y Saligny sobre las reuniones para tratar estos temas, que ilustran sobre el empeño de Saligny de salir adelante con el negocio Jecker.

En comunicación del 19 de enero, Prim relata que Wyke se franqueó respecto a que la Gran Bretaña vería con gusto una monarquía en México; de la Gravière amplió esto anunciando que tenía órdenes de intervenir a favor de una monarquía y que el candidato del emperador francés era el archiduque Fernando Maximiliano de Austria y "que para favorecer esta candidatura, pondría en juego todos sus medios de acción y haría uso de toda su influencia oficial y privada".

En contraste a esto, el gobierno español envió a Prim una nota el 22 de enero ratificando que frente al deseo de crear una monarquía en México, no prescinde del "principio fundamental de la política española en América, de dejar a sus habitantes en plena libertad de establecer el gobierno más conforme a sus necesidades y creencias".

Los gobiernos de Francia y Gran Bretaña se disgustaron porque la expedición española se adelantó; a regañadientes el gobierno británico aceptó las explicaciones, pero Napoleón III resolvió enviar tropas de desembarco al mando del conde Laurencez.

Pendiente de la marcha de la administración, el gobierno constitucional por falta de recursos tiene que suprimir el tribunal superior del Distrito Federal y los tribunales de circuito existentes en el resto del país.

Finalmente, expide la ley para castigar los delitos contra la nación, el orden, la paz pública y las garantías individuales. Es una ley en defensa de la soberanía de un estado atacado por una coalición de invasores, por ello tuvo que ser muy dura, señalando en varios delitos la pena de muerte y en otros muchos años de prisión.

Es una ley de circunstancia que necesariamente tenía que ser drástica. Pasó a la historia con el nombre de la fecha de su expedición: 25 de enero de 1862.

La llegada a Veracruz del Gral. Miramón fue un nuevo motivo de divergencia entre los jefes aliados. Los británicos lo aprehendieron a bordo de un barco inglés de pasajeros y lo trasladaron a uno de guerra.

Aparece en este capítulo un documento de suma importancia: la memoranda de la entrevista de Maximiliano y Almonte en Miramar, el 22 de enero de 1862, en la que se concretan los puntos señalados para poner en marcha el proyecto de la intervención francesa en México.

Después de enojosas discusiones en las que el Gral. Prim fue factor moderador, Wyke aceptó fuera reembarcado rumbo a La Habana. Argumentando que había indicios de que se le quería liberrar a bordo del barco, se le retuvo y al fin, fue enviado en una embarcación de guerra inglesa a Cuba.

Las notas de Prim y de la Gravière ofrecen información valiosa sobre este incidente, en que claramente se percibe el deseo de los ingleses de castigar a Miramón por el asalto a la legación que llevó a cabo a fines de 1860.

Los comentarios de la Gravière a la respuesta del gobierno mexicano, en su informe al gobierno francés, dan luz sobre los

propósitos. Es cruel y sarcástico al relatar sus entrevistas con Zamacona, enviado del gobierno constitucional.

De la Fuente, con gran actividad continúa enviando noticias de Europa sobre la intervención, que demuestran cómo la demora en recibir informes, hace que los gobiernos comenten los acontecimientos y actúen con notorio retraso.

Hidalgo también está confuso y escribe a Miranda que no confíe en Miramón y anuncia que Almonte se dispone a trasladarse a México.

Margarita Maza de Juárez no está al margen de los esfuerzos para detener a los invasores. Un grupo de señoras de Orizaba, en carta de 21 de enero de 1862, piden su colaboración para la colecta destinada al hospital del ejército de oriente. Ella acepta la invitación y envía una carta a los redactores del *Siglo Diez y Nueve*, exhortando al pueblo a que coopere en ese "objeto tan patriótico como humanitario".

DOCUMENTOS

Enero de 1862

POR LA GUERRA CIVIL LOS ESTADOS UNIDOS
NO PUEDEN AYUDAR A MÉXICO

Washington, enero 1º de 1862

Excelentísimo ministro de Relaciones Exteriores
México
Excmo. señor:

La festividad de este día, en la que es costumbre en este país hacer multitud de visitas, me proporcionó la ocasión de ver a un gran número de personas prominentes, entre las cuales se encuentran algunos senadores y varios diputados. La primera pregunta que me hacían casi unánimemente, era qué noticias había yo recibido de México, en cuyos asuntos manifestaban interés y ansiedad. Yo contestaba que mis noticias no eran muy recientes pero que, por los antecedentes que tenía, creía que Veracruz llevaría algunos días de estar ocupado por las fuerzas españolas. Casi todos manifestaban deseos de saber qué clase de resistencia haríamos y con qué elementos contábamos para hacer una oposición fructuosa.

En todos advertí también con una notable uniformidad muestras de pesar por los peligros que amagan a nuestro país, de simpatías por nuestra causa, la creencia de que si los Estados Unidos no estuvieran empeñados en su actual guerra civil, las potencias europeas no hubieran intentado siquiera intervenir en México y el deseo sincero, al parecer, de que cuando se arreglen aquí las dificultades interiores se nos concedan los auxilios que necesitamos.

Más de una persona me dijo: "sosténganse ustedes un poco, que cuando nosotros terminemos nuestra guerra civil nos encontraremos más fuertes que nunca con un ejército de 500,000". Todos, sin embargo,

manifestaban lo que es demasiado cierto y he estado diciendo a ese ministerio desde hace tiempo, esto es que, en las circunstancias actuales, cuyo término está, por desgracia, muy distante, no es posible a los Estados Unidos prestarnos ningún auxilio. Ésta puede considerarse como la opinión de la parte sensata e ilustrada del país.

Por supuesto que yo procuré aprovechar la ocasión para manifestar a todos que no necesitábamos más auxilio que el pecuniario para comprar armas y mantener nuestros ejércitos pues que tendríamos de sobra gente aguerrida y entusiasta y podríamos levantar tantos soldados cuantas armas tuviésemos. También procuré impresionar a mis oyentes de que la expedición europea amaga tanto a los Estados Unidos como a México, que es guerra de las instituciones monárquicas contra las republicanas y que la considerable fuerza naval reunida en el golfo es demasiado grande para México y no puede estar dirigida sino contra los Estados Unidos.

Lo que tengo la honra de comunicar a usted para su conocimiento y fines consiguientes, renovándole las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Dios, libertad y reforma.

Matías Romero

SALIGNY SE EXPRESA CON MALEVOLENCIA
DE LIBERALES Y CONSERVADORES

Veracruz, 1º de enero de 1862

Señor Gral. Rollin
(París)

Después de un fatigoso viaje no exento de peligro, llegué por fin el 17 de diciembre en la mañana a Veracruz, en el momento en que las tropas españolas comenzaban su desembarco, que no se caracterizó por la rapidez, pues debido al viento del norte el desembarco no fue completo sino hasta el 21. El material fue puesto en tierra algunos días más tarde.

Usted sabe ya que los mexicanos, a pesar de sus fanfarronadas, se precipitaron desde la primera intimación a evacuar la ciudad y la fortaleza, dejando gran cantidad de municiones y por lo menos 100 piezas de cañón que no tuvieron tiempo de llevarse. No me desagrada que ellos hayan tenido que sufrir esta humillación de parte de los españoles. Esperemos que para comenzar su conversión eso los volverá un poco más modestos.

Las potencias que han tenido que sufrir tantos ultrajes de parte de México están muy decididas a ponerles fin, a exigir reparaciones por el pasado y garantías para el futuro. Ya una parte de sus fuerzas está en Veracruz, el resto llegará en pocos días. Eso está muy bien pero no deben quedarse a medio camino; yo se lo dije ya muy a menudo, mi querido general, y no sabría repetírselo a riesgo de pasar por un terco, en el estado de desmoralización completa y sin igual en que este desdichado país ha caído; únicamente un remedio enérgico, radical e inmediato, puede salvarlo de una disolución total e inminente. En el fondo, como le repito, diecinueve vigésimas partes de la población desean la

intervención en secreto, aunque el temor, demasiado justificado por el pasado, puede comprometerles a no manifestar todavía sus aspiraciones. ¿Hay que extrañarse de ello? ¿Se ha visto alguna vez a un moribundo que aceptase el remedio que debe salvarle la vida, a menos que el médico no se decidiera a hacerle una cierta presión moral? No exageraré cuando le escribí hace unos meses que respondía de hacer aquí todo lo que quisiera el emperador, todo sin excepción. Este compromiso lo sostengo aún, con la condición de que se me den los medios y la autorización para actuar. En cuanto a los medios, dentro de unos días tendremos lo necesario.

Se me escribe desde París que el emperador ha tomado su resolución y escogido a su candidato. Usted comprende que yo no me debo conformar con un "se dice" y que tengo que ser informado directamente, cuando no oficialmente. Por lo demás y sin comprometer en nada mi persona, he comenzado a preparar el terreno. Tres hombres en este país pueden en el presente ejercer una acción preponderante y aun hasta decisiva: Doblado, (López) Uraga y (Manuel) Robles (Pezuela). El último es quizá el único auténtico general y tal vez el único hombre de México, al menos entre los que han representado un papel. Refugiado durante siete meses en la legación, se ha vuelto para mí un amigo seguro y adicto. Comparte mis ideas y mis convicciones y servirá fiel y útilmente a la política que determine seguir el emperador. Hombre instruido, prudente y moderadamente liberal, es amado y estimado por todo el mundo y ha ejercido por mucho tiempo en el ejército un ascendiente que no tardará en recobrar.

El señor Doblado, a quien no conozco, es un abogado que se hizo general como tantos otros en México. Tiene y merece, yo creo, la reputación de ser un hombre hábil pero sin conciencia y sin ideas, que no obedece a otro móvil que a su interés personal. Personas que parecen conocerlo bien, me aseguran que, con la atracción de un título y con la promesa de una gran posición, se le ganará fácilmente. Esto será tanto más factible quizá, ya que desde hace tres semanas que está en México investido de un poder dictatorial a pesar de la presidencia nominal de Juárez; sin embargo, está en dificultades con éste y todo su grupo.

(López) Uruga, general en jefe del ejército de oriente —es el título que se le ha dado—, es un militar como Robles, valiente aunque un poco alabancioso, hombre que no carece de experiencia pero sin gran capacidad y completamente desprovisto de moral como también de toda opinión política. Habiendo servido alternativamente a todos los partidos es esclavo de sus pasiones y de sus necesidades, va siempre a donde considera está su beneficio.

En mi último viaje lo encontré en su cuartel general de la Soledad, a 12 leguas de aquí y lo invité a almorzar conmigo, lo que le pareció agradarle dado el triste estado de su despensa. Ante ciertas proposiciones que le hice, con gran reserva, a causa de las entradas y salidas de su estado mayor, me manifestó el deseo de poder platicar libremente conmigo en fecha y lugar que me haría saber. Yo acepté y el día 24 (López) Uruga me escribió para pedirme que viniera a verlo al día siguiente en la mañana en Tejería, a cuatro leguas de aquí. No le referiré todos los detalles de esta entrevista que no duró menos de cinco horas. Después de ciertas precauciones oratorias (López) Uruga llegó a reconocer que el gobierno republicano no convenía a México y era la causa de estos 50 años de guerras civiles y del estado de desmoralización y de disolución en que había caído el país, al que no quedaba más que un medio de salvación: la monarquía. Agregué que él, Robles y Doblado debían tomar resueltamente la iniciativa y declararse sin más retardos. Él hizo primero algunas objeciones formales, después terminó por mostrarse algo convencido y, sin tomar compromisos positivos, lo que no podía esperar en una primera entrevista, me prometió escribir a Doblado y a Robles para tratar de entenderse con ellos.

Esta mañana recibí una carta que me escribió ayer de Córdoba, a 24 horas de aquí, para decirme que sería necesario que nos viéramos dentro de pocos días y que esperaba tener buenas noticias que anunciarme. He aquí la situación en que estoy con el general en jefe del ejército de oriente.

Veo a mí alrededor una gran cantidad de emisarios de los jefes de la reacción. Pongo una extrema reserva en mis relaciones con ellos, sin rechazar un apoyo que puede, en un momento dado, ser útil, pero evito

con cuidado comprometerme con ellos, cuyos excesos abominables habrían bastado para deshonorar y perder la mejor causa.

En esta carta, mi querido general, escrita en desorden a causa del calor tórrido y de la nube de mosquitos que me provocan un suplicio atroz, no le doy ciertos detalles que están consignados en mi correspondencia oficial. Si, a pesar de lo desordenado, estos garabatos le parecen de cierto interés, es inútil que le diga que usted puede hacer de ésta el uso que juzgue más conveniente. Le pido que tenga la bondad de comunicársela al ministro o de hacerle saber al menos lo esencial si usted teme que la obra le dé una muy mala idea de su autor.

Alphonse Dubois de Saligny

Posdata

Cartas de México recibidas en este momento anuncian la llegada de Doblado con el ejército de oriente, del cual, según ciertas personas, tiene la intención de tomar el mando. ¿Se habrá disgustado por mi entrevista con (López) Uruga y por los avances que éste hubiera podido hacerme? En todo caso, destituir a (López) Uruga sería destruir lo que pudiera quedarle de escrúpulos o de dudas. Con (López) Uruga y Robles tomando la iniciativa, las cosas marcharían por buen camino.

MIRANDA DESCONTENTO DE PRIM

La Habana, 1º de enero de 1862

Sr. vicealmirante Jurien de la Gravière
La Habana

Luego que me separé de usted el 30 del próximo pasado, estuve con el Gral. Serrano con el objeto de que me pusiese en relación con el Gral. Prim. Se manifestó muy deferente el Sr. Serrano, pero me dijo que sentiría mucho que el Gral. Prim me diese un mal rato —fueron sus palabras— en razón de estar muy prevenido contra el clero. Desistí de mi propósito en vista de la advertencia del Sr. Serrano, mas al regresar a mi posada me encontré con el aviso de que el Sr. Prim me recibiría a las ocho de la mañana del día de ayer, cosa que había solicitado yo por conducto de un amigo mío y del mismo general. Estuve al cabo con el Gral. Prim. La conversación giró sobre asuntos generales, procurando convencerme el general de que los gobiernos aliados no llevaban a México miras hostiles ni pensamientos determinados con relación a personas ni a formas de gobierno; que se deseaba oír a la nación para que se constituyese de una manera sólida aunque conforme a las ideas del progreso.

En el curso de la conferencia tuve ocasión de confirmar un concepto que me reveló el Sr. Serrano y que me llenó de espanto y fue que el marqués de Castillejos quiere a una sociedad como México, disuelta porque quiso vivir y nutrirse con los principios democráticos que han sido el origen de los males que Europa trata de curar; que en una sociedad cuyas tres quintas partes son indios o gentes que no saben discernir sus manos derechas de las izquierdas; en una sociedad donde la gente de orden, inteligencia, moralidad y arraigo está en minoría y

actualmente oprimida y sin vida por la tiranía demagógica; en una sociedad donde la experiencia de 40 años ha venido a demostrar que las elecciones populares no han sido sino instrumentos de la violencia y del desorden, porque en México es un hecho igualmente demostrado que las facciones disolventes son las únicas que se lanzan y disputan en la arena electoral; a una sociedad como ésta, decía yo, el Gral. Prim trata de aplicarle como único remedio el sufragio universal, expediente peligroso en todos los países, pero en ninguno como en México, donde decididamente vendría a sellar la sentencia de muerte. ¡Sufragio universal en México! Si la cosa no fuera tan seria y de tantas consecuencias, yo desearía que el héroe de Castillejos hiciese su ensayo, seguro de que no obtendría más resultado que el que las urnas electorales le dijese: constitución de 1857, leyes de reforma, ninguna intervención extranjera y si el Sr. Prim se conformaba con este claro resultado que dejaba en pie todas las cuestiones pendientes: el germen de la guerra civil, la anarquía del país y su disolución. ¿Qué habría sacado de provecho para Europa? Nada, ni siquiera la seguridad del pago, porque es necesario comprender bien que a México más que voluntad de pagar sus deudas le falta la posibilidad de poder hacerlo, por el desorden de su administración y lo dispendioso de sus gastos.

Sobre este punto, señor almirante, permítame usted que llame su respetable atención, porque a pesar del odio que se tiene en México a los españoles, en el momento que se descubriesen las intenciones del Gral. Prim, serían aplaudidas por los liberales y aceptadas con entusiasmo. Aun sin conocerse sus intenciones ya se está levantando en México un partido dispuesto a conceder a los gobiernos aliados todo lo que le pidan con tal de echar él los cimientos de la situación venidera, porque él conoce lo mismo que nosotros que todo depende del modo con que la nación sea convocada para que exprese su voluntad.

Más adelante expondré a usted mi humilde modo de pensar para salvar las dificultades que nos está causando el general español; por ahora le seguiré exponiendo nuestra entrevista.

Me pareció conveniente decirle que había yo solicitado hablar con él porque, conociendo que la suerte de mi patria estaba en sus manos, era

un deber mío ofrecerle mis servicios; que no me tuviese como representante de ninguna corporación; que yo no era sino un individuo particular aunque representaba en mi país un principio político. Le dije, refiriéndome a la explicación que me hizo de la intervención, que así la había yo comprendido y que en ese sentido había escrito a los jefes de la revolución y me pareció (conveniente) añadir para desorientarlo enteramente, inspirarle confianza y alejarlo de nuestro verdadero pensamiento, que yo había procurado desimpresionar a los mexicanos de la idea de que se trataba de colocar en México a un príncipe alemán; que yo aceptaría la monarquía si la monarquía fuese en México posible.

Entiendo que algo gané con mis palabras en el ánimo de Prim, aunque no lo pude traer al terreno y que se reducía a que me tolerase cerca de sí y me pusiese en relación con usted. Terminantemente me dijo que no quería que en México se entendiese que me había hablado, ni que maliciasen que tenía relación conmigo, porque deseaba no preocupar la cuestión y presentarse como neutral y, respecto a las relaciones con usted, dos veces rehusó contestarme. A esto se redujo la conferencia.

Antes de pasar adelante advertiré a usted que me dijo el Gral. Serrano que las instrucciones del Sr. Prim eran vagas e indeterminadas, que estaba autorizado para terminar la cuestión de México como le pareciera más conveniente.

Paso ahora a exponer a usted mi modo de pensar en estas dificultades.

En primer lugar debe llevarse al cabo la muy acertada idea de usted de no tratar nada en Veracruz sino hasta México, pues esto dará lugar a que el Sr. Prim conozca más el país, palpe el odio que se tiene a los españoles y, por otra parte, tengamos nosotros lugar de preparar y uniformar el pensamiento y la acción de las fuerzas llamadas reaccionarias y, para obtener estos resultados es necesario cuidar que el Sr. Prim no suelte en sus proclamas ninguna palabra con relación a la política.

De ningún modo se debe admitir el llamamiento a la nación sobre la base del sufragio universal, ni sobre alguna otra especie de elección popular que exponga al azar el éxito del negocio principal.

En este particular consignaré aquí el pensamiento que de palabra tuve el honor de proponer a usted. Creo que la voluntad de la nación, si otra cosa más obvia no se pudiese hacer, debería explorarse como medio de transacción con el Sr. Prim, sobre las bases siguientes:

1°—Representación de los intereses políticos y sociales de los partidos que están en guerra.

2°—Representación de los intereses de las localidades.

3°—Representación de los intereses de las clases sociales.

La primera representación se puede fijar llamando desde luego a la asamblea nacional a todos aquellos que hubiesen sido presidentes o ministros de Estado en cualquier tiempo sin excluir ni aun a aquellos que hayan desempeñado esos puestos en ocasiones en que ha habido dos gobiernos en la República.

Por este llamamiento, bastante liberal, teníamos perdida la cuestión principal, pues prepondera el número de los ministros liberales pero tiene la ventaja de que vienen desde luego a la asamblea muchos de los hombres eminentes de México y de que puede alucinarsse el Gral. Prim por el carácter imparcial que tenía esa convocatoria tan amplia. El peligro a que por ella nos exponemos está enteramente resguardado por las otras dos bases.

Antes de manifestar a usted como deben hacerse los nombramientos, debo advertir que en México está ya establecido por la costumbre, creada por sus constantes revoluciones, que todas ellas se resuelvan por juntas de notables nombradas por el jefe triunfante y se ha dado el caso que dos generales y un teniente coronel hayan determinado una situación. De suerte que en México, este modo de terminar las revoluciones ya no se reputa como violencia.

En este supuesto, sin recurrir al expediente de elecciones populares, la designación de los representantes de las localidades o departamentos y los de las clases sociales, como ejército, clero, propietarios, comerciantes, mineros, agricultores y profesiones científicas, podría hacerse de uno de los dos modos siguientes:

Los jefes de las fuerzas aliadas en atención a la completa anarquía en que se encuentra el país, sin reconocer ningún gobierno, caso de que perdiera la legalidad el de Juárez, nombraban por sí tres individuos para que éstos hiciesen la designación de los notables o, reconociendo y tratando con el gobierno que exista en la capital, se establece, que los tres jefes de las fuerzas aliadas, en virtud de su misión y de los intereses que Europa tiene comprometidos en México, nombran un elector, otro es nombrado por Juárez o quien le hubiese remplazado y otro por Zuloaga, pues por estas combinaciones y suponiendo la completa y entera deferencia del representante inglés, siempre obtendríamos mayoría en la junta electoral.

En el primer caso, no siendo prudente que usted pudiese dispensarme el honor de designarme a mi, podría elegir al Sr. Antonio de Haro y Tamariz, persona que desempeñaría la comisión como yo mismo y el representante inglés podría escoger entre los individuos siguientes: licenciado Ignacio Sepúlveda, licenciado Teodosio Lares, licenciado Ignacio Aguilar y Morochó, licenciado Antonio Fernández Monjardín, licenciado José María Bocanegra, licenciado Manuel Díez de Bonilla, Gral. Severo del Castillo o el Gral. (Juan N.) Almonte, con preferencia a todos, si ya estuviese en la República.

En el segundo caso siempre debería designarse a cualquiera de los individuos indicados. Advertiré a usted de paso que el Gral. Robles es persona muy peligrosa y hago esta advertencia porque temo haya logrado captarse la voluntad del Sr. conde (Dubois) de Saligny. Asegurada la elección del Sr. Haro y Tamariz, podría, como muestra de deferencia, proponérsele al Gral. Prim que nombrase a don José González Echevarría, pariente de dicho general y actual ministro de Hacienda de Juárez, pues el señor Haro dominaría a González Echevarría, que no tiene principios y sólo deseo de figurar y que, por otra parte, tiene amistad íntima con el Sr. Haro. Bueno es que sepa usted todo esto para su gobierno.

Para el segundo caso podría ofrecerse la dificultad de que el gobierno de Juárez, como lo tiene anunciado en el manifiesto que tengo el honor de adjuntar a usted, no se prestase a ninguna combinación. Pero

entonces caería necesariamente por la fuerza de la situación y el negocio se allanaría o con los liberales moderados o con los llamados reaccionarios.

Todo lo dicho es bajo supuesto de no poderse hacer otra cosa, porque si el gobierno de Juárez abandona la capital al aproximarse las fuerzas aliadas, como sucedió en tiempo de la invasión del norte y alguno de nuestros jefes ocupa el palacio nacional, como se lo tengo dicho, no hay necesidad de echar mano de la primera de las bases que he considerado, ni de otra combinación que no sea la de que el jefe militar designe y forme la asamblea.

Se me ha asegurado que el Gral. Zuloaga se ha dirigido al Sr. Prim. Esto, de ser cierto, sería buen indicio.

Por diversas noticias que he recibido, entiendo que los jefes que sostienen los principios del orden están obrando conforme a mis indicaciones.

Los españoles en Veracruz se están portando con bastante torpeza. Por tener el Gral. Gasset el capricho de presidir las sesiones del cuerpo municipal, que se había prestado a seguir desempeñando sus funciones, lo que equivalía a la conquista del pueblo, dicho cuerpo se disolvió.

En virtud de lo que ha pasado con el Gral. Prim, nuestra comunicación se hace más delicada y difícil; no podré marchar tan cerca de usted como yo quisiera, pero siempre estaré a distancia conveniente. Deseo trasladarme cuanto antes a Veracruz, mas, teniendo que transcurrir todavía un mes antes de que pueda aprovechar el paquebote inglés, si usted lo juzga conveniente, le estimaría que se sirviese dejarme una orden para ser recibido, con una sola persona que me acompaña, en algún vapor que se dirigiese tal vez a Veracruz.

No me ocurre en lo pronto otra cosa que decir a usted sino desearle un feliz viaje y repetirle las consideraciones de mi respeto.

Francisco Javier Miranda

EL CAPITÁN GENERAL DE CUBA, ENTERA A PRIM DE LOS
SUCECOS EN MÉXICO

(Sr. Gral. Juan Prim)
Marqués de los Castillejos
Excmo. señor:

Acompaño a vuestra excelencia una reseña histórica de la cuestión suscitada con México y que ha determinado la acción común del gobierno de su majestad con los de Francia e Inglaterra. Acompaño, asimismo, la última comunicación documentada del Excmo. señor comandante general de la escuadra expedicionaria.

Con todos estos documentos que resumen cuanto hasta el día se ha hecho, considero que tiene vuestra excelencia cuantos datos son necesarios para formar su criterio y proceder al desempeño de la alta misión que ha tenido la honra de merecer de S. M.

Dios guarde a V. E. muchos años.

La Habana, 2 de enero de 1862.

Francisco Serrano

EL GOBIERNO DECLARA EN ESTADO DE SITIO
EL ESTADO DE SAN LUIS POTOSÍ

El ciudadano Presidente de la República se ha servido dirigirme el decreto que sigue:

Benito Juárez, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, a sus habitantes, sabed:

Que, en atención a las circunstancias extraordinarias en que se halla la República y a la peculiar posición del estado de San Luis Potosí, amenazado de ser uno de los primeros que invadan las fuerzas extranjeras, usando de las facultades de que me hallo investido, he tenido a bien decretar:

Artículo único. —Se declara el estado de San Luis Potosí en estado de sitio. La autoridad militar, nombrada por el gobierno general, reasumirá, en consecuencia, los mandos político, civil y militar.

Por tanto, mando se imprima, publique y observe.

Palacio nacional de México a 3 de enero de 1862.

Benito Juárez

Al ciudadano Manuel Doblado, ministro de Relaciones y Gobernación.

Y lo comunico a usted para su inteligencia y fines consiguientes. Libertad y reforma. México, etc.

(Manuel) Doblado

SE DECLARA TAMBIÉN EN ESTADO DE SITIO EL ESTADO DE
PUEBLA

El ciudadano Presidente Constitucional de la República se ha servido dirigirme el decreto que sigue:

Benito Juárez, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, a sus habitantes, sabed:

Que en atención a las circunstancias extraordinarias en que se halla la República y a la peculiar posición del estado de Puebla, amenazado inmediatamente de la invasión extranjera y, usando de las facultades de que me hallo investido, he tenido a bien decretar lo siguiente:

Artículo único. —El estado de Puebla se declara en estado de sitio. En consecuencia, la autoridad militar, nombrada por el gobierno general, reasumirá desde luego los mandos político, civil y militar.

Por tanto, mando se imprima, publique y observe.

Palacio nacional de México, a 3 de enero de 1862.

Benito Juárez

Al ciudadano Manuel Doblado, ministro de Relaciones y Gobernación.

Y lo comunico a usted para su inteligencia y fines consiguientes. Libertad y reforma. México, etc.

(Manuel) Doblado

LÓPEZ URAGA FAVORECE LA DESERCIÓN DE SOLDADOS
ESPAÑÓLES

Soledad, enero 4 de 1862

Sr. presidente don Benito Juárez
México
Mí estimado amigo y señor:

Despacho muy violentamente el extraordinario y por eso suplico a usted disimule la precipitación con que escribo.

Mi carta y copias al Sr. Doblado impondrán a usted de lo ocurrido con el Sr. Wyke. Mi contestación está bastante amplia y franca sobre lo que esos señores deben esperar si insisten en pretensiones inadmisibles por parte de la República. Creo, sin embargo, que debemos procurar entretenerlos lo más posible; por cada día que pasa aumentan nuestros elementos de resistencia y la organización de nuestras tropas.

Hay un punto que recomiendo muy especialmente a usted: el de recibir bien y colocar en sus clases a los desertores españoles que les envío por el interior. Yo protejo la deserción cuanto me es posible, porque no solamente desacredita a la España respecto de sus aliados, sino que siembra la desconfianza en sus propias tropas y aumenta la firmeza de las nuestras; pero me guardo bien de dejarlos por aquí. Vea usted qué hace con ellos secundando esta indicación hasta donde lo crea conveniente.

Es preciso, señor, que agite usted a ese señor ministro de Hacienda: estamos sin un peso, ni para los gastos más precisos de correo. Los 50,000 que me envían apenas alcanzan para matar la sed de nuestras pobres tropas.

Sin otro asunto especial concluyo repitiéndome su amigo y servidor afectísimo que besa su mano.

José López Uraga

DE LA LLAVE SEÑALA
DOS ACERTADOS NOMBRAMIENTOS DE FUNCIONARIOS

Jalapa, enero 5 de 1862

Sr. presidente don Benito Juárez
Muy señor mío y fino amigo:

No obstante que hace tiempo no recibo carta de usted, un negocio ocurrido últimamente en este estado, me obliga a molestarlo.

Se ha dispuesto por el ministerio de la Guerra que se forme un distrito militar de Huejutla, Tancanhuitz, Tampico, Tantoyuca y Chicontepec, cantones los tres últimos del estado de Veracruz y que el distrito sea mandado por don Jesús Andrade. Haciendo a un lado los perjuicios consiguientes a la desmembración del estado, es de mi deber manifestar a usted que el Sr. Andrade mantiene relaciones con los reaccionarios; durante la dominación de Miramón que ha promovido últimamente un motín en Chicontepec, según las comunicaciones oficiales que tengo remitidas a ese gobierno y que generalmente he oído decir que es hombre pernicioso y de mala conducta. Como la disposición puede causar un trastorno en los tres cantones ya nombrados, he creído conveniente poner lo expuesto en conocimiento de usted para que determine lo que juzgue oportuno.

He visto en los periódicos que ha sido nombrado cónsul mexicano en Orleáns un Sr. Oropeza y bueno será que conozca usted quién es este señor. El Sr. Oropeza fue educado a expensas del ayuntamiento de Veracruz y, en la época de la invasión americana, sirvió al enemigo extranjero en la misma plaza de Veracruz. Ha servido con grande eficacia a Marín; es conservador y hasta ultramontano y ha sido juzgado en los Estados Unidos por ladrón. El Sr. La Sere y algunos otros amigos del

actual gobierno pueden informar cuál es la verdadera conducta de don Próspero Campos, cónsul general de la República, según han anunciado los periódicos.

Consérvese usted bueno y ordene a su amigo q. b. s. m.

Ignacio de la Llave

LÓPEZ URAGA AVISA QUE ORIZABA Y CÓRDOBA COOPERAN

San Juan de Estancia, enero 5 de 1862

Sr. presidente don Benito Juárez
México
Mí estimado amigo y señor:

Incluyo a usted las comunicaciones originales a que ni contesto y que no he querido transcribir al Gral. Mejía, porque sólo esto molestaría a un hombre tan prudente y eficaz como es él.

Orizaba, lejos de padecer, recibe toda la protección en su comercio y agricultura, porque tengo la convicción de que no solamente es éste un deber, sino una conveniencia en estas actuales circunstancias. He organizado una junta en dicha ciudad, que con el mayor entusiasmo se ha encargado de proporcionarme 10,000 raciones diarias, que las pagaré descontando una parte de ellas que forman los donativos de los habitantes. Otro tanto he hecho en Córdoba por 3,000. A Orizaba le he mandado entregar 10,000 pesos, ya por cuenta de esas raciones.

Por amistad y consecuencia con el amigo Llave, no he querido publicar el estado de sitio; sin embargo, de que muchas veces he pulsado los inconvenientes de no haberlo hecho.

Los fondos ocupados en la aduana de Orizaba eran fondos de la federación y lo hice precisamente para socorrer las urgentísimas necesidades que me rodean, de que el mismo Sr. Llave ha hecho mérito sin tener exigencias con los particulares.

Yo ruego a usted, señor presidente, que escriba al señor gobernador de Veracruz y procure convencerle de la necesidad de obrar de una manera inusitada y activa, así como de la grande importancia de que no embarace los procedimientos del cuartel general con sus

desaprobaciones y notas. Crea usted que mayor pena sufro al recibir un oficio como los que le acompaño, que cuantas penalidades puedan causarme los españoles y la guerra.

Esto no quiere decir que yo haya tenido ningún disgusto ni contestaciones desagradables con el Sr. Llave y por eso no me dirijo ni al ministerio; considero sus oficios emanación de esos acaloramientos del momento cuando se experimentan serios disgustos como los que constantemente le rodean y a mi creo y deseo que permanezca asunto privado que quede terminado por los buenos oficios de usted.

Deseo a usted felicidades y me repito su amigo y servidor afectísimo q. b. s. m.

José López Uruga

(Aumento)

Le incluyo a usted también un papelucho de La Habana, que tal vez corre clandestinamente.

Señor presidente: cerrada ya esta carta he recibido comunicaciones de loa Sres. Saligny y Wyke, que en copia remito al Sr. Doblado. Ello revela que dentro de seis días nos tendremos que batir. Voy a despachar un extraordinario porque no hay tiempo que perder. Mándenos usted gente y dinero, señor, y las armas nacionales, si son derrotadas, no lo serán sin gloria.

José López Uruga¹⁴

¹⁴ José López Uruga. Luchó contra la intervención estadounidense y en la guerra de reforma, alcanzando notoriedad en ella. Fue ministro de México en Prusia. Al iniciarse la intervención francesa, se le nombró jefe del ejército de oriente y se le removi6 en febrero de 1862. Designado en 1864 comandante general en el estado de Jalisco, defeccion6 el 26 de julio de ese a6o, poniéndose a las 6rdenes del imperio. Mand6 la escolta de Carlota, cuando sali6 rumbo a Europa. Muri6 en San Francisco, Cal., en febrero de 1895.

SE AMPLÍA A TODO EL ESTADO DE VERACRUZ
LA DECLARACIÓN DE ESTADO DE SITIO
DE LA CIUDAD DE AQUEL NOMBRE

El ciudadano Presidente de la República se ha servido dirigirme el decreto que sigue:

Benito Juárez, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, a sus habitantes, sabed:

Que a virtud del extremo a que tocan las cuestiones internacionales y haciéndose indispensable activar las operaciones de la campaña contra las fuerzas invasoras, en uso de las facultades de que me hallo investido, he tenido a bien decretar lo siguiente:

Artículo único. —La declaración del estado de sitio limitada a sólo la ciudad de Veracruz, se extiende por el presente a todo el estado. En consecuencia, el general en jefe del ejército de oriente reasumirá desde luego los mandos político y militar y obrará en todo conforme a sus facultades.

Por tanto, mando se imprima, publique y observe.
Palacio nacional de México, a 7 de enero de 1862.

Benito Juárez

Al ciudadano Manuel Doblado, ministro de Relaciones y Gobernación.

Y lo comunico a usted para su inteligencia y fines consiguientes.
Libertad y reforma. México, etc.

(Manuel) Doblado

PROLIJO INFORME A PRIM
SOBRE LA EXPEDICIÓN ESPAÑOLA

Excmo. Sr. marqués de los Castillejos
general en jefe del ejército de operaciones
sobre México y plenipotenciario de S. M. C.
Excmo. señor:

Encargado por la primera autoridad de la isla de Cuba de la dirección diplomática de la expedición que V. E. viene a mandar y dirigir de orden del supremo gobierno de S. M. —que Dios guarde— cumplo con el deber de dar a V. E. noticia de cuanto se ha llevado a efecto, desde mi arribo a estas costas, en cumplimiento de las órdenes e instrucciones que recibí del Excmo. señor gobernador y capitán general de la isla de Cuba, de las cuales acompaño a V. E. copias —bajo los números 1, 2 y 3.

Salió de La Habana la escuadra de mi mando en tres secciones en los días 29 de octubre,¹⁵ 1º y 2 de diciembre y en la mañana del 4 se hallaba toda reunida sin que hubiese ocurrido accidente alguno de importancia.

El día 5 fui al vapor *Francisco de Asís* y, después de conferenciar con el Sr. Gral. Gasset, comandante general de la división expedicionaria, dispuse que los vapores *Francisco de Asís*, *Pizarro*, *Velasco* y *Blasco de Garay*, la fragata *Concepción* y los vapores transportes *Cubana*, *Pájaro del Océano*, *Cuba*, *Cárdenas* y *Marsí*, hiciesen rumbo directo al fondeadero de Antón Lizardo, distante algunas millas de este puerto de Veracruz, quedándose los demás buques de guerra convoyando a los transportes de vela, entré los cuales había algunos sumamente pesados.

¹⁵ Seguramente es error del informante, pues se verificó en noviembre.

Gracias al notable tino con que durante la travesía fueron interpretadas mis señales y ejecutadas mis órdenes por los señores comandantes y merced, sobre todo, a la marcada protección con que la providencia favorece siempre las justas y legítimas empresas de los hombres y de las naciones, el día 10 tuve la alta satisfacción de ver toda la escuadra fondeada y perfectamente amarrada en Antón Lizardo, sin tener que lamentar ninguna pérdida, ninguna avería en el material de la expedición. Las pérdidas en el personal tampoco eran de consideración, si se tiene en cuenta el crecido número de personas con que venían sobrecargados algunos buques.

Sin embargo, iban tomando desarrollo las fiebres amarilla y tifoidea y, tanto por ajustarme a las instrucciones recibidas como por haber oído de boca de los señores comandantes de las estaciones navales francesa e inglesa en Sacrificios que pasaron a visitarme en la tarde del mismo día 10, que los almirantes de sus naciones respectivas no llegarían a estas aguas hasta muy adelantado el mes de enero, resolví, de acuerdo con el Excmo. Sr. Gral. Gasset, que no se difiriesen las operaciones más que el tiempo necesario para llenar las formalidades de la intimación y de las notificaciones a los cónsules y comandantes de los buques extranjeros.

El día 11 pasé al fondeadero de Sacrificios en el vapor *Guadalquivir* y, después de haber correspondido a la visita de los comandantes de estación, les invité a que, reunidos en la fragata francesa *Foudre*, oyesen las explicaciones que la cortesía y otras razones muy poderosas de actualidad, me obligaban a darles sobre el objeto de la expedición española.

Reunido, en efecto, en la fragata francesa con ambos comandantes y presente el Sr. López de Cevallos, secretario diplomático de la expedición que iba en mi compañía, expuse que la expedición española debía haber llegado a estas aguas hace algún tiempo pero que, circunstancias extrañas a la voluntad de las autoridades de Cuba, habían causado un retraso considerable; pero en las instrucciones primitivas se me mandaba que, después de ocupar a Veracruz y al Castillo de San Juan de Ulúa, exigiese del gobierno mexicano entera reparación de todos los

ultrajes hechos a la nación española y de todos los perjuicios y vejámenes sufridos por súbditos españoles; que, en los días que precedieron a mi salida de La Habana, había llegado la noticia de una negociación pendiente entre España, Francia e Inglaterra para acometer unidas la empresa de obligar a la República Mexicana a dar satisfacción por los agravios pasados y lograr, para el futuro, el respeto a las personas y propiedades de los extranjeros y el fiel cumplimiento de los pactos y tratados que la ligan con dichas tres naciones.

Manifesté a los señores comandantes de estación que, a pesar de no haber en La Habana *constancia oficial* de que tal negociación hubiese terminado con la celebración de un convenio y de no haber traído el correo de Cádiz orden alguna en que se mandase suspender la salida de la expedición, el Excmo. señor capitán general había juzgado oportuno modificar las primitivas instrucciones, reduciéndolas a la ocupación de Veracruz y de San Juan de Ulúa, invitando a los jefes francés e inglés de esta estación naval a tomar parte en el ataque si sus órdenes se lo permitían y, en caso contrario, asegurándoles que de todas las ventajas que obtuviesen las fuerzas españolas entrarían a participar las francesas e inglesas, así que llegasen jefes autorizados a obrar en combinación con nosotros.

Se negaron a tomar parte en las operaciones, lamentándose de no tener órdenes para hacerlo e indicaron que el golpe debía darse sin tardanza y sin intimación, pues si se fijaba a las autoridades de Veracruz un término para la entrega de la plaza, se daría lugar a desórdenes y vejaciones contra los extranjeros. Por fin, habiéndose asegurado de que después de la ocupación no daríamos paso alguno ni entraríamos en tratos con el gobierno mexicano para el arreglo de nuestras demandas, con exclusión de los derechos de Francia e Inglaterra a ser satisfechas e indemnizadas, expresaron sus más sinceros votos por el buen éxito de las operaciones, ofreciéndose a prestar cuantos auxilios fuesen compatibles con las condiciones de neutralidad a que se veían sujetos.

El fuerte viento del norte que reinó los días 12 y 13 y que puso en incomunicación los barcos de la escuadra fue causa de que se perdieran dichos dos días. El 14 pasé al gobernador del estado y plaza de Veracruz

la intimación de que acompaño copia número cuatro. Con igual fecha hice al cónsul francés, encargado del consulado español y a los comandantes francés e inglés las notificaciones de que son copias los documentos números cinco y seis, anexos a esta reseña. El 15 recibí la respuesta del gobernador de Veracruz, copia número siete y, en vista de ella, el 16, por no haberlo permitido antes el tiempo, trasladé una parte considerable de la escuadra a Sacrificios con el objeto de que se cumpliese el deseo del Excmo. Sr. Gral. Gasset al desembarcar las fuerzas de su mando en la playa de Mocambo y de entrar con ellas regularizadas y formadas en la ciudad, por las puertas de tierra.

Reconocida la playa nos convencimos de la imposibilidad de llevar a ejecución este plan y, al siguiente día, no habiendo cedido el viento ni mejorado el estado de la mar, resolvimos pasar con algunos de los buques al difícil y estrecho fondeadero de Veracruz.

A las cinco de la tarde se hallaban anclados y seguramente amarrados a tiro de pistola del castillo de San Juan de Ulúa este vapor, el *Francisco de Asís* y el *Guadalquivir*, pero la marejada pasaba por encima del muelle de Veracruz y era imposible toda comunicación con la ciudad.

El 17, a las 12 del día, tomó posesión de la plaza el Excmo. señor comandante general de la división y del castillo de San Juan de Ulúa el capitán de fragata don Rafael Rodríguez de Arias con fuerzas de la armada, enarbolándose simultáneamente en la fortaleza y a los castillos de la ciudad nuestro glorioso pabellón que fue saludado por la artillería de este buque, por todas las músicas que tocaron la marcha real y por las entusiastas aclamaciones de nuestras tropas de mar y tierra.

En los días siguientes, sin que se haya despreciado un solo minuto, se ha ido desembarcando todo el personal y material de la división expedicionaria y me cabe la satisfacción de manifestar a V. E. que raya en lo imposible la oportunidad y buen éxito con que se ha llevado a cabo esta tarea, ardua en todas partes pero llena de dificultades casi insuperables en este puerto constantemente azotado en esta estación por las violentas ráfagas del norte.

Sólo queda embarcado el tren de sitio, por haber indicado el Excmo. Sr. Gral. Gasset que, no siendo conocidas las órdenes que trae V.

E. ni sus planes respecto de las ulteriores operaciones de la división, era excusado desembarcar la artillería hasta que V. E. lo dispusiese.

Como complemento de las noticias que preceden, tengo la honra de incluir un número del *Progreso* de Veracruz, en que se halla inserto un decreto del general en jefe del ejército de oriente, cuyas disposiciones me abstengo de calificar.

Creo, con lo expuesto, dejar cumplimentado mi objeto de poner a V. E. al corriente de cuanto, bajo mi dirección, se ha puesto en práctica para dar el más fiel cumplimiento a lo prevenido en mis instrucciones.

Dios guarde a V. E. muchos años.

A bordo del vapor *Isabel la Católica*, puerto de Veracruz, enero 7 de 1862.

Joaquín Gutiérrez de Rubalcava

INFORME COMPLEMENTARIO
RESPECTO A LOS SUCESOS DE TAMPICO

Excmo. Sr. marqués de los Castillejos y
comandante en jefe de la división expedicionaria
en México
Excmo. señor:

Además de las noticias contenidas en la reseña que he hecho a V. E. de los sucesos desde la llegada de la escuadra española a estas costas, debo dar cuenta de las consecuencias que ha tenido en Tampico la ocupación de Veracruz. El vapor correo inglés *Clyde*, que tocó el día 1º en este puerto, procedente de Tampico, trajo 150 pasajeros españoles que, colocados por una orden de aquellas autoridades en la alternativa de internarse a 100 leguas del litoral o de embarcarse, se decidieron a tomar pasaje en el expresado vapor y a buscar el amparo del pabellón español.

Como la orden dictada por el gobierno de Tamaulipas estaba en flagrante contradicción con un reciente decreto del Presidente de la República, el cónsul francés, encargado del consulado español, dirigió a aquel funcionario una comunicación protestando contra la arbitrariedad de tal medida y pidiendo encarecidamente su revocación.

Fueron infructuosos todos los esfuerzos del cónsul; las autoridades, pretextando que su objeto era poner a los súbditos de S. M. a cubierto de las violencias a que probablemente se entregaría el populacho, sostuvieron lo resuelto y los españoles han tenido que dejar cerrados los establecimientos y abandonados sus intereses.

Tanto por este incidente como por haber recibido aviso de que se estaba esperando en Tampico la llegada de un buque sardo cargado de elementos de guerra, me pareció oportuno pasar al Excmo. Sr. Gral. Gasset una comunicación pidiéndole su parecer e indicándole la

conveniencia de consultar con los ministros de Francia e Inglaterra sobre la conducta que se debía observar en vista de lo ocurrido y tenidas en cuenta las últimas instrucciones recibidas de La Habana en que se nos prevenía que conservásemos las cosas en el mismo ser y estado en que se hallasen sin emprender movimiento alguno hasta la reunión de las fuerzas aliadas.

Resultó de esta consulta la resolución de atenernos a las expresadas instrucciones, como verá V. E. por la respuesta del Sr. Gral. Gasset.

El día 4 me pasó dicho señor general un oficio preguntándome si creía oportuno enviar a Alvarado fuerzas navales para velar por la seguridad de los súbditos españoles y pareciéndome que había en contra de esta operación las mismas razones para no emprender nada contra Tampico y siendo además el río de Alvarado de muy difícil acceso aun para el vapor *Guadalquivir*, lo hice presente en respuesta a la mencionada comunicación.

El 5 me ofició el mismo señor general pidiéndome las banderas de Francia e Inglaterra para enarbolarlas juntamente con la española, de conformidad con las órdenes que recientemente ha recibido de V. E.

Me apresuré a enviárselas y el 6 fueron izadas por disposición de dicho señor general. Esta operación, según noticias que han llegado a mi conocimiento de una manera extraoficial, ha dado lugar a algunas ligeras dificultades que, felizmente, han sido zanjadas de un modo satisfactorio.

Dios guarde a V. E. muchos años.

A bordo del vapor *Isabel la Católica*. Puerto de Veracruz, 7 de enero de 1862.

Joaquín Gutiérrez de Rubalcava

ULTIMÁTUM COLECTIVO DE LOS PLENIPOTENCIARIOS ALIADOS

(Veracruz), 9 de enero de 1862

Los infrascritos, representantes de S. M. la reina de la Gran Bretaña, de S. M. el emperador de los franceses y de S. M. la reina de España, tienen la honra de manifestar a V. E. que han recibido de sus respectivos gobiernos la orden de presentarle un ultimátum en que se encontrarán expuestas sus justas reclamaciones.

Deudas sagradas y reconocidas por los tratados han dejado de satisfacerse; la seguridad individual de nuestros conciudadanos ha recorrido la funesta senda que comienza por las exacciones violentas y concluye por el secuestro y la muerte; tal estado de cosas debía poner a los gobiernos aliados en el triste caso de exigir, no sólo reparaciones por lo pasado, sino también garantías para el porvenir. Pero los infrascritos representantes, investidos de la confianza de sus gobiernos, han creído que su misión no se limita a exponer los agravios inferidos a sus gobiernos y a exigir su reparación inmediata. Tomando en consideración el estado actual de México, han creído que podían aspirar a fines más elevados y generosos. Tres grandes naciones no forman una poderosa alianza sólo para reclamar de un pueblo, a quien afligen tan terribles males, la satisfacción de los agravios que se les hayan inferido; tres grandes naciones se unen y estrechan y obran en completo acuerdo para tender a ese pueblo una mano amiga y generosa que lo levante sin humillarle de la lamentable postración en que se encuentra.

Harto tiempo ha sido la República Mexicana presa de continuas convulsiones; ya es hora de que al desorden y a la anarquía suceda un estado normal basado en la ley y en los derechos de los extranjeros.

El pueblo mexicano tiene su vida propia, tiene su historia y su nacionalidad; es, pues, absurda la sospecha de que entre en los planes de las potencias aliadas el atentar a la independencia de México. El lugar que ocupan entre las naciones de Europa y su acreditada lealtad las ponen a cubierto de semejante imputación; vienen a procurar que tan ricos dones no se extingan en estériles y continuas luchas que acabarían por consumir la ruina de la República.

Por eso venimos a ser testigos y, si necesario fuese, protectores de la regeneración de México. Queremos asistir a su organización definitiva, sin intervención alguna en la forma de su gobierno ni en su administración interior. A la República, sólo a ella, corresponde el juzgar cuáles son las instituciones que más se acomodan a su bienestar y a los progresos de la civilización en el siglo XIX.

A nosotros nos toca señalar a México el camino que conduce a su felicidad; al pueblo mexicano, por sí solo, con toda libertad, con la más absoluta independencia y sin intervención extraña, el seguirle como mejor le parezca. De este modo se asegurará, en un país tan trabajado por las revoluciones, un orden de cosas estable y permanente. De este modo le será fácil el cumplimiento de los deberes internacionales y el restablecimiento, en el interior, del orden y la libertad.

(Charles Lennox Wyke)

(Jurien de la Gravière)

(Hugh Dunlop)

(Alphonse Dubois de Saligny)

(Conde de Reus)

CORPANCHO, REPRESENTANTE DE PERÚ, SE PONE EN CONTACTO CON MATÍAS ROMERO¹⁶

¹⁶ Manuel Nicolás Corpancho. Nacido en Lima el 3 de diciembre de 1830, se graduó de médico, formó parte de la "bohemia romántica" de don Ricardo Palma, actuó como secretario del presidente Castilla, fue "ideológicamente de un liberalismo limpio y sincero" y ante todo un "hombre de pensamiento y acción".

Es conocido en Perú como mal poeta; pero no se han estudiado "sus obras en prosa sobre crítica literaria" y hasta ahora son casi desconocidas sus actividades en México, "como luchador por su ideario liberal y como diplomático".

Nombrado encargado de Negocios y cónsul general del Perú en México, el 21 de noviembre de 1861, salió inmediatamente de Lima para los Estados Unidos, en tránsito a México.

En Nueva York sostiene una conversación con el Gral. Miguel Miramón; en Washington con el ministro de México, Matías Romero y con la compañía de éste, visita al secretario de Estado, Seward.

Pensando que la intriga intervencionista estaba dirigida por España, según carta de Matías Romero para vigilar la situación y que si España "intenta reconquistar a México, manifiesta en nombre de su gobierno que el Perú se opondría por la fuerza a esos planes y que en unión de las demás repúblicas suramericanas procurará auxiliar eficazmente a México para que echase la invasión; que creyendo que el gobierno de los Estados Unidos participara de los mismos propósitos, había venido para suplicar, en caso de que no fuera equivocada su creencia, que se dieran instrucciones a la legación de los Estados Unidos en México, a fin de que obre de concierto con la de Perú para lograr el mismo objeto".

De paso para México hace escala en La Habana, llegando a Veracruz a principio de marzo de 1862 y continuando su viaje el 7 de ese mes llega a Jalapa; al día siguiente se entrevista con el Gral. Zaragoza en esa ciudad y al otro día continúa su viaje escoltado por fuerzas mexicanas, llegando a la capital el 14.

Presentó sus credenciales al ministro de Relaciones Manuel Doblado, el 16 de marzo y parece que ese mismo día se entrevistó con el presidente Juárez.

A principio de ese mes, propuso al gobierno mexicano el texto de un tratado ya firmado por Perú, Chile y Ecuador, para establecer una unión americana, que México firmó el 11 de junio y ratificó el 21 de ese mismo mes.

Estuvo en constante actividad, informando a su gobierno y participando en la activa vida diplomática de los días de la intervención.

Washington, enero 5 de 1862

Excmo. señor ministro de Relaciones
México
Excmo. señor:

A fines del mes pasado llegó a Nueva York el doctor don Manuel Nicolás Corpancho, nombrado encargado de negocios del Perú cerca del gobierno de la República y que es la persona de que hablé a ese ministerio en mi nota número 373, de 18 de diciembre próximo pasado. Hoy se presentó en esta legación con una carta de introducción del Sr. Barreda, quien me dice que el objeto de su venida a esta ciudad era, además de informarse conmigo sobre los asuntos de México, solicitar por mi intermedio una entrevista del secretario de Estado, para manifestarle las ideas del gobierno del Perú con relación a México.

Creo excusado decir que recibí al Sr. Corpancho con las mayores muestras de consideración y le manifesté la mejor voluntad para hacer cuanto estuviera de mi parte con objeto de llenar sus deseos. Mañana o posado veremos al secretario de Estado y en nota separada impondré a usted la entrevista que con él tengamos. Respecto de las noticias que deseaba saber con relación a México, le di todas las que me pareció conveniente que supiera respecto del estado que guardan nuestros asuntos y de las intenciones y planes de las potencias europeas. Muy poco trabajo

Después de la capitulación de las tropas nacionales en Puebla, el gobierno resolvió, el 29 de mayo de 1863, abandonar la capital. El cuerpo diplomático quedó en la ciudad de México.

No permaneció mucho tiempo, pues, el 20 de agosto inmediato, el régimen monárquico, transitoriamente encabezado por la regencia, le ordenó salir del país.

Con el propósito de ir a Nueva York y de allí internarse al norte del país para llegar a San Luis Potosí, sede del gobierno republicano, embarcó, el 9 de septiembre, en el vapor *México*. Hizo escala en Sisal y el 13 siguiente se reanudó la travesía rumbo a La Habana. Lamentablemente la embarcación se incendió y hundió en alta mar, muriendo Corpancho, con su cuñado Juan Cruz Sánchez y el mayor Ramón Manrique.

tuve al informarlo de la condición de la República pues, con pocas excepciones, se manifestó al tanto de nuestros asuntos, circunstancia que no es común en los extranjeros.

Tuve la mayor satisfacción en hallar al Sr. Corpancho perfectamente de acuerdo con mis ideas respecto de la intervención europea. Conoce que el peligro no amenaza a México solamente y va dispuesto a hacer cuanto esté a su alcance por cooperar a que nosotros salgamos con bien de él. No dudo, por lo mismo, que sea bien recibido en la República.

El Sr. Corpancho me suplicó lo acompañara yo a ver al Sr. Tassara, para quien traía también cartas de recomendación. No encontré inconveniente en acceder a esta súplica y en la noche fuimos a ver a dicho señor. Llegamos a su casa en el momento que se levantaba de la mesa en unión de varios miembros del cuerpo diplomático que habían comido con él. Delante de ellos me invitó para que brindáramos por la independencia de México, brindis que, por supuesto, acepté desde luego y me suplicó que informara yo de él a mi gobierno. Agregó que no tendría inconveniente en repetir el brindis en la Puerta del Sol o en el parlamento español. Me favoreció, además, con otros cumplimientos personales que no creo necesario referir aquí.

El Sr. Corpancho me dijo que había visto a Miramón en Nueva York y que había oído decir que no pensaba ir a La Habana, sino directamente a un punto de la costa de la República en donde pudiera desembarcar sin dificultad para internarse en el país.

Asegura que se manifiesta muy resentido de los españoles; que dice que conoce sus planes y que va decidido a morir por su patria. Al preguntarle el Sr. Barreda por qué no ofrecía sus servicios al gobierno de la República, contestó que porque temía que lo fusilaran si iba solo, pues tenía muchos enemigos mortales que se encuentran hoy en el poder; pero que cuando reuniera alguna fuerza con la que se pudiera hacer respetar y que le sirviera de garantía, los ofrecería. Reproduzco a usted con este motivo las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Dios, libertad y reforma.

Matías Romero

CORPANCHO NOTIFICA A ESTADOS UNIDOS
LA SOLIDARIDAD DE PERÚ CON MÉXICO

Washington, enero 7 de 1862

Excmo. señor ministro de Relaciones Exteriores
México
Excmo. señor:

Anoche regresó Mr. Seward de su expedición al estado de Nueva York y hoy fui a verlo para presentarle al Sr. Corpancho. Este señor me dijo previamente que el objeto de su venida a esta ciudad había sido el de manifestar a este gobierno el interés que el Perú toma en la condición actual de México y el deseo que tiene de coadyuvar a conjurar los peligros que lo amenazan; que en las instrucciones que se le dieron, se le previene que mientras la guerra que nos haga España se conduzca legalmente, se limite a vigilar los acontecimientos pero, tan luego como vea que aquella potencia intente reconquistar a México, manifieste en nombre de su gobierno, que el Perú se opondrá por la fuerza a tales planes y que, en unión de las demás repúblicas sudamericanas, procurará auxiliar eficazmente a México para que rechace la invasión; que creyendo que el gobierno de los Estados Unidos participe de los mismos propósitos había venido para suplicar, en caso de que no fuese equivocada su creencia, que se dieran instrucciones a la legación de los Estados Unidos en México, a fin de que obre de concierto con la del Perú para lograr el mismo objeto.

No sabiendo inglés el Dr. Corpancho tuve yo que servirle de intérprete; dije a Mr. Seward lo que precede y en respuesta manifestó que le daría instrucciones a Mr. Corwin para que se entendiera con el Sr. Corpancho y que por estar en ese momento muy ocupado no le era

posible prolongar la entrevista; pero que dentro de poco fijaría una hora en que pudieran hablar libremente. No sé si la causa que tuvo Mr. Seward para no entrar en materia fue realmente la que alegó o porque no se creyera en libertad para hablar con el Sr. Corpancho sobre nuestros asuntos en presencia mía. En todo caso me excusaré de acompañar a dicho señor en la próxima entrevista que tenga con el secretario de Estado. Si supiere yo, como lo espero, el resultado de ella, lo comunicaré a ese ministerio.

Ayer presenté al Sr. Corpancho al presidente de los Estados Unidos.

Reproduzco a usted las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Dios, libertad y reforma.

Matías Romero

CORPANCHO NUEVAMENTE SE ENTREVISTA CON SEWARD

Washington, enero 9 de 1862

Excmo. señor ministro de Relaciones Exteriores
México
Excmo. señor:

Por súplica del Sr. Corpancho lo acompañé, contra la resolución que había yo formado, a una conferencia que tuvo hoy con Mr. Seward. Dije a este señor, por encargo del primero, que luego que el Perú había tenido noticia de la coalición formada contra México, había expedido una circular a los gobiernos de las repúblicas hispanoamericanas, informándolas del peligro que amenaza sus nacionalidades e invitándolas para unirse estrechamente a fin de defender hasta el último extremo la causa común. A la salida de Lima del Sr. Corpancho, no se había recibido respuesta de ninguno de dichos gobiernos.

El Perú creía que el gobierno de los Estados Unidos, consecuente con su política tradicional, participaría de los mismos deseos y que, si se decidía a prestar su auxilio moral a la causa de la autonomía en América, podía contar con que el Perú y los demás gobiernos sudamericanos pondrían a su disposición todos sus recursos de gente y dinero para la defensa común. Que el Perú estaba listo para mandar por sí solo un cuerpo de ejército de cinco o seis mil hombres, que podría pasar por el istmo de Panamá, para lo cual sería fácil recabar el permiso del gobierno de Nueva Granada.

Mr. Seward contestó diciendo que se alegraba de saber la disposición en que estaba el Perú y que desearía se le informara de las respuestas que dieran los demás gobiernos hispanoamericanos. Dijo que

cuando el Perú acreditara un ministro cerca de este gobierno, se le darían a él más amplias explicaciones y agregó otras generalidades.

Refiriéndose al deseo manifestado por mi y por otras personas respetables, según se expresó, de que este gobierno tomara parte en la expedición, dijo que le había parecido mejor abstenerse de entrar en ella porque esta conducta era más sincera, pues en el otro caso no habría tomado parte sino con el objeto de entorpecer el propósito para que se formó la misma coalición. Dijo también que tal medida manifestaba al mismo tiempo un espíritu más amistoso hacia México y que dejaba en libertad a los Estados Unidos para obrar como les pareciera conveniente.

Como Mr. Seward se negó casi enteramente a entrar en explicaciones con el Dr. Corpancho, por no estar acreditado ante este gobierno, me aproveché de la oportunidad para manifestarle la conveniencia de que el Perú mande desde luego a un ministro ampliamente facultado, pues en el caso de que llegue a firmarse alguna confederación, probablemente se hará en esta capital. El Dr. Corpancho pareció quedar persuadido de esta necesidad y me ofreció que urgiría a su gobierno por el nombramiento del ministro.

Antes de que hablara yo a Mr. Seward en nombre del Sr. Corpancho, dijo que ignoraba lo que hubiera hecho el senado con el proyecto de convención de Mr. Corwin. Yo le informé entonces de las conversaciones que había tenido con Mr. Sumner y del estado que guarda el asunto; me dio a entender que él estaba porque se determinara brevemente y me dijo que hablaría con algunos senadores para indicarles la urgencia del asunto y la conveniencia de que sea favorablemente despachado. Le manifesté que me parecía muy conveniente que lo hiciera así, pues que nadie podía mejor que él vencer las resistencias que hay de parte de la mayoría de aquella Cámara.

El Dr. Corpancho saldrá mañana para Nueva York y el 20 de Filadelfia para La Habana, en un vapor español que dice ha anunciado su partida para aquel día.

Reproduzco a usted las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Dios, libertad y reforma.

Matías Romero

APARECE LA PLAGA DEL DESPOTISMO MILITAR

Jalapa, enero 10 de 1862

Sr. don Benito Juárez

México

Muy estimado amigo y señor mío:

Tenemos la desgracia en este estado de continuar empeorando en la cuestión de recursos y lo que es aún peor de no haber tenido siquiera contestación a tres extraordinarios que he dirigido al supremo gobierno pintando en su verdadero estado la situación. Es indudable que, si continuamos tan abandonados, pronto se desbandarán las fuerzas que hay sobre las armas; yo espero, por lo mismo, que me contestará diciéndome lo que le ocurra sobre el particular para aliviar las necesidades de estos soldados.

Otra plaga que nos ha caído es el despotismo militar en toda su preponderancia, pues no sólo se toman de leva a los mismos que sirven a la nación aunque en diferentes cuerpos como son los de guardia nacional, sino que se ocupa la propiedad particular y se atropella a las autoridades del estado. Para que se forme usted una idea de lo que pasó en la aduana de Orizaba de donde se tomó los fondos el Gral. Mejía y pretendió poner un interventor, acompaño a usted copia de la carta que he dirigido al mismo general.

He ocurrido varias veces a quien corresponde para remediar los abusos indicados y no he tenido contestación. En tal virtud suplico a usted que me aconseje la conducta que debo observar, pues por tener el enemigo al frente, no sigo la que en otros casos hubiera empleado y lo que está pasando resfría mucho el patriotismo que han manifestado todos los veracruzanos esta vez como siempre.

Insisto en que me escriba usted porque estoy previendo que, con un poco de tiempo más de estos sucesos escandalosos, no sólo faltará a las tropas lo poco que ahora se les da de raciones, sino que no habrá una tortilla para alimentarlos, pues los que voluntariamente se han prestado a contribuir con víveres, se fastidiarán de ver que se les exige de una manera brusca más de lo que pueden dar y terminará esto por el desbandamiento de las fuerzas.

Consérvese usted bueno como lo desea su afectísimo amigo que atento besa su mano.

Ignacio de la Llave

LÓPEZ URAGA SEÑALA INTERFERENCIAS CON EL
GOBERNADOR DE VERACRUZ

Huatusco, enero 9 de 1862

Sr. presidente don Benito Juárez
Mí muy estimado señor y amigo:

Mandé a usted en el correo pasado unas notas del Sr. (de la) Llave; ahora va un decreto dado en uso de sus facultades que no sólo me ciñe a una tutela, sino que desvirtúa y desmoraliza la autoridad. Esto no puede marchar y debe quedar el general en jefe o el mismo gobernador con el mando de armas. Lo más notable es que no acabamos de ver, que no tenemos queja y que sin pasión cada uno obra en su esfera que se choca (sic).

Si yo veo un fondo en alguna parte y mi tropa muriendo de hambre y paralizadas mis providencias ¿qué hago? La guardia nacional de un estado abundantemente socorrida cuando las tropas perecen y las tropas restantes sufren, es un escándalo que me trastorna la disciplina, divide las tropas y nos perderá y ya estoy cansado y sin poder salir de este provincialismo en que hay quien se atreva a acusarnos de que venimos a comprometerlos con la guerra en su estado. Para concentrar los recursos y operaciones, para ayudar al gobierno, es necesario seguir el ejemplo de ese Oaxaca grande en todo y noble en todo; para ello, un decreto que forme un territorio de guerra de los estados de Veracruz, Oaxaca, Puebla y Tlaxcala, sujetos en sus tropas al general en jefe y que sus recursos sean repartidos por comisaría, nos concentraría enteramente y tal vez pagaría al ejército si cada gobernador hoy sujetase su lista civil y atendiese a los gastos de guerra. Estoy cierto, esto y el 2% daría un respiro a usted para obrar. De otro modo estoy perdido, pues sólo en

maestranza hágase usted dar cuenta de lo que tengo que hacer. En fin, todos los documentos que mando hoy son importantes.

Esa contribución sola del 2% que se diera integra a comisaría nos acabaría de pagar si se cumple.

Tengo un gasto de 200,000 pesos mensuales sin la división de Veracruz que no da partes ni documentos y para quien necesito un jefe y lo he pedido. Ojalá y viniese el Sr. Quijano.

Los enemigos están ya acampados en el lugar y con orden de avanzar luego que llegue la escuadra inglesa y francesa; que sólo de la primera ratifico aunque no de la segunda pues temo esos frentes y sólo cuando son dos conformes, los veo con certeza. La hambre me hizo venir por en momentos tan críticos, esto me quita mucho tiempo, nos ocupa a todos y sólo mi buen compañero, el solo que tengo que es México me ayuda y lo hace todo.

En fin, esos hombres saldrán a Santa Fe, Medellín y Tejería, poco avanzarán porque no hay que comer y sólo carne encontrarán de las reses que es imposible retirar.

Hay también de por medio esos permisos que piden para quedarse en Veracruz, Muñoz y Muñoz y otros. Yo no los doy, señor y menos cuando es para servir al enemigo como lo están haciendo. Aceptemos la situación tal cual es los que amemos el honor nacional y guerra con todos, aunque sean muchos. Además no crea usted que se opone nada a que salgan esos hombres; que salgan en hora buena, lo que yo quiero es que no se queden con nuestra autorización.

Ha llegado a Orizaba Gutiérrez, he dispuesto un reparto y me voy al Puente Nacional mañana o pasado, que los correos vengan siempre por Orizaba pues cuando se me conteste yo habré cambiado de punto.

Sin otro asunto, señor, crea usted en la franca adhesión de un amigo seguro servidor q. b. s. m.

José López Uruga

(Aumento)

El Sr. Ogazón me escribió que fuera a recibir 10,000 hombres y de pronto siete en su estado. Yo le respondo que me mande 9,000 pagados y que vengan conmigo a volver todos juntos con la victoria o ningunos. Creo que esta fuerza puede disponerse ya y nos vendría bien.

(José) López Uraga

MANIFIESTO DE LOS REPRESENTANTES DE LA COALICIÓN TRIPARTITA

Mexicanos:

Los representantes de Inglaterra, Francia y España cumplen un deber sagrado dándoos a conocer sus intenciones desde el instante en que han pisado el territorio de la República.

La fe de los tratados, quebrantada por los diversos gobiernos que se han sucedido entre vosotros; la seguridad individual de nuestros compatriotas amenazada de continuo, han hecho necesaria e indispensable esta expedición.

Os engañan los que os hacen creer que detrás de tan justas como legítimas pretensiones, vienen envueltos planes de conquista, de restauración y de intervención en vuestra política y administración.

Tres naciones que aceptaron con lealtad y reconocieron vuestra independencia, tienen derecho a que se les crea animadas, no ya de pensamientos bastardos, sino de otros más nobles, elevados y generosos. Las tres naciones que venimos representando y cuyo primer interés parece ser la satisfacción por los agravios que se les han inferido, tienen un interés más alto y de más generales y provechosas consecuencias: vienen a tender una mano amiga al pueblo a quien la providencia prodigó todos sus dones y a quien se ve con dolor ir gastando todas sus fuerzas y extinguiendo su vitalidad al impulso violento de las guerras civiles y de perpetuas convulsiones.

Esta es la verdad y los encargados de exponerla no lo hacemos en son de guerra y de amenaza, sino para que labréis vuestra ventura, que a todos nos interesa. A vosotros, exclusivamente, a vosotros, sin intervención de extraños, os toca constituviros de una manera sólida y permanente; vuestra obra será la obra de regeneración que todos acatarán,

porque habrán contribuido a ella, con sus opiniones los unos, los otros con su ilustración, con su conciencia todos en general. El mal es grave, el remedio urgente; ahora o nunca podéis hacer vuestra felicidad.

Mexicanos: escuchad la voz de los aliados, áncora de salvación en la deshecha borrasca que venís corriendo; entregándoos con la mayor confianza a su buena fe y rectas intenciones; no temáis nada, pues a los espíritus inquietos y bulliciosos que se presentaren, vuestra actitud resuelta y decidida sabría confundir, mientras nosotros presidamos impasibles el grandioso espectáculo de vuestra regeneración garantida por el orden y la libertad.

Así lo comprenderá, estamos seguros de ello, el gobierno supremo a quien nos dirigimos; así lo comprenderán las ilustraciones del país a quienes hablamos y, a fuer de buenos patricios, no podrán menos de convenir en que, descansando todos sobre las armas, sólo se ponga en movimiento la razón, que es la que debe triunfar en el siglo XIX.

Veracruz, 10 de enero de 1862.

Charles Lennox Wyke
Jurien de la Gravière

Hugh Dunlop
(Alphonse) Dubois de Saligny
El conde de Reus

LOS JEFES ALIADOS ENVÍAN EMISARIOS
A LA CIUDAD DE MÉXICO

Excmo. Sr. don José López Uruga
General en jefe del ejército de oriente
Excmo. señor:

En cumplimiento de la misión que sus respectivos gobiernos han confiado a los infrascritos, comisarios diplomáticos y jefes de las fuerzas aliadas de Francia, Inglaterra y España, se ven en el caso de enviar a México una comisión compuesta de oficiales de las tres naciones y encargada de presentar al supremo gobierno de la República Mexicana la comunicación colectiva en que se expone, de una manera clara y terminante, el fin para que han venido a este país con fuerzas de mar y tierra de las respectivas naciones.

Cuentan los abajo firmados con que V. E., lejos de oponerse a que la expresada comisión pase sin obstáculo a la capital de la República, la prestará la protección necesaria para que no sufra, en su viaje impedimento ni demora.

Dichos comisionados estarán prontos a ponerse en camino desde la Tejería, el martes 14 del presente mes a las 12 del día, si V. E. tiene a bien proporcionarles una escolta que podrá llegar al lugar indicado de 10 a 11 de la mañana del mismo día, con bandera parlamentaria, para evitar todo conflicto con nuestras tropas que ocupan dicho punto.

Ruegan los infrascritos a V. E., que se sirva contestarles a la mayor brevedad posible si está dispuesto a acceder a esta justísima petición y aprovechan esta oportunidad para ofrecer a V. E. las seguridades de su consideración distinguida.

Veracruz, 11 de enero de 1862.

(Charles Lennox Wyke)

(Hugh Dunlop)

(Jurien de la Gravière)

(Alphonse Dubois de Saligny)

El conde de Reus

PERÚ CONTRA LA RECONQUISTA POR ESPAÑA

Washington, enero 12 de 1862

Sr. don Juan Antonio de la Fuente
Enviado Extraordinario y ministro Plenipotenciario
de la República en París

Tengo la honra de remitir a usted copia de una nota que dirigí al ministerio de Relaciones Exteriores de la República con fecha 7 del que cursa manifestando el estado que guarda el proyecto de tratado remitido por Mr. Corwin y que se encuentra ahora en poder del senado.

En una entrevista que tuve ayer con Mr. Seward, me manifestó este señor deseos de que se despachara brevemente ese asunto y me dijo que iba a hablar en lo particular a algunos senadores y a expresar por escrito sus ideas respecto del asunto a aquella Cámara. En todo caso no creo que se haga nada antes de la llegada de la correspondencia de Mr. Corwin del mes próximo pasado que se espera aquí a fines del actual.

El Dr. Corpancho, nombrado ministro del Perú cerca del gobierno de México, estuvo en esta ciudad durante cinco días de la semana pasada. Lleva instrucciones para formar una alianza defensiva con México, en la que seguramente tomarán parte todas las demás repúblicas hispano americanas en que descubra que la España se propone reconquistar sus antiguas colonias. El Perú pasó una circular con este objeto a aquellos gobiernos.

El Sr. Corpancho deseaba saber el sentido en que estaba este gobierno y, después de haber manifestado a Mr. Seward, en dos conferencias que tuvo con él en presencia mía, la resolución y proyectos del Perú, recibió por toda respuesta una negativa a entrar en

explicaciones con él por la circunstancia de no venir acreditado cerca de este gobierno.

He recibido varias solicitudes para dar patentes de corso a buques que desean hostilizar al comercio de las potencias coligadas. Si nuestro gobierno se determina a expedirlas, se puede acomodar en este país un buen número de ellas.

Reproduzco a usted las seguridades de mi muy distinguida y respetuosa consideración.

Dios, libertad y reforma.

Matías Romero

TEJERÍA ES OCUPADA POR LOS ALIADOS

San Juan de Estancia, enero 12 de 1862

Sr. presidente don Benito Juárez

México

Mí estimado amigo y señor:

Tengo el sentimiento de anunciar a usted que la Tejería ha sido ocupada ayer a las 12 del día, por 2,000 hombres de las tres naciones, después de detener el Gral. Prim cuatro horas las fuerzas ya en marcha y haberse presentado solo, con el fin de dar un carácter pacífico a la ocupación. Parece que el día anterior me pasaron los generales en jefe la nota que remito en copia y que acabo de recibir y que, no habiendo tenido contestación, moviera sus fuerzas rumbo a la Tejería. En el camino supieron que había unas avanzadas situadas allí y vino Mr. Loup a indicar que se aproximaban los aliados. De resultas de este paso mandó detener Prim sus tropas y las de Senobio se trasladaron a Loma de Piedra.

Mi ayudante de esta primera línea, salió de aquí ayer con un pliego, en que el Gral. Prim me pide pasaportes y escolta para unos comisionados que deben marchar a México. El ayudante ha andado tras de mi y probablemente esta noche me alcanzará. Como debe usted considerar, accederé a lo que en esa comunicación se me pide si es en el orden que he referido.

Además de las consideraciones de higiene, ha habido motivos de disgusto entre los zuavos y las tropas españolas. Se refieren por vía de anécdotas y, entre otras, que a un oficial español le quitaron la espada y le arrancaron las condecoraciones que llevaba, jugando a la pelota con él. Ignoro qué providencias se habrán dictado sobre estos sucesos que son

positivos; los zuavos entre sí y contra las tropas regulares han tenido también varias reyertas.

En la Tejería teníamos 50 cosacos y, aunque yo anduve perdido 24 horas, la gente anduvo prudente y no quiso comprometer un lance, como yo hubiera deseado y usted me indicó en su última. Si hubieran comenzado las hostilidades, mi posición no sería tan embarazosa.

Muy pronto volveré a escribir a usted repitiéndome, entretanto, su amigo y servidor afectísimo q. b. s. m.

José López Uraga

(Aumento):

Hable usted con tranquilidad, el tiempo que se gane es oro para mi y si no se puede más, no hay que vacilar en que todo lo haré por mi país y secundaré al gobierno.

(José López Uraga)

ULTIMÁTUM FRANCÉS QUE NO SE ENTREGÓ AL GOBIERNO MEXICANO

(Excmo. señor ministro de Relaciones Exteriores de la República Mexicana)

Los infrascritos, representantes de la Francia, tienen la honra, conforme a lo que se dice en la nota colectiva dirigida con esta fecha al gobierno mexicano por los plenipotenciarios de Francia, de Inglaterra y de España, de formular del modo siguiente el ultimátum, cuya aceptación simple y completa por México, tienen orden de exigir en nombre del gobierno de S. M. el emperador.

Artículo 1º—México se obliga a pagar a la Francia una suma de 12'000,000 de pesos, en que está valuado el importe de las reclamaciones francesas, por los hechos cometidos hasta el 31 de julio último, salvas las excepciones comprendidas en los artículos 2º y 4º, que se nombrarán más adelante.

En lo que concierne a los hechos que han tenido lugar después del 31 de julio último y para los cuales se hace una expresa reserva, el importe de las reclamaciones a que podrán dar lugar contra México, se fijará ulteriormente por los plenipotenciarios de Francia.

Artículo 2º—Las cantidades no pagadas de la convención de 1853, que no han sido comprendidas en el artículo 1º ya citado, deberán ser pagadas a los que tengan derecho, teniendo en cuenta las obligaciones estipuladas en dicha convención de 1853.

Artículo 3º—México se obligará a la ejecución plena, leal e inmediata del contrato hecho en el mes de febrero de 1859 entre el gobierno mexicano y la casa Jecker.

Artículo 4º—México se obligará al pago inmediato de 11,000 pesos, que hacen el resto de la indemnización que ha sido estipulada en

favor de la viuda y de los hijos de M. Riche, vicecónsul de Francia en Tepic, asesinado en octubre de 1859.

El gobierno mexicano deberá, además y según lo ha prometido ya, destituir de sus grados y empleos y castigar de un modo ejemplar al coronel Rojas, uno de los asesinos de M. Riche, con la expresa condición de que Rojas no podrá ser investido de ningún empleo, mando ni cargo público de ninguna clase.

Artículo 5º—El gobierno mexicano se obligará igualmente a investigar quiénes son los autores de los numerosos asesinatos cometidos contra franceses, especialmente contra el Sr. Davesne.

Artículo 6º—Los autores de los atentados cometidos el 14 de agosto último, contra el ministro del emperador y de los ultrajes inferidos al representante de Francia en los primeros días del mes de noviembre de 1861, serán sometidos a un castigo ejemplar y el gobierno mexicano tendrá que dar a Francia y a su representante las reparaciones y satisfacciones debidas por estos deplorables excesos.

Artículo 7º—Para asegurar la ejecución de los artículos 5º y 6º ya citados y el castigo de todos los atentados que han sido cometidos o que podrán cometerse contra las personas de los franceses residentes en la República, el ministro francés tendrá siempre el derecho de asistir, en cualquier estado de la causa o por medio del delegado que designare al efecto, a todas las instrucciones entabladas por la justicia criminal del país.

Estará investido del mismo derecho relativamente a todas las persecuciones criminales intentadas contra sus nacionales.

Artículo 8º—Las indemnizaciones estipuladas en el presente *ultimátum*, gozarán desde el 17 de julio último y hasta el completo pago, de un interés anual de 6%.

Artículo 9º—Para garantía del cumplimiento de las condiciones pecuniarias y de las demás establecidas por el presente *ultimátum*, la Francia tendrá el derecho de ocupar los demás puertos de la República que crea a propósito y establecer en ellos comisarios designados por el gobierno imperial, cuya misión será asegurar a las potencias que tengan derecho a ello, la entrega de los fondos que de los productos totales de las

aduanas marítimas de México deberán ser separados en su provecho con arreglo a los convenios y la entrega a los agentes financieros de las sumas debidas a la Francia.

Los comisarios de quienes se trata tendrán, además, facultades para reducir a la mitad o en menor proporción, según lo juzguen conveniente, los derechos que se perciben actualmente en los puertos de la República.

Se establecerá especialmente que las mercancías que han pagado ya los derechos de importación no podrán, en ningún caso ni bajo ningún pretexto, ser sometidas por el gobierno supremo, ni por las autoridades de los estados, a ningún derecho adicional de aduanas interiores o cualesquiera otros derechos, excediendo de la proporción de 15% de los derechos pagados en la importación.

Artículo 10º—Todas las medidas que se juzgaren necesarias para arreglar el reparto entre las partes interesadas de las sumas retiradas del productos de las aduanas, como asimismo el modo y las épocas del pago de las indemnizaciones estipuladas en los artículos anteriores, como para garantizar la ejecución de las condiciones del presente *ultimátum*, serán determinadas de concierto entre los plenipotenciarios de Francia, de Inglaterra y de España.

Veracruz, enero 12 de 1862.

(Alphonse) Dubois de Saligny

ULTIMÁTUM ESPAÑOL AL GOBIERNO MEXICANO QUE
TAMPOCO SE ENVIÓ

Excmo. señor ministro de Relaciones
Exteriores de la República Mexicana
Excmo. señor:

El gobierno de S. M. C., a quien tengo el honor de representar, me ha ordenado que exija del gobierno de esta República las satisfacciones debidas por los agravios hechos a la nación española, la reparación de los perjuicios causados a los súbditos de S. M. que residen en territorio mexicano y la fiel observancia de los solemnes pactos que ligan al gobierno de México con el de S. M. C.

En cumplimiento de estas órdenes, tengo la honra de exponer a V. E., en términos claros y definitivos, lo que el gobierno español reclama del gobierno mexicano.

1º—El nombramiento inmediato de un representante de la República que habrá de salir para la corte de Madrid en el plazo más breve posible, con el encargo expreso de dar plena satisfacción por el agravio hecho a S. M. la reina de España y a la nación española, con la expulsión del embajador don Joaquín Francisco Pacheco.

2º—El cumplimiento inmediato del tratado Mon-Almonte y el pago de los intereses devengados desde la fecha de dicho tratado.

3º—El abono de indemnizaciones a los súbditos españoles a quienes correspondan, por los daños que se les han irrogado a consecuencia de los crímenes cometidos en las haciendas de San Vicente y Chiconcuaque y en el mineral de San Dimas; el reconocimiento del derecho que asiste a España para exigir el resarcimiento de los perjuicios sufridos por súbditos de S. M., a consecuencia de las vejaciones y tropelías que posteriormente se han cometido o se cometieren contra

ellos; el castigo ejemplar de los perpetradores de estos crímenes y de las autoridades que, pudiendo, no procuraron impedirlos y la solemne promesa de que en lo sucesivo se evitará la repetición de tan atroces atentados.

4º—El pago de 40,000 pesos fuertes por valor de la barca española *Concepción*, indebidamente apresada, de su cargamento y de los daños sufridos por sus dueños y cargadores.

V. E. se servirá contestar si el gobierno mexicano está o no dispuesto a acceder a estas demandas en el término preciso de cuatro días, contados desde el momento en que llegue esta comunicación a manos de V. E. La respuesta será entregada a los comisionados de las tres potencias aliadas, encargados de presentar a S. E. el Presidente de la República, la nota colectiva en que los comisarios diplomáticos de España, Francia e Inglaterra exponen los nobles y generosos (objetivos) de que se hallan animados hacia este país sus respectivos gobiernos.

Tengo la honra de ofrecer a V. E., con este motivo, la seguridad de mi consideración.

Veracruz, 12 de enero de 1862.

(Conde de Reus)

ULTIMÁTUM INGLÉS QUE NO LLEGÓ A ENVIARSE AL
GOBIERNO MEXICANO

Veracruz, 12 de enero de 1862

A S. E. don Manuel Doblado
Ministro de Negocios Extranjeros
Excmo. señor:

En la nota dirigida en esta fecha al Excmo. señor presidente por los representantes de Francia y de España, igualmente que por mi, hemos manifestado la imperiosa necesidad que ha obligado a las tres potencias que tenemos el honor de representar, a adoptar una acción mancomunada para obtener reparación por los agravios de que con tanta justicia nos quejamos en común, reservándonos la facultad de dirigir a V. E. cada uno, por sí, un ultimátum, en virtud de las instrucciones que hemos recibido de nuestros gobiernos respectivos,» para someterlo a la aceptación del gobierno de la República Mexicana. El de la Gran Bretaña, que tengo la honra de trasmitir a V. E., está concebido en los términos siguientes:

1º—Que el gobierno de la República de México dará al de S. M. B. una positiva y material garantía para el debido y fiel cumplimiento de todas las estipulaciones contenidas en los varios tratados, convenios y arreglos existentes en la actualidad entre Inglaterra y México.

2º—Que los 660,000 pesos violentamente extraídos de la legación inglesa y los 279,000 y pico de pesos que aún quedan por reintegrar del dinero tomado forzosamente de la conducta de Laguna Seca, serán devueltos inmediatamente con el interés del seis por ciento por la primera suma y 12 por ciento por la última mencionada, empezando a contarse desde el día en que el dinero fue tomado ilegalmente por los autores

respectivos de estos atentados y que todas las cantidades que se deben a los tenedores de bonos de Londres y a los tenedores de bonos de la convención, que se hallaban en poder de las autoridades de aduanas de la República de México a tiempo en que fueron suspendidos todos los pagos por efecto de la ley de 17 de julio último, todas las cantidades que, en virtud de esa ley, han sido retenidas, serán entregadas a los propietarios con un interés del seis por ciento.

3°—Que se destinarán a los diferentes puertos de la República interventores nombrados por el gobierno británico con facultades para reducir a la mitad los derechos de importación si lo creen necesario y su intervención en la recaudación de los derechos de aduanas será igual a la que ejercen las mismas autoridades mexicanas, a fin de asegurar la justa y equitativa distribución de la parte de dichos derechos que está asignada a ambas clases de tenedores por las convenciones y tratados de que ya se hace mención en esta nota.

4°—Que todas aquellas reclamaciones de súbditos ingleses que están ya reconocidas por el gobierno mexicano, sean liquidadas desde luego y que todas las demás que no hayan sido aún examinadas, si se encuentran justas y legales, sean reconocidas como válidas tan pronto como quede probado que ha lugar a ello y pagadas con el menor retardo posible.

Los oficiales ingleses, franceses y españoles que llevan el encargo de poner en manos de S. E., el presidente, el pliego en que va incluida esta nota, emprenderán su viaje de regreso a Veracruz, cuatro días después de su llegada a México y el capitán Tatham, de la Marina de S. M., tendrá mucho gusto en hacerse cargo de cualquier comunicación que V. E. tenga por conveniente dirigirme en respuesta a esta nota.

Aprovecho esta ocasión para ofrecer a V. E. las seguridades de mi más alta consideración.

Charles Lennox Wyke

TEXTO EN INGLÉS DEL DOCUMENTO ANTERIOR

Veracruz, January 12, 1862

His Excellency, don Manuel Doblado
Minister for Foreign Affairs
Sir:

In the joint this day addressed to his excellency the president by the representatives of France and Spain as well as by my self, we have pointed out the imperious necessity which has compeled the three powers we have the honor to represent to adopt a united action for obtaining redress for those grievances of which we have such just cause to complain in common, reserving to ourselves separately the faculty of addressing to you each in his turn an ultimatum which we have been instructed by our respective governments to present for acceptation to the government of the Mexican Republic.

That of Great Britain, which I have now the honor to transmit to your excellency is as follows.

1st.—That your Government will give to that of her majesty a positive or material guarantee for the due and punctual fullfilment of all the stipulations contained in the various treaties, conventions and agreements at present existing between England and Mexico.

2nd.—That the six hundred and sixty thousand dollar forcibly taken from the british legation and the two hundred and seventy nine thousand and odd dollars still remaining due of the money abstracted from the Conducta at Laguna Seca shall be immediately repaired with six per cent interest on the first named sum and twelve per cent on the second, counting from the day on which the money was unlawfully appropriated by the respective authors of these outrages, and that all

sums of money wing to the London bondholders and the convention Bondholders as were in the hands of the Custom House Authorities and the time all payments were suspended by the law of the 17th of July last, and all such sums as consequence of that law have been since withheld from them shall be repaired to the owners thereof with an interest of six per cent thereon.

3rd.—That interventors to be named by the british government invested with the power of reducing the import duties by one half, if the consider it necessary to do so, shall be placed at the different ports of the Republic with an equal control over the receipts of their Custome Houses as is exercised by the Mexican Authorities themselves, so as to secure the just and proper distribution of that portion of the duties which is as signed to both classes of Bondholders by the conventions and agreements above alluded to.

4th.—That all such claims of british subjects as have been already acknowledged by the Mexican Government shall be at once liquidated and that all others not yet fully examined into shall, if founded in justice and rigth by also acknowledged as valid when such has been proved to be the case, and paid with as little delay as possible.

The english, french and spanish officers who are ordered to present the despatch to his excellency the president in which this note. . .¹⁷ enclosure will return here in four days after their arrival in Mexico, and captain Tatham of her majesty's navy will be happy to take charge of any communication you may wish to forward to me in reply to this note.

I avail myself of this opportunnity to offer to your excellency the assurances of my highest consideration.

Charles Lennox Wyke

¹⁷ Ilegible en el manuscrito.

JUÁREZ ORDENA A VIDAURRI SE CONCENTRE EN TAMPICO,
PARA DEFENDER EL PUERTO

México, enero 13 de 1862

Sr. gobernador don Santiago Vidaurri
Muy señor mío y estimado amigo:

Recibí la grata de usted de 28 de diciembre último y veo con suma satisfacción las medidas que ha dictado para hacer efectivo el auxilio de fuerza armada señalado a ese estado para la defensa nacional. Las acertadas medidas que usted ha dictado suplen en mucho la falta de recursos, que tanto embaraza nuestras operaciones. Afortunadamente tanto en ese estado como en los demás de la República hay un entusiasmo admirable, lo que hace esperar que a pesar de la miseria, nos defenderemos con buen éxito y salvaremos el buen nombre de México.

Según las últimas noticias de Veracruz deben estar ya a la fecha las escuadras inglesa y francesa y tal vez los comisionados de las tres potencias aliadas. No creo que emprendan su invasión al interior sin previo aviso por lo menos de lo que pretenden. Sea lo que fuere, nuestras fuerzas están ya listas en el Puente Nacional y Chiquihuite.

Supongo ya en poder de usted las órdenes para que con 2,000 hombres emprenda su marcha a Tamaulipas, a fin de que en aquel estado se reúnan todos los elementos que necesitamos para hacer frente a la invasión por aquel rumbo.

Supuesto que ha muerto el Sr. Madrid,¹⁸ debe quedar terminado todo lo relativo a su aprehensión. En cuanto al Sr. Comonfort nada puede hacerse que no sea conforme con el decreto de amnistía y con lo

¹⁸ Obispo que el gobierno había ordenado se aprehendiera.

últimamente prevenido al ampliarse el término fijado por ese decreto; usted sabe bien que no son los gobiernos, sino la opinión pública la que rehabilita a los hombres y conocida como está, de un modo innegable, la opinión general de los estados y de la representación nacional contra la conducta del Sr. Comonfort en el golpe de estado de 1857, el gobierno no puede contrariarla sin exponerse a ser desconocido por esa misma opinión. Esta es la razón que ha normado la conducta del gobierno en este negocio y de ninguna manera el propósito de perseguir ni de mortificar a dicho señor que hasta ahora no se ha dirigido al gobierno de la República. Nada sé de lo que pasa en Matamoros y espero me comunique usted lo que sepa de aquel rumbo.

Soy de usted amigo afectísimo y s. s. q. b. s. m.

Benito Juárez

VIDAURRI ACEPTA EL NOMBRAMIENTO DE COMANDANTE
MILITAR DE TAMAULIPAS

Monterrey, enero 14 de 1862

Ciudadano presidente Benito Juárez.

México

Amigo y señor:

Nunca he sido tan breve como debo serlo ahora, aunque es con mucho superior el motivo que me obliga a dirigirle la presente. Me refiero al nombramiento que usted ha tenido la bondad de hacer en mi persona para comandante militar de Tamaulipas y, dejando a mis actos futuros calificados por usted que decidan si este nombramiento fue o no acertado, me reduzco por ahora a darle las más expresivas gracias por tal distinción, quedando consagrado ya a los trabajos que demanda mi nuevo encargo, mediante los cuales debo corresponder a las esperanzas del gobierno, poniendo todo lo que depende de mi.

Sírvase usted admitir estos votos y mandar lo que guste a su afectísimo amigo y servidor que atento b. s. m.

Santiago Vidaurri

PRIMER INFORME DE PRIM DESDE TIERRA MEXICANA

Veracruz, 14 de enero de 1862

Excmo. señor primer secretario de Estado y
del despacho
Excmo. señor:

M. S. M. —El día 2 del presente mes salí de La Habana en medio de las más entusiastas aclamaciones, expresión del vivo deseo de aquellos habitantes de que salga airosa la patria en la noble empresa de obtener de México las debidas satisfacciones y de contribuir a la regeneración de este país.

Ya V. E. sabe que el Sr. Gral. conde de San Antonio, por no haber recibido las comunicaciones del gobierno de S. M. en que se le mandaba suspender la salida de la expedición española hasta la llegada de los aliados, dispuso que emprendiesen nuestras fuerzas su movimiento hacia estas costas en los primeros días de diciembre; afortunadamente la providencia ha favorecido a nuestra patria en esta ocasión. Las autoridades mexicanas no opusieron resistencia y nuestras tropas victoriosas se apoderaron de esta importante y bien defendida plaza sin quemar un cartucho. No se omitió ninguna de las precauciones y formalidades que aconsejaba la cortesía hacia nuestros aliados, por tanto no pueden éstos darse ni se han dado por ofendidos de la anticipación con que se dio principio a la empresa por las tropas españolas.

El día 8 del presente mes llegué a Veracruz y fui recibido de un modo brillante que me dio a conocer que la población entera estaba sumamente complacida de la ejemplar conducta del ejército español. La víspera había llegado el Sr. almirante Jurien (de la Gravière) con su escuadra y el comodoro Dunlop con una parte de la división que debía

mandar el almirante Millue, se hallaba hacía cuatro días, en el fondeadero de Sacrificios.

Nos pusimos de acuerdo con los enviados de Francia e Inglaterra y resolvimos dar principio a nuestros trabajos sin pérdida de tiempo.

El día 9 tuvo lugar nuestra primera conferencia, con asistencia de los Sres. Jurien de la Gravière, vicealmirante y plenipotenciario especial de Francia; Dubois de Saligny, enviado extraordinario y comisario especial de la misma nación; Sr. Charles Lennox Wyke, enviado extraordinario y comisario especial de Inglaterra; el comodoro Hugo Dunlop, jefe de la escuadra inglesa y yo solo por parte de España, puesto que reúno en mi persona los poderes políticos y militares.

Fue el primer acuerdo de la asamblea nombrar secretario único de las conferencias al primer secretario de legación, don Juan Antonio López de Cevallos.

Tengo gran satisfacción en comunicar a V. E., que desde el primer día ha reinado entre los miembros de la asamblea la más perfecta armonía y que he recibido de mis colegas pruebas muy señaladas de deferencia.

El primer paso que hemos dado ha sido dirigir a los mexicanos una proclama en que claramente se exponen los verdaderos fines de la expedición combinada. Este documento, redactado anticipadamente por mi, ha sido adoptado unánimemente sin modificación alguna de importancia.

Igualmente fue aprobado, con muy ligeras alteraciones, mi proyecto de nota colectiva al gobierno de la República, exponiendo las razones que han dado lugar al envío de la expedición que hoy ocupa a Veracruz y las miras generosas y humanitarias de los tres gobiernos, que no son incompatibles, seguramente, con el firme propósito de obtener plena reparación por los agravios sufridos.

De uno y otro documento tengo la honra de acompañar a V. E. copias bajo los números uno y dos.

El anexo número tres es copia del ultimátum que dirijo al gobierno mexicano, pues en la misma conferencia y por sugestión mía, se resolvió

que a la nota colectiva acompañasen los representantes de cada una de las tres naciones su nota particular de exigencias y condiciones.

Con el fin de evitar que la extraordinaria aglomeración de tropas ocasionase el desarrollo de alguna enfermedad en esta población, resolvimos hacer una salida a la Tejería, punto distante unas cuatro leguas de Veracruz que ofrece mejores condiciones de salubridad que esta plaza y que, si la posición resultaba ser sana y ventajosa, acampase allí una parte de las fuerzas, a cuyo fin llevarían todos los elementos necesarios para quedarse en aquel lugar.

En esta primera conferencia se resistía el comodoro inglés a que parte alguna de sus tropas tomase participación en este movimiento; pero en la segunda reunión, cediendo a mis razones y a los fuertes argumentos del almirante Jurien, se avino a enviar con las columnas española y francesa, una compañía de tropa de marina.

Como sería demasiado prolija la enumeración de todos los acuerdos tomados en las conferencias y, a pesar de que se ha resuelto no enviar oficialmente a los respectivos gobiernos las actas, para que V. E. se imponga detalladamente de cuanto se ha tratado, le remito copias de la primera y segunda, no haciéndolo con la tercera por no haber sido aún leída y aprobada.

Desde La Habana indiqué al Sr. Gral. Gasset la conveniencia de que se enarbolasen las banderas de las tres potencias aliadas. A mi llegada a Veracruz ondeaban en la ciudad y en el castillo de San Juan de Ulúa los tres pabellones, por lo cual me ha parecido oportuno invitar a mis colegas a tomar una resolución sobre la forma en que se ha de guarnecer el castillo. Hemos acordado que sea guarnecido, alternativamente y por quincenas, con tropas de marina de las tres potencias; su jefe será por lo menos un capitán de fragata. Para este servicio y para los demás que hayan de prestar las escuadras, se pondrán de acuerdo los jefes navales.

Ha quedado convenido que los gastos y sueldos de localidad deberán ser pagados de los mismos fondos que se recauden.

En la segunda conferencia creí que debía hacer mención de la expulsión de los súbditos españoles residentes en Tampico. Mis colegas

convinieron conmigo en que era preciso reclamar del gobierno la renovación de sus órdenes a los gobernadores, para que fuesen respetados los extranjeros; en consecuencia se redactó una nota de la cual incluyo a V. E. copia bajo el número cinco. Sin oposición alguna logré que los representantes extranjeros aceptasen mi proposición de declarar al gobierno mexicano que las ofensas sufridas por los súbditos de cualquiera de las potencias aliadas, serían tenidas por ofensas hechas a las tres naciones.

Habiendo manifestado todos los comisionados, alternativamente, la imposibilidad de fijar el importe de algunas reclamaciones recientes, convinimos en adoptar una fórmula común y pedir el pago de las deudas ya reconocidas y el reconocimiento de las que, examinadas, aparezcan legítimas.

Pasamos antes de ir a ocupar la Tejería, una comunicación colectiva al Gral. (López) Uruga, poniendo en su conocimiento el propósito que teníamos de hacer esta salida, no con la idea de hostilizar a las tropas mexicanas, sino para proporcionar a las nuestras posiciones mejores bajo el punto de vista sanitario.

Dicho general ha contestado posteriormente que por correo acelerado enviaba nuestra comunicación al gobierno y que no creía que pudiera haber inconveniente en que llevásemos a cabo este movimiento.

Salimos al amanecer del día 11 con una columna compuesta de un batallón de zuavos y otro de tropa de la marina francesa, una compañía de la marina real inglesa, un batallón de cazadores españoles y una sección de ingenieros. A cuatro o cinco kilómetros de Veracruz se me avisó que algunas guerrillas de poca consideración se veían a corta distancia en ademán de oponerse a nuestro paso; se lo comuniqué al almirante Jurien y al comodoro Dunlop y participaron de mi parecer de no hacerles caso y seguir adelante.

Di orden a la vanguardia de no romper el fuego si la resistencia era pasiva pero que, si el enemigo ponía en ejecución su amenaza, le cayesen encima después de aguantar la primera descarga. Visto por las partidas mexicanas nuestro firme propósito de llegar a la Tejería y de no disparar el primer tiro, se fueron dispersando dejándonos el paso franco.

Llegamos sin más novedad y, habiendo resultado del reconocimiento que se practicó en el lugar, que ofrecía las condiciones de salubridad y defensa apetecidas, se establecieron los campamentos y quedó instalada la tropa.

Durante nuestra estancia en la Tejería, se presentó un jefe de guerrilla y, deseando proporcionarle ocasión de que viese reunidos a los jefes militares de las tres potencias aliadas, le invitamos a que viniera a nuestra presencia. Estuvo un buen rato con nosotros y en el curso de la conversación me manifestó que los mexicanos están en extremo exasperados por el desprecio que se había hecho a su pabellón no izándolo al lado de los de España, Francia e Inglaterra. A tan peregrina ocurrencia me costó no poco esfuerzo no perder la gravedad; no me pareció, sin embargo, que era oportuno entrar con él en argumentos que no le hubieran convencido; pero me ocurrió darle una explicación no menos risible que la queja: "¡Cómo habíamos de enarbolar la bandera mexicana si se fueron ustedes todos y no quedó quien la hiciera la guardia y los honores debidos!" Pareció calmarle esta ridícula razón y se retiró.

Como nos llamaban a Veracruz importantes ocupaciones, regresamos por la tarde, sin novedad alguna, después de haber dado todas las disposiciones necesarias a la comodidad y seguridad de las fuerzas que quedaban en la Tejería.

El día 13, al rayar el día, emprendimos igual marcha hacia Medellín con un batallón español de la 2ª brigada, una compañía de artillería francesa de marina, 50 ingleses y una sección de nuestra caballería, acompañándome en esta expedición como en la anterior los jefes francés e inglés. Llegamos sin novedad, acampó nuestra tropa, recorrimos el trayecto de uno a otro campamento y, después de habernos asegurado de que no había ocurrido novedad en el de la Tejería, regresamos a Veracruz.

Para establecer frecuentes comunicaciones con las fuerzas acampadas, hemos resuelto que un ferrocarril descuidado y casi fuera de servicio que hay entre esta ciudad y los pueblos de Medellín y la Tejería, sea camino militar. Al efecto, he dispuesto que un comandante de

ingenieros tome la dirección del camino y, auxiliado por maquinistas y fogoneros de la armada, repare el material y lo ponga en movimiento.

Las estaciones están ocupadas por piquetes que dan el servicio del ferrocarril y sus oficiales ejercen las funciones de jefes de estación.

Debiendo dirigirse al gobierno mexicano la nota colectiva convenida y las notas separadas de cada misión, ha nombrado cada una dos oficiales que han de pasar a México, con el objeto de ponerla en manos del presidente. Mi elección para este servicio ha recaído en el brigadier don Lorenzo Milans de Bosch y en el primer comandante don José de Argüelles.

A una comunicación de los comisarios aliados, pidiendo para estos oficiales una escolta suficiente que los ponga al abrigo de todo insulto durante su viaje a la capital, ha contestado el Gral. (López) Uruga favorablemente.

El conde de Reus

INFORME COMPLEMENTARIO DE PRIM

(Excmo. señor primer secretario de Estado y del Despacho)

Excmo. señor:

M. S. M. —En las tres conferencias formales que han tenido lugar había reinado el más perfecto acuerdo entre los comisarios de las naciones aliadas. Deseoso yo de que cada uno de nosotros tuviese alguna idea de las reclamaciones de todos, propuse una reunión con este objeto. Todos asistieron menos Mr. de Saligny, por hallarse enfermo.

Hice la enumeración de las exigencias contenidas en mi ultimátum. En seguida dio el ministro inglés lectura del suyo: pide en él el cumplimiento de un convenio que ya ha tenido principio de ejecución por el cual se destina el 40% de la renta de aduanas al pago de la deuda inglesa importante 50 millones de pesos; el pago inmediato de la suma de 650,000 pesos que fue violentamente extraída del consulado inglés en San Luis de Potosí y de la legación en México y el reconocimiento en principio de las reclamaciones posteriormente presentadas que resultasen válidas.

Tocóle luego al almirante Jurien dar cuenta del ultimátum preparado por Mr. de Saligny y aquí empezó el desacuerdo.

Comprenden las reclamaciones francesas el pago de 12 millones de pesos en que ha estimado el ministro francés las que él tiene por legítimas; el cumplimiento de un contrato celebrado por Miramón con una casa de comercio, antes Suiza y después francesa, en los momentos en que se hallaba en agonía su gobierno y la aceptación de cualesquiera otras demandas cuya legitimidad sea probada más adelante.

Al oír hablar del contrato Jecker y compañía exclamaron a una voz los representantes ingleses que era una exigencia inadmisibile. Expuso el ministro Sr. Charles Wyke que, próximo a caer, recibió Miramón de

dichos banqueros o prestamistas la suma de 750,000 pesos en metálico y en cambio entregó bonos del tesoro por 14 millones de duros. Este contrato leonino y escandaloso causó, según sir Charles Wyke, un descontento general en el país y tiene dicho señor por seguro que jamás será aceptado por el actual gobierno ni por otro alguno que entre a regir los destinos de México. El hecho solo de exigir su cumplimiento será bastante para que los mexicanos rompan todo trato con los aliados, pues preferirán todas las consecuencias de una guerra desigual a la ignominia de acceder a tan injusta pretensión.

Mr. Jurien de la Gravière, poco enterado de la historia de las reclamaciones contra México, manifestó que sólo Mr. de Saligny podía dar explicaciones sobre este punto, por lo cual supliqué a los comisarios presentes que volviésemos a celebrar una junta al siguiente día con asistencia de Mr. de Saligny.

Este desagradable incidente ha paralizado por un momento la buena marcha de las negociaciones y nos ha tenido en gran conflicto.

Así las cosas, ha tenido lugar hoy la reunión provocada por mí; después de cuatro horas en dar vueltas y revueltas a la cuestión, sin hallar solución satisfactoria en tal dificultad; después de haber insistido el ministro inglés en su declaración del día anterior de que teníamos que renunciar a toda esperanza de que fuesen acogidas las reclamaciones justas, si se incluía en el ultimátum francés la de la casa Jecker y compañía, se inició la idea de enviar únicamente la nota colectiva con algunas modificaciones, haciendo mención en ella del encargo que tenemos de exigir plena reparación de todos los agravios y perjuicios sufridos pero manifestando que lo primero era proporcionar a la República los medios de constituirse de un modo estable que la ponga en posibilidad de cumplir los compromisos que contraiga.

Los comisarios de Francia e Inglaterra, a pesar de las órdenes terminantes que tienen, opinaron que éste era el único partido que se podía adoptar. Nos hallábamos en la alternativa de no enviar nuestros comisarios a México, después de haber pedido una escolta que desde esta mañana los estaba esperando en nuestros puestos avanzados de la Tejería, lo cual hubiera sido desprestigiarnos y dar a entender que había surgido

entre nosotros algún grave desacuerdo o enviarlos sin modificar el ultimátum francés, haciéndonos cómplices de una acción que me abstengo de calificar.

Sir Charles Wyke se oponía con todas sus fuerzas a esto y confieso que, por mi parte, no podía resignarme a que la influencia de nuestra noble y generosa nación y la sangre de nuestros soldados se empleasen en precipitar la ruina total de este desgraciado país, sosteniendo una reclamación tan escandalosa.

Era, sin embargo, de toda urgencia adoptar una resolución y, al fin, convinimos en despachar a los comisionados con la nota de la que acompaño a V. E. copia y, en efecto, han salido hoy a las cuatro de la tarde.

Bien sé que esta resolución no se ajusta del todo a las instrucciones de V. E. pero ¿qué podía yo hacer en presencia de tan imprevista complicación? Teniendo en cuenta que esta tregua daría lugar a pedir instrucción al gobierno de S. M. y que el paso que se proponía en manera alguna implicaba el abandono de nuestro derecho y nuestro propósito de exigir del gobierno mexicano amplias satisfacciones no me quedaba otro arbitrio que dar mi asentimiento, por no hallar otra salida de la dificultad y por estar, como el ministro inglés, persuadido de que el dar nuestro apoyo a una reclamación tan inicua hubiera sido echar un borrón indeleble sobre nuestro gobierno, sobre nuestra noble nación y sobre nosotros mismos.

En la próxima reunión nos pondremos de acuerdo los comisarios de las tres naciones para hacer a nuestros gobiernos una exposición concienzuda del estado miserable de este país. El enviado francés, por su parte, solicitará de su gobierno la modificación de sus instrucciones en lo relativo a la reclamación Jecker y no creo imposible que tanto el gobierno de S. M. como los de Francia e Inglaterra concedan a sus representantes alguna latitud para juzgar cuál sea el momento más oportuno para presentar sus reclamaciones.

Dios, etc.

Veracruz, 14 de enero de 1862.

(Juan) Prim

SALIGNY INICIA LA OFENSIVA CONTRA PRIM ANTE EL
GOBIERNO FRANCÉS

Veracruz, 15 de enero de 1862

Sr. Edouard Antoine Thouvenel
Ministro de Relaciones Exteriores de Francia

El Sr. Doazan, quien llegó de La Habana el 4 de enero, a bordo del vapor *Chaptal*, me remitió el despacho que V. E. me hizo el honor de dirigirme el 11 de noviembre, bajo la dirección política número 15.

Sólo me llegó el mismo día el despacho telegráfico por el cual V. E. me invitaba a embarcarme en *La Foudre* para dirigirme a La Habana. El almirante Jurien de la Gravière y su escuadra, anclaron en la noche del día 7 en Sacrificios; al día siguiente, 8, también en la noche, desembarcó en Veracruz el Gral. Prim, conde de Castillejos y tomó el mando de las fuerzas de S. M. C. Los comandantes en jefe de las fuerzas aliadas y los plenipotenciarios iniciaron las conferencias que desde entonces se han sucedido casi sin interrupción.

Hubiera querido, señor ministro, aprovechar la salida del *Moctezuma* que el almirante envía mañana a La Habana, para darle cuenta de nuestros primeros trabajos e indicarle las dificultades que desde un principio se han presentado en nuestro camino. Sin embargo, no fue posible, ya que estuve absorto durante tres días en la preparación de nuestro ultimátum y en mi correspondencia con el interior, donde la inacción de las tropas aliadas y los comentarios a que da lugar comienzan, como es fácil de prever, a levantar las malas pasiones contenidas un instante por el temor y a provocar los más lamentables excesos contra los extranjeros, en especial contra los españoles. Estoy obligado a dejar esta tarea al almirante, quien, por lo demás, puede mejor

que nadie cumplir con este deber. Me limito pues, a enviarle aquí bajo los números uno al quince, los siguientes documentos:

1º—Una proclama dirigida a los mexicanos para explicarles el fin de la expedición.

2º—Un proyecto de nota colectiva que no había podido decidirme a firmar sino a condición de incluir en ella nuestro ultimátum, como una especie de correctivo a ciertos pasajes que para mí son de una benevolencia y de una confianza excesivas, hacia un gobierno al cual Francia se había visto obligada recientemente a dirigirse con un lenguaje sumamente severo; proyecto que ha sufrido más tarde notables modificaciones.

3º—El *ultimátum* que redacté para ser presentado en nombre de Francia y que ha sido diferido a una época ulterior como consecuencia de las dificultades y las discusiones que me reservo de hacer llegar a vuestro conocimiento.

4º—La nota colectiva que se dirigió al gobierno mexicano tal como ha sido definitivamente adoptada por la conferencia.

5º—La carta enviada por el comandante en jefe y los comandantes, a los oficiales encargados de llevar esta nota a México.

Lo repito, señor ministro, por falta de tiempo y con gran pena, no puedo hoy unir a estas piezas las explicaciones con que hubiera querido acompañarlas. El almirante, a su vez, podrá informar al gobierno del emperador de las dificultades de diversa índole que han surgido desde los primeros pasos, dificultades que no se pudieron prever en París. Las más serias nacen del matiz tan fuertemente español dado a la expedición, pues no hay que disimular y el Gral. Prim ha podido ya convencerse de ello, que el odio contra España es la única cuerda que aún puede hacer vibrar a los mexicanos.

En la situación del país, tres mil hombres de tropas francesas habrían podido, por un movimiento rápido, llegar casi sin hacer un disparo hasta México. Para combatir a los españoles se encontrarán siempre en México elementos de resistencia, que no se levantarían contra Francia.

El Gral. Prim, ya sea por el sentimiento íntimo que tiene frente a la situación, ya sea por la insuficiencia de los medios militares de que dispone o por razones de simpatía o de debilidad misma ante un país y un gobierno cuyas instituciones responden más o menos a sus propias preferencias políticas, se muestra resuelto a valerse de miramientos y de una gran benevolencia hacia el gabinete de México. Parece contar bastante, también, con el prestigio y la influencia que su nombre y su gran ilustración puede ejercer en la nación mexicana y se cree seguro de llegar por la vía de las negociaciones a un arreglo pacífico y satisfactorio de las dificultades actuales. Son esperanzas e ilusiones a las que no podría asociarme y de las cuales el plenipotenciario español deberá pronto, si no me equivoco, reconocer la inutilidad.

Por lo demás, ya es tarde para comenzar negociaciones en las que México no mostraría más que el deseo de ganar tiempo y dejar a la influencia asesina de su clima el cuidado de diezmar a las fuerzas aliadas. Esta última consideración no podía escapar al almirante Jurien de la Gravière ni al comodoro Dunlop, quienes desde hoy están muy preocupados. Sea de ello lo que fuere, el Gral. Prim está fuertemente apoyado en su política de temporización y de miramientos, especialmente por los plenipotenciarios británicos, quienes desde el primer día han marchado con el representante español en un acuerdo completo y visible por todos.

El Sr. Charles Wyke, sobre todo, se pronuncia por un arreglo con Doblado. Yo no comprendo bien qué clase de arreglo podríamos concluir que nos ofreciera garantías suficientes para el futuro, pues, si no me equivoco, el gobierno de México, alentado por las garantías y las promesas de sir Charles, no consentirá en tratar sino sobre la base de evacuación inmediata de su territorio. No necesito insistir en las consecuencias desastrosas de un arreglo semejante. Hubiera valido mil veces más no haber emprendido esta costosa expedición si se va a terminar en un resultado semejante.

Por lo demás, señor ministro, nosotros comenzamos ya a recoger los frutos de las dudas, de los conflictos y de las divergencias de opinión

que se manifiestan entre los representantes de las potencias aliadas y que no son un secreto para el gobierno mexicano.

Todas mis correspondencias del interior me informan de los actos arbitrarios y violentos de que son víctimas los extranjeros de parte de las autoridades mexicanas. Según lo que me informa el Sr. Wagner, el Gral. Doblado mismo, que había dado en un principio prueba de una gran moderación, ha cambiado de repente de actitud; él expresa la resolución de emplear, en caso dado, la fuerza para obligar a todos los extranjeros sin distinción de nacionalidad, a pagar un impuesto o préstamo forzoso de dos y medio por ciento sobre el capital, a fin de sostener al gobierno contra las potencias aliadas y declara en voz alta que ha llegado el momento de echar mano de las propiedades particulares y de hacer pagar a los extranjeros los platos rotos. Se me informa que ha sido expedida la orden de México de embargar las salinas del Sr. Errazu, situadas, creo yo, en el estado de San Luis. Las noticias que recibo de nuestro vicecónsul en Guaymas son dolorosas.

Las autoridades de Sinaloa se aprovechan de la guerra civil que desbasta al país para disponer a su capricho de las propiedades y de la vida misma de nuestros ciudadanos. Se apoderan de todo lo que les cae a sus manos, hundiendo en el desastre a las tiendas de los extranjeros, tomando por la fuerza todas las mercancías que venden a ínfimo precio para repartirse en seguida el producto de ellas.

Ante la orden verbal —se ha negado toda orden por escrito— del gobernador Buenaventura Márquez, quien alegaba la necesidad de asegurarse de una posición estratégica importante y, a pesar de las enérgicas protestas y la resistencia de nuestro agente, el Sr. (Joseph) Calvo, soldados comandados por un oficial de nombre Espinosa, ocuparon por la fuerza la sede del consulado de Francia, que fue entregado al saqueo. Otras dos casas francesas, Camou hermanos y Duclaud, fueron igualmente invadidas y saqueadas, por orden de la autoridad. El Sr. Duclaud, culpable de haberse quejado con energía de los atentados, fue arbitrariamente expulsado de la noche a la mañana. Los viceconsulados de España y Estados Unidos fueron violados de la misma manera. La goleta del gobierno norteamericano *Joseph Lane*, partió

rápidamente a buscar un barco más potente a fin de exigir la reparación de semejantes ultrajes.

No pienso, señor ministro, que sea en un arreglo que tenga como fin la tarea imposible de estabilizar y consolidar un gobierno que no ha cesado de dar él mismo ejemplo de todos estos excesos, que se podrá encontrar el remedio para una situación tan deplorable.

Alphonse Dubois de Saligny

SANTA ANNA CONTRA PRIM

Saint Thomas, enero 15 de 1862

Sr. José María Gutiérrez de Estrada

Recibí por duplicado sus apreciables del 6 y 11 próximo pasado que a su debido tiempo llegaron a mis manos.

Estaba resuelto a efectuar mi viaje a Veracruz por este paquebote como ya le había indicado; pero me es absolutamente imposible, pues me hallo en estos momentos postrado en cama a causa de calenturas debidas sin duda al cambio de estación, por lo que apenas puedo dictar estos renglones, pues me siento muy extenuado.

Son dignos del mayor elogio el celo, patriotismo y actividad de usted en el asunto que nos ocupa, así como conozco su eficaz cooperación y su conocimiento de los hombres de la situación.

Estoy enteramente de acuerdo con usted respecto del Gral. Prim, pues, según las últimas noticias que he recibido de nuestro país, parece muy probable que de todo eso resulte un pastel, pues los demagogos están resueltos a pasar por todo lo que les impongan con tal de conservarse en el poder y, conocidos los principios liberales de aquel general y su parentesco con el ministro de Hacienda (González) Echevarría, ya no me cabe duda alguna del desenlace. Además, se asegura que Doblado, nombrado ministro de Relaciones e investido de amplias facultades; se dirigirá a Veracruz para tratar con los plenipotenciarios de las tres naciones pasando por todo. La reacción se halla dividida; muchos jefes y oficiales se han acogido a la amnistía poniéndose a las órdenes de Juárez. El marasmo domina a nuestra gente y ya usted ve que no hay una base que sirva de apoyo al fin deseado. Últimamente mandé a mi hijo Ángel con instrucciones a Veracruz, para

ver lo que se pudiera hacer en vista de las circunstancias; mas ha encontrado la más decidida oposición por parte del jefe español. Estos españoles han de ser siempre los mismos.

No me es posible extenderme más, por ahora, por lo que concluyo deseando a usted las mayores felicidades.

Antonio López de Santa Anna

DE LA GRAVIÈRE CONSIDERA QUE ESPAÑA NO MARCHA DE
ACUERDO CONSIGO MISMA

Veracruz, 15 de enero de 1862

Sr. Edouard Antoine Thouvenel
Ministro de Relaciones Exteriores de Francia

No necesito recordar a V. E. cómo fue concebido el proyecto de una acción colectiva de Francia, Inglaterra y España con el fin de obtener del gobierno mexicano la reparación de los agravios comunes. Las fuerzas combinadas deberían proceder a la ocupación inmediata de los puertos situados en el golfo de México después de haber intimado a las autoridades locales a hacerles la entrega de los mismos.

Los puertos deberían permanecer en poder de los aliados hasta la completa solución de las dificultades que habría que resolver y la percepción de los derechos de las aduanas debería hacerse en nombre de las tres potencias bajo la vigilancia de los delegados designados para este fin.

La cuestión de las reclamaciones que cada uno de los gobiernos aliados tendrá que formular, al exigir un examen muy especial, la tarea de resolver a este respecto deberá ser encargada particularmente a una comisión compuesta por sir Charles Wyke, el Sr. Dubois de Saligny y por un comisionado que designe España.

Cuando estos tres agentes se hayan puesto de acuerdo y encuentren un modo de arreglo que salvaguarde de la mejor manera posible los intereses respectivos, deberán ponerse en contacto con los comandantes en jefe de las fuerzas aliadas para formular las condiciones bajo las cuales el gobierno mexicano será requerido de dar su asentimiento.

Anteayer en la tarde se reunieron los comisionados y, no habiendo podido el Sr. Dubois de Saligny asistir a la sesión debido a una indisposición, yo comuniqué en su nombre a sir Charles Wyke y al conde de Reus, el proyecto de *ultimátum* que él había preparado.

Sir Charles Wyke expresó que él no tenía ningún medio de apreciar el valor de las reclamaciones formuladas por Dubois de Saligny y que, antes de asociarse a ellas, consideraba necesario recibir las órdenes de su gobierno.

El conde de Reus, después de haber hecho vanos esfuerzos por lograr que sus colegas llegaran a un acuerdo al respecto, reconoció la necesidad de aplazar toda decisión hasta el momento en que la salud del Sr. Dubois de Saligny le permitiera asistir a nuestras sesiones.

Ayer en la mañana Dubois de Saligny pudo concurrir a la casa del conde de Reus y, después de una discusión tormentosa, se acordó que el examen de esas cuestiones tan litigiosas no podía ser obra de pocos días, que probablemente sería necesario consagrarle varios meses y que, para no romper desde el presente una alianza tan laboriosamente constituida, había que limitarse a ponerse de acuerdo sobre el objeto general de la expedición enviada a México.

Se le pidió al Gral. (López) Uruga un salvoconducto y una escolta para asegurar el envío de los tres delegados a México. Esta escolta llegó al campo de Tejería. Era indispensable encontrar una misión para los oficiales y ponernos de acuerdo sobre las instrucciones que nosotros queríamos entregarles.

Para que pueda usted apreciar el espíritu incoherente que reinó en nuestras deliberaciones —siento tener que decirlo—, tendré que trazar aquí en pocas palabras lo que pasó en una de las reuniones, lo que podrá, al menos, tener la ventaja de aclarar un poco la situación.

El conde de Reus nos propuso hace unos días que, como en el país sólo se habla español, era natural que le dejáramos el cuidado de preparar la proclama que debería ser dirigida al pueblo mexicano y la nota colectiva a la que se uniría el *ultimátum* formulado por, cada país. Sin embargo, en toda reunión donde se lleva el deseo de ponerse de acuerdo, el que tiene la pluma logra casi siempre hacer prevalecer sus ideas.

Por mi parte, estoy dispuesto a dejar al Gral. Prim exponer las tuyas a fin de llegar así a conocerlas; la proclama al pueblo mexicano es enteramente obra de él. Yo me limité a pedir que, según las costumbres que hacen la ley en materia semejante, la nota diplomática que el Gral. Prim se había encargado de redactar, fuese igualmente traducida al francés.

Esta nota, aprobada por sir Charles Wyke y por el comodoro (Hugh) Dunlop, debía recibir la aprobación del Sr. Dubois de Saligny y la mía, si es que no queríamos, desde un principio, encontrarnos constituidos en minoría.

Sin embargo, cuando nos fue remitida la traducción que acompañó ahora, creí necesario hacer observar que ella exigía un retoque para que tuviera al menos una apariencia francesa.

Desde el momento en que tomé la pluma, estaba seguro de que, permaneciendo fiel al texto que se me había sometido, podía atenuar el efecto importuno de ciertas declaraciones.

Mi redacción fue acogida sin la menor objeción. Este documento contiene sin duda algunos párrafos que yo hubiera querido hacer desaparecer pero, en general, me parecería conveniente mostrar un gran espíritu de conciliación. Asimismo, todo parecía resuelto entre nosotros cuando anteayer en la tarde, la presentación de los *ultimátums* separados, hizo estallar nuestros profundos disentimientos.

En medio de la confusión, que no hizo sino crecer en la sesión de ayer en la mañana, creí el momento oportuno para expresar mis ideas. La política del gobierno mexicano, dije a mis colegas, no es un secreto para nadie. Consiste en dejar a las tropas europeas consumirse en el litoral. Hoy más que nunca, la adopción de esta política le ha sido fácil debido a nuestras divergencias de opiniones. Sir Charles Wyke nos expresaba su intención de consultar a su gobierno antes de dar su adhesión a las proposiciones de Dubois de Saligny, que decían: busquemos el medio de afrontar estos retardos que son quizá inevitables, sin comprometer la salud de nuestras tropas y, en consecuencia, el porvenir de nuestra expedición. Si nosotrosuviéramos un campamento salubre, no estaríamos obligados a poner en nuestras decisiones esta prisa y esta

precipitación que nos impiden examinar con toda la madurez conveniente las cuestiones sobre las cuales nosotros no estaríamos quizá tan lejos de entendernos como se podría en un principio suponer. Ahora bien, no hay en México un lugar salubre antes de llegar a la meseta de Jalapa. Convengamos, pues, en pedir al gobierno mexicano permiso para ocupar esta meseta y si se nos niega esta autorización, marchemos sobre Jalapa y tomemos posesión de ella por la fuerza.

El comodoro Dunlop tomó la palabra y declaró que, a pesar del rigor de sus instrucciones que le prohíben hacer salir sus tropas de Veracruz, no dudaría, en beneficio de sus hombres, en comprometer su responsabilidad y que, si nosotros marchábamos sobre Jalapa, él nos seguiría con 700 soldados de marina.

Este acuerdo entre los comandantes en jefe de las fuerzas inglesa y francesa parecía haber asegurado la solución de la cuestión, pero el Gral. Prim creyó deber intervenir para señalarnos la gravedad de la decisión que acabábamos de tomar. ¿Sé ha visto alguna vez, dijo, que un gobierno consintiera en dejar ocupar por tropas extranjeras, sea uno de los puertos de su litoral, sea un punto cualquiera de sus fronteras? No conozco un solo ejemplo de que un gobierno haya cedido una posición en el corazón del país, que abre al enemigo el camino hacia la capital.

Si nosotros pedimos al gobierno mexicano —continuaba— la ocupación de Jalapa y si él responde a esta petición con una negativa, debemos estar resueltos a marchar hacia adelante. Y bien, debo declarar aquí que nosotros no tenemos los medios de conducir a buen término una empresa semejante. Al salir de Veracruz, tendré a lo sumo 5,000 hombres disponibles. El, comandante en jefe de las tropas francesas tendrá apenas 2,500, el comodoro inglés tendrá unos 500. Es, pues, con menos de 8,000 hombres, que ustedes quieren entrar en un país donde el odio contra la raza española atraería contra ustedes a la masa de la población. Nosotros seremos bastante fuertes para salir vencedores en un primer combate, pero no lo seremos bastante para resistir por mucho tiempo con éxito a todos los ataques de las guerrillas, que vendrían a hostigar nuestros flancos y a interceptar nuestros convoyes.

El almirante francés ha hecho observar que los norteamericanos en 1848, tuvieron que movilizar hacia México un ejército de 10,000 hombres, pero él no dijo que para tener 10,000 hombres sobre las armas, los norteamericanos tuvieron que enviar a México más de 30,000, que a costa de enormes gastos consiguieron organizar y que, además del ejército que salió de Veracruz, ellos tenían otro que de la capital de Nuevo León amenazaba a San Luis Potosí. En pocas palabras, mi pensamiento es: según vuestras pretensiones exageradas, ustedes van de hecho a declarar la guerra a México. Ahora bien, esta guerra no estamos en condiciones de hacerla. Un soldado es siempre feliz cuando muere por su país y cuando cae al pie de su bandera, pero ¿el efecto moral de una derrota, la humillación de nuestras tres banderas no valen nada? Y ¿no es ésta una consideración que merece seriamente que se medite? Sin duda, expresó sir Charles Wyke, hay que pensar en ello. Yo no expondré, por mi parte, al peligro de una derrota y de una derrota por los mexicanos, a la bandera de mi país.

General, dije yo entonces al conde de Reus, vuestra experiencia militar, vuestra ilustración personal dan aquí un gran peso a vuestra opinión. Colocado a la cabeza del contingente más considerable de las fuerzas aliadas, cuando usted proclama en voz tan alta la imposibilidad de comenzar la guerra, ya nadie tiene el derecho de contradecirlo.

En cuanto a mí, cuando vine a México, puse mi confianza en el ascendiente de nuestro ejército y en la grandeza de Francia. Compadecería a los mexicanos si llegaran a hacer sufrir a nuestros ejércitos una derrota semejante a la que sufrimos en 1840 frente a las murallas de Roma. Por prudentes que sean vuestros consejos, nosotros no podemos escucharlos ahora.

¿Podemos esperar en Veracruz o aun en el campamento de Tejería que el clima asesino diezme nuestras tropas y nos obligue a reembarcarlas? Si una decisión semejante sale del recinto de esta conferencia, expediré al instante una fragata a Francia para pedir al emperador envíe un ejército que actúe por sí solo y le pediré, al mismo tiempo, que disponga a un general hábil para que lo comande. Estas declaraciones tan terminantes debieron conducir a un compromiso entre

nosotros. Durante más de una hora lo buscamos, debo decirlo, con igual buena fe. Lo que yo indiqué acabó por obtener la adhesión unánime del consejo y tengo el honor de hacérselo saber a V. E. Se redactó una nota colectiva con la firma de los cinco comisionados.

Propuse también excluir de la redacción los párrafos que me parecieron, como a Dubois de Saligny, demasiado favorables al gobierno actual de México y confiar esta nota a nuestros delegados junto con la orden verbal de reclamar para nuestras tropas la ocupación de Jalapa. Despojado del carácter de *ultimátum*, esta petición nos reservaba toda nuestra libertad de acción y nos permitía esperar ya fuera refuerzos o nuevas órdenes.

El delegado escogido por España fue él Brigadier (Lorenzo) Milans del Bosch; el comandante Dunlop designó al capitán (Eduardo) Tatham, comandante de la fragata *Phaëton*; por mi parte, yo elegí al Sr. Thomasset, capitán de fragata, como mi jefe de estado mayor. Estos tres delegados fueron introducidos en el seno del consejo, se les dio conocimiento de la nota colectiva que ellos iban a entregar al Presidente de la República Mexicana y se les ordenó pidieran verbalmente la ocupación de Jalapa por las tropas aliadas.

Ante la proposición de Dubois de Saligny y con el consentimiento del consejo, redacté las instrucciones para los tres delegados, que deberían de servir a nuestros enviados como cartas credenciales y que V. E. encontrará aquí.

A las cuatro de la tarde los señores pudieron ponerse en camino para Tejería, donde los esperaba la escolta enviada por el Gral. (López) Uruga. Se cree que su regreso a Veracruz no podrá efectuarse antes de 25 días o un mes.

No quise que terminase esta sesión sin explicar claramente a mis colegas los diversos fines que se proponía nuestra política. Nosotros estamos de acuerdo, les dije, en reconocer que la cifra de las reclamaciones agotará por mucho tiempo la mayor parte de los recursos de México y, como no pueden ser acogidas por estos gobiernos precarios habituados a burlarse de la buena fe de los tratados, es necesario un gobierno más estable para garantizarnos la ejecución fiel y leal de

nuestros tratados. Nuestro primer objetivo debe ser, pues, fundar en este país un mejor estado de cosas. Nosotros no tenemos otro medio de prevenir el regreso periódico de expediciones lejanas y costosas. Ustedes saben que no me sorprenderán nunca intentando intrigas. Pero es necesario que sepan que, cada vez que en México se me pida consejo, yo indicaré la monarquía como la única forma de gobierno que podría poner término a las disensiones de que México nos da desde hace tanto tiempo el triste espectáculo.

Los mexicanos jamás querrán un gobierno monárquico, exclamó el Gral. Prim. Después, más calmado, agregó: como súbdito de una monarquía, como representante de la reina Isabel, yo no daría otros consejos que los vuestros; solamente que los daría sin la menor esperanza de que fueran escuchados. Esto lo creo irrefutable.

Contesté, a mi vez, que tenemos interés en tomar el tiempo necesario para ilustrarnos sobre los verdaderos sentimientos del país. Busquemos lealmente los puntos sobre los que podamos entendernos. Evitemos en lo posible aquellos problemas cuya naturaleza tienda a dividirnos. Combinemos ante todo nuestra acción militar. Los acontecimientos se desarrollarán y ellos serán los que nos indicarán la solución que hoy tratamos vanamente de prever.

El Gral. Prim. sospechoso para muchas gentes de no perseguir aquí sino la realización de sus sueños políticos o de sus intereses personales, puede ser que ceda sólo por temor a las dificultades que significa predisponer el odio de los mexicanos para el nombre español y la insuficiencia de los medios militares de que dispone.

Se comprendería así, sin exponerse a calumniar a un hombre considerable, la línea de conducta que el general ha creído deber adoptar. Él ha podido pensar que el partido liberal, que representa en México a la gran mayoría del país, es el único partido del cual merece conquistar sus simpatías y el único que interesaría sostener y consolidar. De cualquier modo, este plan que estábamos lejos de esperar de un general español ha sido acogido naturalmente por sir Charles Wyke. Entre el representante de España y el de Inglaterra el acuerdo es hoy completo. El Gral. Prim me dijo que estaría siempre conmigo en nuestros debates, que todas sus

inclinaciones eran francesas, que era ante todo en Francia en quien quería apoyarse. Pero acaso ¿no es libre de obedecer a los instintos que tanto proclama?

Para el Gral. Prim, como para sir Charles Wyke, el hombre de la solución es hoy el ministro actual de Relaciones Exteriores de México, el Gral. Doblado. Este personaje parece gozar de una consideración merecida, pero está completamente adherido a la forma republicana y, venir en ayuda de su influencia, es simplemente preparar en México una paz por algunos meses, seguida pronto de nuevos desórdenes.

Me encuentro, pues, en presencia de dificultades que V. E. no había podido prever. Dispuesto a marchar de acuerdo con España, yo nunca sospeché que España no marcharía de acuerdo consigo misma.

Sin embargo, hay que decirlo, todo se había preparado para que el general español fuera el árbitro de la situación. Desde un principio se le permitió el contingente más considerable y el grado más alto entre los comandantes aliados. Ya en La Habana nuestros compatriotas llamaban con cierto despecho a la expedición combinada, la expedición española. Pero esta susceptibilidad nacional no era fundada. Era natural que Francia, por una de esas cortesías que le son habituales, quisiera dejar a España ocupar el primer plano en esta expedición. Era hacerle un servicio a una nación amiga y justamente orgullosa de su renacimiento; pero, cuando los españoles, tomando la delantera, hicieron flotar su bandera en el castillo de San Juan de Ulúa y en las murallas de Veracruz, ellos necesitaban más ser reprimidos en sus pretensiones, que ser apoyados.

En efecto, eran ya en Veracruz dueños de toda la administración, de la aduana, del ferrocarril, de la dirección del puerto, del gobierno y de la policía de la ciudad. Aunque detestados en México, sin embargo ellos tienen allí numerosos medios favorables, es decir, tienen la ventaja de hablar el idioma del país y, en rigor, ellos hasta aquí han sido los más favorecidos por guías y emisarios. Sin embargo, sería injusto con el Gral. Prim si no consignara la extrema cortesía y diligencia con que ha sabido hacer valer mis reclamaciones, así como las del comodoro Dunlop y admitir nuestra participación en las atribuciones que eran la consecuencia de una ocupación tanto tiempo demorado. Se convino en que el gobierno

de Veracruz fuera auxiliado en las ocasiones importantes por una comisión compuesta por los cónsules de Francia e Inglaterra, que la guardia del Castillo de San Juan de Ulúa fuera confiada alternativamente a las tropas de cada una de las potencias, pero, a pesar de estas concesiones hechas tan pronto como fueron pedidas, la ocupación de Veracruz conservará por mucho tiempo aún un sello casi exclusivamente español. Cuando tenía como mira conceder todo a España y altercar con Inglaterra, yo me preocupaba muy poco por cuestiones tan secundarias. De aquí en adelante les daré más importancia. Sin embargo, V. E. no deberá temer que yo deje que se altere la cordialidad de mis relaciones con el Gral. Prim.

La situación del general es muy difícil. Un partido bastante considerable se pronuncia contra él en el seno mismo de su ejército. Él dominará la situación, estoy convencido, pues tiene la confianza de las tropas y los descontentos significan un peligro sólo para un general débil y vencido.

El gobierno español ha debido saber, antes de enviar al Gral. Prim a México, la política que éste iba a seguir. Me extrañaría si ahora se atreviera a remplazarlo. Si el conde de Reus tuviera un sucesor, él le legaría probablemente una tarea de las más difíciles. Deseo pensar mejor, que el Gral. Prim, iluminado por los acontecimientos, reflexionará pronto respecto al único papel que le conviene representar, esto es, el de jefe militar activo, emprendedor, contando ante todo con su propia energía y con la de sus soldados. Para una conducta semejante, el gobierno español no podía hacer una mejor elección que la del vencedor de Castillejos. Nuestra misión comienza apenas y V. E. ya puede comenzar a ver bosquejarse las dificultades que nos esperan.

Yo no estoy de ningún modo asustado. Mientras posea la confianza del gobierno del emperador, marcharé con paso firme por la ruta que me he trazado. No lograré siempre hacer prevalecer mi punto de vista, pero acostumbraré a mis colegas a que cuenten con mis opiniones mostrando hacia las suyas toda la deferencia compatible con mi propia dignidad y los fines del gobierno que tengo el honor de representar.

No le pido nuevas instrucciones. Cuando éstas pudieran llegar, probablemente ya serían extemporáneas.

Yo no le pido más que su confianza. Con ella tomaré consejo de los acontecimientos y, si no alcanzo el fin que se me ha indicado, me acercaré, al menos, lo más que me sea posible.

En el caso de que juzgue a propósito enviarme algunos refuerzos, será necesario hacerlos salir de Francia sin demora. Más que soldados, necesito aquí jinetes y medios de transporte. Pero mi mayor obstáculo no es el de conseguir caballos o mulas, sino arneses. Algunos coches provistos de su atelaje me serían de una inmensa utilidad. Tengo la intención de llevar todas mis tropas al campo de Tejería, que ocupé hace cuatro días con el batallón de zuavos, los marinos fusileros y un batallón español.

Haré de esta posición la base de mis operaciones futuras. Allá estaré en mi casa y al abrigo de una vigilancia que podría volverse inoportuna.

El ministro de Guerra apreciará, mejor que nadie, las necesidades de un pequeño cuerpo de ejército listo para entrar en campaña en un país donde el aislamiento se produce a medida que se avanza. Si cree conveniente asociar al señor capitán, que ha de rendirme inapreciables servicios, algunos oficiales de estado mayor destinados a secundar a este excelente oficial, se lo agradeceré muy particularmente, pero, lo repito, constituida como lo está mi pequeña tropa, puede hacer aún honor a Francia. Solamente V. E. está en condiciones de juzgar el grado de importancia que debe tomar nuestra expedición.

Yo no tengo más que un deber, el de ponerlo fiel y regularmente al corriente de nuestra situación.

E. Jurien de la Gravière

LÓPEZ URAGA SE MUESTRA ACTIVO

San Juan de la Estancia, enero 15 de 1862

Excmo. Sr. Presidente

don Benito Juárez

Mi muy apreciable amigo y señor:

Anoche han dormido aquí los comisionados de que ya hablé a usted. Son portadores de pliegos y llevan el encargo de tantear el terreno. No niegan su deseo de un avenimiento, el que yo creo sincero y le recomiendo a usted haga hablar al Gral. Milán, un soldadón de buena ley.

Nuestro amigo Mr. de Saligny, está de baja en todo y juzgado por estos hombres. El Sr. Wyke, unido con el Gral. Prim y La Gravière, hacen una mayoría que los domina. Mucho se puede hacer y ojalá afiancemos para siempre nuestra forma de gobierno, la reforma y el personal que se ha dado la nación. Lo demás son cosas secundarias pero que he tocado con mucha llaneza a estos señores y encuentro apoyo en ellos mismos.

Usted verá mi carta al Sr. Doblado y ojalá no repruebe mis ideas; pero sí advierto que, aunque las creo oportunas, no me guiarán si el gobierno obra de cualquier modo, pues obraré en su consonancia.

He creído conveniente que el Sr. Carrillo que funge de mi secretario desde que llegué y que usted conoce bien, vaya para informar al gobierno de pormenores y se le pueden preguntar y que tomará en el camino.

Le he encargado se vuelva pronto. Los deje en México y dilate, a lo más, en ésa cuatro días. Se lo suplico a usted pues me hace suma falta. Nada han resuelto ustedes de jefe de estado mayor y voy a concluir yo sólo, antes de empezar: lo necesito mucho.

Voy a ver la línea de Jalapa, con este verano que me dan las comisiones. El Sr. Llave me espera y creo no está contento de lo que pasa por allá, ni yo tampoco.

El decreto de estado de sitio no ha llegado, ni cosa ninguna, pues va a hacer ya 15 días que nada sé de México.

Esperando sus órdenes, queda de usted su muy atento amigo y obediente servidor q. b. s. m.

José López Uraga

CIRCULAR DE LA SECRETARIA DE GUERRA DANDO
INSTRUCCIONES A LOS GOBERNADORES SOBRE LAS
FUERZAS QUE YA ESTUVIEREN LISTAS

No obstante que el ciudadano presidente se halla plenamente satisfecho de la actividad y acrisolado patriotismo con que usted trabaja en el territorio de su mando por alistar el contingente de fuerza que corresponde a ese estado, conforme al decreto de 17 de diciembre último y con el que debe concurrir a la defensa de nuestra nacionalidad, los acontecimientos se precipitan de tal manera que tal vez se haga indispensable sostener con la fuerza de las armas nuestro buen derecho en favor de la absoluta independencia de la República y, por lo mismo, me manda prevenir a usted que, sin pérdida de momento, haga marchar las fuerzas de todas armas que tenga ya listas, equipadas y armadas.

El buen juicio de usted le habrá hecho comprender que en tan críticos momentos, la cuestión de recursos es de una gravedad incommensurable; que al supremo gobierno le sería imposible hacer frente a la situación, limitado como lo está a los pequeños productos del Distrito Federal, notablemente agotados como consecuencia de la funesta guerra civil que nos ha dividido.

Es, pues, indispensable que, sin omitir esfuerzo, haga usted que el referido contingente de tropas sea socorrido competentemente, no sólo para su marcha sino que cuide usted de remitir en lo sucesivo los fondos indispensables a su subsistencia, haciendo uso de la autorización que le concede el artículo 4º del mencionado decreto y poniendo en acción todos los elementos de ese estado y aun los de sus patrióticos habitantes.

En asunto de tan vital importancia se encuentra comprometido el honor de la nación y, por lo mismo, el ciudadano presidente, que conoce

el corazón y sentimientos de usted, confía plenamente que nada dejará de hacer en tan importante asunto.

Libertad y reforma, México, enero 17 de 1862.

(Pedro) Hinojosa

ZARAGOZA OPINA SOBRE EL GENERAL PRIM

Hacienda del Potrero, enero 17 de 1862

Ciudadano presidente Benito Juárez

México

Muy estimado amigo:

He visto a los comisionados de las potencias enemigas de Europa que pasaron para esa ciudad y he hablado con ellos, lo que me ha dado motivo para juzgar que no son a propósito para arreglar negociaciones de tanta importancia, como las que se les han encomendado y, aunque me supongo que el Gral. Prim es un caballero, me parece que con pretexto de arreglos trata sólo de ganar tiempo, pues, sin duda, cuando los aliados meditaron su expedición, creyeron venir a encontrar el país en tal estado de división, que les bastarían 10,000 hombres para penetrar hasta su capital imaginándose que no había en la República gobierno reconocido y que podían celebrar convenios con cualquier jefe de los muchos bandos que les informaron se disputaban en él el poder.

A mi juicio, ha sido poco prudente la conducta que se ha observado para con un enemigo, que, para pisar nuestro territorio, no ha guardado ni aun las reglas de urbanidad, porque lo hemos dejado en actitud de proporcionarse elementos para transporte y aun de catequizar a esta gente jarocho, que en lo general carece casi de sentido común y quizá también de patriotismo. Por otra parte, de los que componen la comisión, dos son jefes de estado mayor, que van de paso examinando bien nuestras posiciones y explorando también el espíritu público de nuestros soldados, a algunos de los cuales han hecho preguntas capciosas. Según yo entiendo, sería muy conveniente que a esos comisionados se les haga volver por el mismo camino que han llevado,

para no mostrarles nuestros principales puntos de defensa, ni evidenciarles el número de nuestra fuerza, datos de que un enemigo astuto se aprovecharía mucho en sus operaciones.

Viendo ahora el asunto por otro lado, la dilación de ulteriores hostilidades que ellos mismos, los aliados, han procurado, no nos daña, porque también a nosotros nos faltan el tiempo y elementos de guerra, no siendo difícil que para dentro de 15 días ya estemos mejor preparados, pues los trabajos de esta línea tocan ya a su conclusión: en este momento me encuentro recorriéndola y activando aquéllos; el Gral. (López) Uruga se halla por la de Jalapa y llegará a Córdoba para el 23, según me escribe.

Hace muy pocos días que hubo entre los tres jefes principales de la expedición un disgusto tan grande, que estuvieron a punto de romper entre sí, tratando el Gral. Prim de reembarcarse con sus fuerzas: andan muy mal entre ellos mismos, no se quieren unos y otros, y no será remoto que un día cometan una imprudencia de funestos resultados para sus operaciones. De la veracidad de estas noticias puedo responder, pues estoy seguro de que el hecho no es una mera vulgaridad. A este malestar se agrega la enfermedad que se ha difundido entre sus tropas, según me ha dicho el mismo jefe español, bien que el clima comienza también a causar males en los nuestros, pues de cuatro días a esta parte tenemos algunos enfermos, que, aunque adolecen de calenturas, en lo sucesivo podrán fallecer ellos y otros más, si aquéllas se desarrollan con fuerza.

Con el contrato de raciones que hizo el general en jefe, se ha conseguido lo principal, que es el rancho de la tropa y aun de jefes y oficiales porque todos estamos a rancho.

Agradezco a usted infinitamente que haya dado la orden para que mi familia reciba 1,000 pesos, de cuya suma ya se le han entregado 500 y, a propósito de dinero, diré a usted que de los 7,000 pesos que dejé pendientes de pago en esa capital, y que recomendé a usted y al Sr. Doblado se entregasen al acreedor, éste sólo ha recibido a buena cuenta 1,500: espero, a pesar de los compromisos del gobierno, que usted se servirá repetir sus órdenes para el completo pago de aquella suma. También estoy informado de que a los prestamistas de Puebla que tanto

fiaron en mi palabra para ser reembolsados, sólo han recibido del comisario 5,000 pesos y, en consecuencia, se les deben 3,000, los que éste ha dicho pagará luego que dé la distribución que está ya practicándose, pero esto acaso no será más que un pretexto para ganar tiempo, porque como dicen nuestros vecinos los yanquis, el tiempo es dinero, principio que a veces no combate su afectísimo amigo y seguro servidor.

Ignacio Zaragoza

Aumento:

Recuerdo a usted mi recomendación respecto a Colombres, la cual no se reduce a hacerle favor a él, sino a que tengamos por acá un ingeniero, porque si usted viera cómo nos encontramos sobre este punto, se espantaría.

Zaragoza

REORGANIZACIÓN MILITAR DE VERACRUZ

Jalapa, enero 18 de 1862

Sr. Presidente de la República don Benito Juárez
Mí muy querido amigo y señor:

Tengo gusto en dar contestación a su grata, fecha 11, diciéndole que a consecuencia del decreto del supremo gobierno en que se hace la declaración de sitio de este estado, su Legislatura ha dado otro suspendiendo el ejercicio de los poderes de él. Yo, de acuerdo con el Sr. Llave, lo he nombrado comandante general del estado y jefe de esta línea, así la marcha será expedita y enérgica y espero que tal disposición merezca la aprobación de usted.

A los títulos que tenía Oaxaca, para mi admiración, tengo que agregar la perseverancia y cuidado en remitir gente y dinero para sostén de su bonita división. En cuanto a mi buen amigo el Gral. Mejía cada día estoy más contento.

Doy a usted gracias, señor presidente, por las esperanzas que concibe al elogiar mi entusiasmo y no dude que en caso de guerra nos defenderemos palmo a palmo.

En cuanto a la brigada de Puebla suplico a usted entre a las líneas sin que traiga asignación de ser colocada en tal o cual punto, porque eso me embarazaría sobremanera y no tendría modo de relevar a las divisiones de Oaxaca y San Luis las fuerzas que tienen avanzadas, además de que, destinada esa tropa a la guarnición exclusiva de un punto, no podría disponer de ella para combinar mis movimientos de defensa y casi casi me sería inútil. Respecto a la fortificación de la Hoya tengo pensado que apenas se concluyan mis trabajos en estas líneas, pasen allá los ingenieros, pues, en efecto, es una posición en que se pueden hacer buenas defensas.

Constantemente y aún antes de su nombramiento he estado escribiendo a Mendoza y ojalá que fuera efectivo y pronto el envío de más fuerzas, porque sería de incalculable influencia cualquiera que sea el resultado de las negociaciones.

Entiendo que a la lectura de ésta, habrán llegado a esa capital los comisionados de los comisarios aliados y quedo con grande ansiedad por saber el resultado.

El decreto relativo a declaración de sitio para este estado, no me fue remitido por el ministerio, sino entregado por el Sr. Llave a mi llegada a esta ciudad ayer. Estoy en la creencia de que se me han extraviado algunos extraordinarios y me falta mucha comunicación.

Al nombrar al Sr. Llave comandante general del estado, convirtiendo las jefaturas en comandancias militares, he llevado por mira conservar hasta donde sea posible las instituciones y las benéficas influencias en los pueblos que por su votación libre se nombraron gobernantes; acreditándoles a la vez que si se reasume el mando en la autoridad militar para expeditar la marcha en las difíciles circunstancias que atravesamos, ni el gobierno ni yo en mi línea tenemos más deseo de mando que el estrictamente necesario pues, por lo que respecta a mi, concluida que sea la campaña, en cualquiera forma que se verifique tendré de retirarme de estas poblaciones cuyos habitantes volverán contentos a disfrutar del orden constitucional. Por tanto, como notará usted del texto del decreto, la primera autoridad política en el estado es siempre el Sr. Llave.

Disimúleme usted los entrerrenglonaduras y faltas de ésta, que concluyo repitiendo a usted las seguridades con que quedo su afectísimo amigo y atento seguro servidor q. b. s. m.

José López Uruga

Mañana reviso con Llave la tropa de Contepeque y sigo mi camino para la costa.

SEGÚN EL INFORME DE LA GRAVIÈRE LA INTERVENCIÓN
FAVORECE A ESPAÑA

Cuartel general en Veracruz, 18 de enero de 1862

Sr. Edouard Antoine de Thouvenel
Ministro de Relaciones Exteriores de Francia

Después de la última conferencia de la que le di cuenta a V. E. en mi carta del 15 del presente, pasaron 48 horas sin que pudiera ver al Gral. Prim; él tuvo la amabilidad de preocuparse por ello y de venir a expresarme el deseo de que continuáramos nuestras largas pláticas confidenciales. La que tuvimos ayer debió disipar todas sus dudas sobre la línea de conducta que pensaba seguir.

Según me es permitido adivinar las intenciones de mi gobierno, le dije: yo creo que nosotros hemos tenido, al venir a México, dos objetivos distintos. El primero ha sido el de hacer un servicio a España; nosotros hemos querido ayudarla a reconquistar el rango que ha perdido y proporcionarle la oportunidad de recuperar en los consejos de Europa el lugar que no cesamos de reclamar para ella. El segundo objetivo tiene también su importancia. Hemos pensado que nuestra presencia podría animar en México a los hombres que quieren sustituir en este país el gobierno de la anarquía por un gobierno estable y fuerte. Tal es la política a la cual usted me encontrará siempre fiel.

Yo comprendo todas vuestras dificultades. No desconozco las que vuestra alianza puede causarnos pero, resuelto a compartir algunos peligros, cuento con la buena reputación de Francia para conjurar los otros.

V. E. observará que, contrariamente a toda previsión, es precisamente sobre el punto más delicado de la convención del 31 de

octubre que los comisionados se han puesto de acuerdo hasta ahora. Nosotros teníamos por misión formular reclamaciones y tomar garantías para la seguridad de nuestros ciudadanos. Estas garantías las buscábamos abiertamente en una reorganización interior de México. Sin duda estamos lejos de tener para esta reorganización fines idénticos; pero todos nosotros damos a nuestra intervención el carácter que Inglaterra parecía tan resuelta a evitar. En cuanto a las reclamaciones, al contrario, no nos hemos ocupado de ellas sino para comprobar la imposibilidad de establecer a este respecto un acuerdo entre nosotros.

Sentimos que la solidaridad de las tres potencias no puede cesar sino cuando cada una de ellas haya obtenido, económica y políticamente, satisfacciones completas. De ello surge naturalmente la necesidad de instruirnos mutuamente en la legitimidad de nuestras reclamaciones. ¿Podrá realizarse este trabajo sin la intervención de abogados? Sir Charles Wyke y el Sr. Dubois de Saligny lo dudan. Ellos prevén ya largos y minuciosos exámenes y deliberaciones.

Sir Charles Wyke, para entregarse a este estudio, juzga necesario pedir a su gobierno nuevas instrucciones. Por su parte, Dubois de Saligny entrará ciertamente en explicaciones mucho más precisas que todas las que yo estuviera en condiciones de suministrar a este respecto al gobierno del emperador.

Yo no quiero sino hacer notar a V. E. el retardo considerable que sufrirá, probablemente, la presentación al gobierno mexicano del *ultimátum* que debe ser redactado inmediatamente después de la toma de posesión de Veracruz, el que a su vez este gobierno debería ser requerido de suscribir.

E. Jurien de la Gravière

ENÉRGICA NOTA ENVIADA A ESPAÑA: NO DEBE PRIVARSE A
LOS MEXICANOS EL DERECHO DE DARSE LA FORMA DE
GOBIERNO QUE LES CONVenga

Ministerio de Relaciones, enero 19 de 1862

(Sir G. Crampton)
(Embajador de Gran Bretaña en Madrid)
Señor:

Aunque el gobierno de S. M. está satisfecho con las explicaciones dadas por el Sr. Isturiz, de que el gobierno de S. M. C. ha dado ya instrucciones a sus comandantes en La Habana, de conformidad con los convenios a que han llegado con S. M. la reina y S. M. el emperador de los franceses; sin embargo, se calcula que los procedimientos del mariscal Serrano producirán alguna inquietud.

La partida de la expedición española de La Habana y la ocupación militar de Veracruz, sin decir nada del tenor de la proclama expedida por el gobierno español, demuestran que una expedición combinada a gran distancia de Europa, está sujeta unas veces a la temeridad, pero siempre a la discreción de cada uno de los comandantes y de los agentes diplomáticos.

Deseo que lea usted al mariscal O'Donnell y al Sr. Calderón Collantes el preámbulo y artículo de nuestra convención, que establece lo que nuestra intervención intenta poner en práctica y lo que no.

Hará usted observar que las fuerzas aliadas no se usarán con el fin de privar a los mexicanos del incuestionable derecho de elegir para sí la forma de gobierno que les convenga.

Si los mexicanos prefirieran establecer un nuevo gobierno que restaurase el orden y mantuviese relaciones amistosas con las naciones

extranjeras, el gobierno de S. M. aplaudiría su formación y apoyaría la consolidación de tal gobierno. Si, por el contrario, se hiciese uso de las tropas de las potencias extranjeras para crear un gobierno que repugne a los sentimientos de México y para apoyarlo con la fuerza militar, el gobierno de S. M. no esperaría otro resultado de tal intento que discordias y desengaños. En tal caso los gobiernos aliados tendrán sólo que escoger entre separarse de tal empresa, no sin bochorno o extender su intervención más allá de los límites, objeto e intención de la convención tripartita.

Explique usted al mariscal O'Donnell que este temor, por nuestra parte, no se origina de sospechas que abriguemos de la buena fe del gobierno de S. M. C, sino que comandantes que están obrando a gran distancia, requieren ser estrechamente vigilados para que no precipiten a sus subordinados a procedimientos incensables. Lea usted este despacho al Sr. Calderón Collantes.

(John) Russell

Es traducción.

Washington, marzo 3 de 1862.

(Matías) Romero

LÓPEZ URAGA EN LA PICOTA

Al cuartel general de Veracruz, el 19 de enero de 1862

(Almirante Jurien de la Gravière, comandante en jefe)
Señor almirante:

Usted ha tenido a bien encargarme de llevar al Gral. (López) Uruga nuestro agradecimiento por la provisión de bueyes que ha hecho llegar a nuestro campamento, y de entregarle algunos presentes de parte de usted y del Gral. Prim. Me apresuro a rendir cuenta a usted de mi misión y de algunos incidentes que merecen mención particular.

Ayer a las 11 horas, atravesé los puestos avanzados en compañía del Sr. teniente Colasse, adjunto a mi por órdenes de usted y seguido de cuatro cazadores de África. Dos mulas de tiro llevaban las cajas de vino y de puros.

El croquis adjunto, hecho de memoria, le indicará a usted el camino que recorrimos.

Hasta la Purga, se sigue el gran camino que lleva de la Tejería a la Soledad. Este camino atraviesa una meseta ligeramente escabrosa; el terreno es de arcilla arenosa y está completamente cubierto de desmedrados árboles de la familia de los pinos.

En el fondo de los valles la vegetación es un poco más pujante; hay hierba verde y árboles más grandes.

El camino que sirve para el transporte entre México y Veracruz, no se parece en nada a lo que en Europa acostumbramos darle el nombre de camino; no es obra del trabajo de nadie; no está trazado sino por la ausencia de árboles y de hierba que ha desaparecido bajo las pisadas de los caballos.

No siendo permeables las capas del terreno, este camino debe hacerse casi impracticable en tiempo de lluvias.

Por otra parte, es la única dificultad que puede ofrecer. Yo no tengo que señalar sino un paso difícil a través de una pequeña hondonada, que por cierto bastaría que 10 hombres trabajaran en ella durante dos horas para que fuera muy utilizable hasta para las grandes carretas del país.

El rancho de la Purga está situado en una pequeña eminencia. Allí dejamos el camino y nos metimos a la derecha en los bosques, cuyos árboles no tardaron en ser muy altos y frondosos, a medida que nos aproximábamos al fondo del valle en que corre el río San Juan.

Un espectáculo verdaderamente impresionante que atrajo mi atención en este sitio, fue un incendio en el bosque; nada, en efecto, puede dar idea del fulgor de esas llamas que brillaban más que el sol y del espesor de la humareda que ennegrecía todo el horizonte.

El sendero apenas trazado cerca del rancho de la Purga, se ensancha poco a poco y se transforma en un ancho camino al aproximarse a la hacienda de la Estancia. Siguiéndolo, atravesamos algunos bellos pastizales y dos potreros que encerraban cerca de 40 caballos y yeguas.

Las numerosas huellas del camino mostraban claramente que era muy frecuentado por jinetes; sin embargo, no encontramos a nadie y llegamos al patio de la hacienda sin anunciarnos ni darnos a conocer.

La hacienda de la Estancia ocupa una pequeña planicie como 20 metros por encima del fondo del valle del río San Juan; se compone de dos filas de construcciones que se extienden una frente a otra. La primera casa de la fila de la izquierda sirve de habitación al propietario; al final de la fila de la derecha se encuentra una capilla rematada por un pequeño campanario.

Esta Hacienda es el centro para todos los ranchos de los alrededores; es como el castillo soberano del país; hay allí, además de la iglesia, una tiendecita de mercería y de menudos artículos de consumo y, como en todo el mundo, un café y una cantina.

El propietario de la hacienda de la Estancia es el Gral. Cenobio, que se dice que es el propietario más rico del estado de Veracruz.

En este país, donde el poder se mide por la fortuna, se pretende que el Gral. Cenobio podría levantar en armas hasta 22,000 guerrilleros. Ha pertenecido siempre al partido liberal avanzado y está particularmente ligado al Gral. (López) Uraga.

Apenas había franqueado la puerta del patio de la hacienda, cuando fui rodeado y saludado por algunos jóvenes de bastante buena presencia; eran asistentes de los Grales. Cenobio y (López) Uraga; traían todos, por uniforme, grandes botas de cuero amarillo y camisas de franela de todos colores. Pronto vi salir de la casa, en camisa y de pantalón blanco, a un anciano de estatura bastante elevada, cabeza muy pequeña y vientre abultado; era el Gral. Cenobio.

Se me acercó y me invitó a desmontar. Lo seguí a sus habitaciones particulares, donde estaban establecidas las oficinas del estado mayor del ejército de oriente. Algunos instantes después vinieron a avisarme que el Gral. (López) Uraga me esperaba. Fui donde él estaba, en su habitación, situada en el edificio de la capilla.

El Gral. (López) Uraga me acogió con extremada afabilidad; le entregué mi carta credencial y le presenté al Sr. Colasse. Al mismo tiempo hice llevar las cajas de vino y cigarros insistiendo, a la sazón, de parte de usted, almirante, En que usted le ofrecía cuanto poseía y que el único mérito de su envío consistía en el deseo que usted tuvo de poder hacerlo mejor.

El general se deshizo en agradecimientos. Después de algunas palabras sin importancia y de varios cumplidos sobre nuestro ejército, el Sr. Colasse se levantó y yo me quedé solo con el general.

El Gral. (López) Uraga es hombre como de uno 55 años, de cara redonda y mirar dulce y fino; sus maneras son agradables y reveladoras de su prolongado contacto con Europa; habla pasaderamente el francés. A pesar de haber perdido la pierna izquierda, el Gral. Uraga desarrolla todavía gran actividad; monta a caballo e incluso emprende largos recorridos. Habiendo salido de la Soledad por la mañana, hacía dos horas que había llegado cuando me le presenté. Su vestido era en todo

semejante al de sus asistentes; pantalón blanco, camisa de lana; sobre su mesa estaba el sombrero mexicano, con su toquilla de oro.

Conforme a las instrucciones de usted, primero expuse al Gral. (López) Uruga que la intervención francesa en México estaba llena de benevolencia y respeto y para demostrarlo le dije que cuando Francia quería hacer la guerra en cualquier punto del globo, tenía siempre un ejército pronto a partir y una flota disponible para transportarlo y que, para no dejar duda sobre la naturaleza pacífica de sus intenciones, no había mandado a México más que la guarda de su bandera. A continuación le dije que, habiendo venido al país sin tomar partido y con el único fin de conocer sus necesidades y satisfacerlas, el deseo muy natural de usted, almirante, era relacionarse directamente con personas importantes y capaces de ejercer gran influencia en la opinión de su país y que usted considera que él está a la cabeza.

El general sonrió mirándome con aire malicioso. "Sí", me dijo, "es una combinación que el Sr. de Saligny ya ha tratado de realizar; pero créame que yo no podré sostenerme mejor que otros. En este momento tenemos un gobierno legal y a él debemos adherirnos todos". "Usted se engaña, general", le respondí, "no entra en las miras del almirante apoyarse en un partido o en un hombre por poderoso que fuera; su único propósito, se lo repito, es informarse y hacer entender a los hombres que ocupan posiciones elevadas las intenciones y los planes, todos inspirados en la conciliación y la benevolencia de nuestro gobierno".

Ya sobre este terreno, la conversación abordó todos los temas del momento:

La llegada demasiado precipitada de los españoles a México.

La diferencia de la actitud de la población hacia los ejércitos de sus aliados.

La misión de los oficiales enviados a México.

Los incidentes de su viaje, etc.

Me abstendré de anotar en detalle toda esta conversación que se prolongó por una hora y me limitaré a indicar lo que pude sacar en claro de las ideas del Gral. Uruga.

El comandante en jefe del ejército de oriente, que le habían descrito a usted como el enemigo jurado de la intervención española, ahora parece completamente adicto al Gral. Prim; a él le atribuye, principalmente, el carácter pacífico de la intervención de las potencias europeas; a cada paso recuerda los vínculos que unen a este general con México y los servicios que le ha prestado tomando su defensa en los consejos de su país. La afectación misma de esta admiración denunciaba al converso novel y me fue fácil comprender que la conversión era obra de sir Charles Wyke, verdadero guía del Gral. Uruga. Sostienen constante correspondencia y, a la observación que le hice de que la Estancia se encontraba muy lejos del grueso de sus fuerzas, el Gral. Uruga me respondió que, en efecto, él no venía a esta hacienda sino para estar más cerca de Veracruz y más a mano para recibir correspondencia.

Todavía otro incidente vino a confirmar la opinión que emito. A propósito de la expedición a Alvarado, el general me dijo: "Fue anoche en la Soledad, a las dos de la madrugada, cuando supe de todo este asunto y tuve conocimiento de la efervescencia de la población; me apresuré a escribirle sobre esto al Sr. Wyke sin esperar siquiera a llegar aquí".

Era fácil, como usted ve, almirante, conocer las relaciones del Gral. (López) Uruga; en cuanto a sus ideas políticas, él mismo se hizo cargo de exponérmelas por extenso.

El Sr. Juárez no es nuestro hombre", me dijo el general; "no cuenta con nuestras simpatías ni con nuestro respeto; pero es el representante del país y, por un natural sentimiento nacional, queremos que se le respete. Suprima usted esta cuestión de forma y todos los asuntos se arreglarán fácilmente.

El Sr. Juárez no es más que un hombre; somos nosotros quienes gobernamos detrás de él. El Sr. Manuel Doblado y González Echevarría, ya están al frente de los asuntos y yo mismo estoy destinado a tomar a mi cargo la cartera de Guerra en cuanto mi presencia ya no sea necesaria en el estado de Veracruz" y en apoyo de estas palabras, el general me hizo leer una carta del

ministro de la Guerra —interino—, que había recibido la víspera. "Diga usted al almirante", añadió, "que nosotros nos entenderemos con las potencias extranjeras; pero que hay que proceder con suavidad y dulzura. Con tiempo se puede llegar a todo y, lo que es más, dentro de las formas legales; la presidencia vitalicia, la monarquía misma, nada es imposible si ustedes quieren dejarnos llevar los asuntos y esperar.

El resumen de todos sus puntos de vista fue éste: "Otórguenos su confianza y sosténganos; préstenos su apoyo y nosotros obtendremos del país todo lo que ustedes quieran". Quedaba un punto que todavía no se me había aclarado suficientemente: la naturaleza real de las relaciones del Gral. Uruga con los españoles; me fue fácil abordar este tema hablando de los ejércitos aliados. El Gral. (López) Uruga proclama y comparte todas las antipatías del pueblo mexicano contra los españoles; solamente deja siempre a salvo la persona del Gral. Prim con un cuidado muy particular; respecto a las ideas personales que atribuyen a este general, me habló de lo mismo, pero en tono ligero y sólo como el de una de esas mil combinaciones posibles para remplazar al gobierno actual.

Respecto a la misión de los oficiales enviados a México, el Gral. (López) Uruga está firmemente convencido de su éxito y una carta del Gral. Doblado, que me dio a leer, no deja ninguna duda con referencia a esto. "Ustedes irán a Jalapa", me dijo el general; "luego los llamaremos y ustedes avanzarán poco a poco; solamente dejen que nosotros cuidemos de llevar los asuntos".

Los pormenores particulares que me ha trasmitido el general sobre la actitud de los delegados no carecen de cierto interés.

Se pinta al brigadier Millans, si no como principal personaje de la misión, sí como el más activo. Por todas partes habla de la República, de la legalidad del gobierno actual, etc. Los elogios inmoderados que de él hace el partido liberal, descubren suficientemente el fondo de las ideas que él emite.

A pesar de mi incompetencia en estas materias, le pido permiso, señor almirante, para resumir, en pocas palabras, todo este largo escrito.

Yo creo que el Gral. (López) Uruga es completamente adicto al partido liberal, cuyo jefe es el Sr. Doblado; este partido recibe el estímulo del Sr. Charles Wyke y del Gral. Prim. Él mismo no es para este partido, sino un instrumento que se halaga y que acaso se busca para seducirlo haciéndole concebir esperanzas de carácter personal.

El único punto difícil es la antipatía de la población hacia el ejército cuyo jefe es el Gral. Prim; esta antipatía hace imposible toda acción enérgica e inmediata. En consecuencia, ganar tiempo es la más grande y única preocupación del partido que pretende asumir la dirección de los asuntos.

Usted se ha empeñado en hacerme conocer el carácter mexicano. El Gral. (López) Uruga une a cierta honradez una muy gran fineza y, bajo apariencias de patriotismo y abnegación, es fácil percibir la ambición y la preocupación por intereses personales.

Creo inútil darle cuenta de todos los cumplidos que sobre Francia y su ejército me hizo el Gral. (López) Uruga. Esto es moneda corriente en todo el país. Sólo que el Gral. (López) Uruga insistió en el punto de que nosotros en lo personal no encontraríamos sino simpatías que harían resaltar aún más los sentimientos de repulsión que inspiran los españoles.

No vi ningún soldado del Gral. (López) Uruga; en la Estancia no ha de haber con él sino una muy débil escolta. En cuanto al ejército cuyo jefe es él, guarda los dos caminos de Orizaba y de Jalapa; en el primero ocupa la posición del Chiquihuite; en el segundo, la de Corral-falso. Una división comandada por el Gral. Zaragoza que tiene su cuartel general en la Soledad, pone en comunicación las dos partes principales del ejército. La división Zaragoza es fuerte en unos 42,000 hombres;¹⁹ la cifra de sus enfermos llega a 600.

Por otra parte, la unión no es muy grande dentro del ejército de oriente; el Gral. Zaragoza pertenece al partido más avanzado y el Gral. (López) Uruga me aseguró formalmente que estaba resuelto a hacerlo fusilar al menor indicio de traición.

¹⁹ Hay una evidente exageración: 4 ,200 parece ser una cifra mucho más probable.

A mi regreso al campamento, el Gral. (López) Uraga me dio un guía que me condujo al través del bosque por un camino mucho más corto, el cual yo he indicado de memoria en el dibujo adjunto. No hice más de una hora y cuarto para volver de la estancia al campamento de la Tejería.

Dígnese aceptar, señor almirante, el homenaje del profundo respeto con que tengo el honor de ser su ayudante de campo.

El capitán de estado mayor.

A. Capitán

LOS COMISIONADOS BRITÁNICOS Y FRANCESES HABLAN DE MONARQUÍA

(Excmo. señor primer secretario de Estado y del Despacho)

Excmo. señor:

Muy señor mío:

Hasta hace muy pocos días, a pesar de la frecuencia con que nos reunimos los representantes de las tres potencias aliadas no se había tocado la cuestión del sistema de gobierno que conviene a México. Al fin el ministro inglés, Sr. Charles Lennox Wyke, me hizo alguna observación vaga sobre el particular, dándome a entender que el gobierno de S. M. B. vería con gusto el establecimiento de una monarquía en este país, pero me aseguró al mismo tiempo que la Inglaterra no tiene candidato.

El almirante Jurien (de la Gravière) anduvo más explícito. Me manifestó también que su gobierno no sólo prefería el sistema monárquico, sino que le había dado órdenes positivas para intervenir con toda la influencia de la Francia en el establecimiento de una monarquía. Me declaró que el candidato designado por el emperador es el archiduque Maximiliano de Austria y que, para favorecer esta candidatura, pondría en juego todos sus medios de acción y haría uso de toda su influencia oficial y privada.

Convine con el primero en que, como representante de naciones regidas monárquicamente, el sistema más aceptable para nosotros era indudablemente el monárquico pero que, al mismo tiempo, no estaba bien que tres naciones poderosas, después de haber declarado a la faz del mundo que no era su propósito al enviar fuerzas a México, imponer ésta o la otra forma de gobierno, se anticipasen a los sucesos y, sin dar lugar a que una fracción respetable del país se pronunciase, diesen su apoyo a un sistema con exclusión de los demás.

De iguales argumentos hice uso con el almirante añadiendo que, al obrar en el sentido de las instrucciones que ha recibido de su gobierno, se pondrá en flagrante contradicción con las seguridades que en nuestra alocución a los mexicanos y en la nota colectiva al presidente les hemos dado de que tendrían plena y amplia libertad para reconstituirse en la forma que más les acomodase.

Añadí que semejante conducta nos atraería desde el principio de nuestra empresa la desconfianza y la animadversión de la mayoría del país, mientras que los mismos proyectos llevados adelante con pulso y maña, aconsejando a los que se acercasen a pedir nuestro parecer, sin atacar de frente las preocupaciones, los hábitos y las creencias nacionales, nos conducirían al mismo fin sin tropiezos ni dificultades.

He logrado con estas razones hacer entrar en mis miras, que son las de V. E. y las de todo el gobierno de S. M., a mis dos mencionados colegas y ambos han convenido conmigo en esperar a que la marcha de los sucesos nos indique el momento oportuno para ejercer, no abiertamente, sino con la mayor reserva, nuestra influencia en la solución de una cuestión tan importante.

Excusado es que diga a V. E. mi firme propósito de aprovechar cuantas ocasiones se me presenten de neutralizar las gestiones que practiquen los representantes de Francia. Tendré siempre presentes las instrucciones verbales y reservadas de V. E. y más bien que pasar por la vergüenza de que una nación en que ejercimos dominio durante tres siglos, que nos debe su existencia, en que se habla nuestro idioma, venga a ser regida por un príncipe extranjero, trabajaré porque conserven los mexicanos sus instituciones republicanas, si bien con las reformas indispensables al establecimiento de un poder fuerte y duradero.

Dios, etc.

Veracruz, 19 de enero de 1862.

(Juan) Prim

SALIGNY PIDE INSTRUCCIONES A THOUVENEL SOBRE EL
CASO JECKER

Veracruz, 20 de enero de 1862

Sr. Edouard Antoine de Thouvenel
Ministro de Relaciones Exteriores de Francia

En el despacho que V. E. me hizo el honor de dirigirme el 11 de noviembre pasado bajo la dirección política número 15, me dice en lo referente a las reclamaciones que tenemos que elevar contra México: Que no hay nada más qué discutir con el gobierno mexicano; que es necesario que este gobierno acepte ahora, pura y simplemente, la cifra en que hayamos evaluado el conjunto de nuestras reclamaciones; que V. E. carece de elementos necesarios para determinarla, pero que no sucede lo mismo con la legación, la que está al tanto de todas las quejas formuladas por nuestros ciudadanos y que, en consecuencia, V. E. me deja el encargo de apreciar la cifra de indemnización que juzgue correcta para satisfacer a todas nuestras legítimas exigencias.

Le pido, señor ministro, el permiso para hacerle algunas observaciones que le harán comprender, no diré las dificultades, pero sí la imposibilidad con que he tropezado en la ejecución de esta parte de mis instrucciones.

Si se tratara, como en 1838, de estatuir sobre un pequeño número de asuntos, nada más fácil, sin duda, que llegar a apreciar el conjunto de ellos y formularlos en una cifra rigurosamente exacta o al menos aproximada y concienzuda. Pero desgraciadamente no es tal la situación actual. Las reclamaciones presentadas a la legación no comprenden menos de 300 expedientes de los cuales, un gran número, para ser estudiados y examinados seriamente, exigirían cada uno varias semanas y

hasta meses enteros de un trabajo asiduo de parte de las personas más versadas en estas materias espinosas.

V. E. reconocerá que era una tarea que no podía emprender con el personal puesto a mi disposición que, a pesar de los esfuerzos inauditos y un trabajo continuo, era imposible sostener mucho tiempo. Tuve la pena, desde mi llegada a este país, de reducirme a atender los asuntos de cada día. En un principio había pensado confiar esta delicada misión a algún hombre capaz, experimentado, íntegro, cosa bastante difícil de encontrar en este país, pero tuve que retroceder asustado por la perspectiva de una cifra de honorarios que se elevaban a no menos de 500,000 pesos. Me vi obligado, entonces, a cambiar de idea y formar una comisión mixta que funcionara bajo el doble control del ministro del emperador y del ministro de Relaciones, idea que se tornó impracticable en razón al estado de cosas. Pero las dificultades que acabo de señalar a V. E. le parecerán aún más serias e insuperables si se piensa que, independientemente de las reclamaciones depositadas en la legación, existe una gran cantidad de otras dirigidas ya sea a nuestros cónsules en Veracruz y en Tampico o a nuestros diversos agentes consulares y sobre las cuales la legación, cuando no las ignora completamente, no posee más que datos vagos y completamente insuficientes. Los expedientes depositados solamente en el consulado de Veracruz no se elevan a menos de 67.

V. E. podrá darse una idea, por los detalles que preceden, de la dificultad en que me hallaba cuando traté de formular, conforme a sus órdenes, un *ultimátum* resumiendo en una cifra precisa el conjunto de nuestras reclamaciones. Esta dificultad la confesé francamente a los representantes de Inglaterra y de España, quienes, por lo demás, debían encontrarse, aunque en menor grado, frente a las mismas dificultades si ellos no hubieran tenido un partido tomado con anterioridad de concluir un arreglo con la administración actual, como ha declarado formalmente el plenipotenciario español, aunque fuera a costa del sacrificio de una parte de los intereses y de los derechos legítimos de sus ciudadanos, sacrificio que, por mi parte, yo no estaba ni autorizado ni dispuesto a hacer en lo que respecta a los intereses confiados a mi protección.

Todos los miembros de la conferencia, incluso el Sr. almirante Jurien de la Gravière insistieron, a pesar de mis observaciones, en que las tres potencias presentaran sin ningún retardo su *ultimátum*. Yo me resigné a asumir una responsabilidad que me espantaba y a sacrificar mi opinión y mis repugnancias personales, al deseo y a la esperanza de mantener la armonía entre los representantes de la alianza tripartita. Después de haber examinado durante tres días la cuestión, bajo todas sus fases, de acuerdo con los Sres. Doazan y De la Londe, a quienes llamé en mi ayuda por su experiencia y excelente juicio, formulé un poco a tientas, sin duda, pero con toda conciencia, el *ultimátum*, cuya copia envió con mi despacho del 15 de este mes. Por elevada que pudiera parecer a primera vista esta cifra de 12 millones de pesos, temo que sea insuficiente para cubrir todas nuestras legítimas reclamaciones. Lo declaré hace unos días en la conferencia y V. E. me permitirá repetirlo que, si en lugar de tener el honor de ser el ministro de S. M. I., fuera un especulador, un hombre de negocios, yo no hubiera intentado ciertamente correr la suerte de comprometerme, mediante 12 millones de pesos, a satisfacer a todas las legítimas reclamaciones de Francia. A fin de darle una idea sobre este punto, le envió aquí, bajo el número uno, un trabajo que el Sr. Doazan preparó sobre algunos de nuestros créditos no rechazados y que configuran quizá la sexta parte de nuestras reclamaciones.

No diré a V. E. que me haya sorprendido ver la mala acogida de parte de los aliados al ultimátum presentado en nombre de Francia, pero nosotros estábamos en nuestro derecho de esperar un cierto sentimiento de equidad, si no de benevolencia y una cierta mesura en las observaciones y en las críticas de que nosotros podríamos ser objeto. Esto no ha ocurrido, al menos de parte del ministro británico. Me ha sido necesario, lo confieso, un gran dominio sobre mi mismo para poder permanecer tranquilo en presencia de los términos increíbles del lenguaje lleno de amargura y de violencia empleados por sir Charles Wyke para referirse a nuestras justas exigencias. Tuve demasiada dificultad para resistir a la tentación de conceptuar a las diversas convenciones impuestas a México por Inglaterra, la calificación de "abusos de la

fuerza", al ver las indignas iniquidades aplicadas por Wyke a nuestras reclamaciones. Dejo a un lado los detalles penosos para llegar al resumen de estos lamentables debates.

El ministro inglés terminó por declarar que él carecía de instrucciones para discutir y comprometerse con sus colegas de Francia y España y, además, para colocar bajo la garantía solidaria de Gran Bretaña, un *ultimátum* que comprende reclamaciones no reconocidas por México y no liquidadas aún. Interpretando a su manera el preámbulo de la convención del 31 de octubre último, ha sostenido contra toda evidencia y contra el contenido formal de las instrucciones que había recibido de V. E. y que había comunicado a mis colegas, que el pensamiento de las tres potencias había sido el de no hacer figurar en su respectivo *ultimátum*, más que las reclamaciones ya admitidas por México en virtud de convenciones o tratados. El ministro inglés, por su parte, confirmó que estaba decidido a encerrarse estrictamente en estos límites. En vano, valiéndome del texto mismo de la convención del 31 de octubre, rechacé la interpretación que se le quería dar.

Todos mis esfuerzos fracasaron frente al partido tomado por los plenipotenciarios ingleses y el conde de Reus acabó por adherirse a la opinión de éstos, pero con gran mesura y moderación en su actitud y lenguaje.

Yo me negué, por mi parte, a someterme a un intento que reducía nuestras peticiones a proporciones completamente insignificantes, pues sir Charles Wyke, que admite incontestablemente la validez del tratado Mon-Almonte, a pesar de las incesantes y enérgicas protestas que se han levantado de parte de México, trata como un acto sin ningún valor la convención que firmé en marzo pasado con el Sr. Zarco, mientras que, por otra parte, los acreedores no liquidados aún de la convención Penaud, es decir, la parte más fuerte incluida en este arreglo, se encuentra igualmente excluida de nuestro *ultimátum* por la inexplicable teoría del comisionado inglés.

Ante la imposibilidad de conciliar opiniones tan opuestas, se convino que la cuestión relativa al *ultimátum* de cada una de las tres potencias, sería reservada y que, en consecuencia, los plenipotenciarios

enviarían cada uno a su respectivo gobierno, la nota de las reclamaciones de los otros dos a fin de que, en vista de las dificultades inesperadas que han impedido la ejecución de sus órdenes, los tres gabinetes aliados pudieran ponerse de acuerdo y enviar nuevas instrucciones. Los plenipotenciarios sabrán entonces si debe haber en esto solidaridad completa entre las tres potencias o si, en cambio, deben sostener sus respectivas reclamaciones.

Fue igualmente convenido que se propondrá a la alianza tripartita el envío a México de tres comisarios abogados para examinar, clasificar y liquidar las diversas reclamaciones no comprendidas aún en las convenciones. Sobre este punto, señor ministro, no estoy completamente de acuerdo con la opinión de mis colegas. No hay que perder de vista que un gran número de nuestras reclamaciones se refieren a actos arbitrarios, de violencia, de robos, que las autoridades civiles o militares culpables de estos atentados se niegan naturalmente a dar recibo de las sumas o de las propiedades de las que se hubieran apoderado por la fuerza y que, en semejante materia, proceder de acuerdo al derecho civil y exigir de las víctimas la entrega de títulos o recibos perfectamente en regla, sería, la mayor parte del tiempo, ponerse en la imposibilidad absoluta de obtener justicia.

Cuestiones de esta naturaleza —en mi opinión— deben ser sometidas no a jurisconsultos extranjeros habituados a juzgar según el texto formal de las leyes de su país, sino a hombres prácticos que tengan a la vez que una amplia experiencia general de las cosas y de los hombres de México, la ventaja de poder, por sus relaciones y sus costumbres, procurarse los medios de apreciación tan exactos como sea posible sobre los hechos especiales de cada asunto, que ofrezcan, por otra parte, por su carácter personal y por su posición, todas las garantías deseables y que decidan, además, en cada caso, no según las formas y las prescripciones rigurosas del derecho civil, sino con un espíritu de estricta e imparcial equidad.

Si V. E. cree deber adoptar este criterio, le propongo haga recaer todas las cuestiones relativas a nuestras reclamaciones en una comisión compuesta del cónsul de S. M. en Veracruz, del secretario de la legación

imperial y de un comerciante. A mi modo de ver, esta combinación tendría la ventaja, entre otras, de sustraer la responsabilidad del ministro del emperador, responsabilidad más pesada y peligrosa en México que en cualquiera otra parte y de colocar su persona por encima de recriminaciones y ataques de la calumnia.

Cualquiera que sea el sistema que determine V. E., permítame insistir en la necesidad absoluta de aumentar el personal completamente insuficiente de esta legación.

Se comprende que con un solo secretario es muy difícil hacer frente a la enorme cantidad de asuntos suscitados día a día, por una colonia francesa que no está muy por debajo de tres mil personas en la capital y de 7,000 a 8,000 en la República.

La legación inglesa, que no cuenta más que con un centenar de ciudadanos en la capital y un millar cuando más en todo el territorio mexicano, se compone, además del ministro, de un secretario y de tres agregados, que la presencia de un cónsul muy bien retribuido exime de una gran cantidad de asuntos que en nuestra organización actual recae sobre la legación. Mi salud, por lo demás, está profundamente alterada a consecuencia del trabajo excesivo y de las pruebas de más de una clase a las cuales estoy sometido desde mi llegada al país y tengo miedo de que mis fuerzas se acaben antes de estar al nivel de mi celo y abnegación.

Tengo el honor de dirigirle aquí, en copia, bajo los números dos y tres los proyectos del ultimátum acordado por los plenipotenciarios de Inglaterra y España.

Me queda, señor ministro, por informarle acerca de un importante asunto en el cual, como tuve ya la ocasión de decirle, se encuentran gravemente implicados, a mi modo de ver, no solamente los intereses más serios de nuestros ciudadanos y de todo el comercio extranjero en México, sino la dignidad y el honor del gobierno de S. M. Usted habrá comprendido ya, señor ministro, que quiero hablar del caso Jecker.

El gobierno de Juárez ha tratado de lanzar calumnias contra mi persona, tanto en este país, como en Francia misma, a propósito de este asunto, calumnias que podrían hacerme abandonar la defensa de aquellos intereses más legítimos y más sagrados, o aun dudar de la realización de

lo que veo como un imperioso deber hacia el gobierno del emperador. No ignoro los argumentos que se puedan levantar desde el punto de vista de los principios, contra la intervención directa de los gobiernos en los contratos voluntariamente suscritos entre particulares y un gobierno extranjero. Pero éste no es el caso ahora.

La legación imperial, por consideraciones que no corresponde juzgar ni examinar, ha creído deber intervenir directamente en el contrato concluido entre el gobierno de México y el Sr. (Juan B.) Jecker. Esta tuvo razón, puesto que fue completamente aprobada por el gobierno del emperador. El Sr. Jecker, que sin esta intervención y esta garantía no hubiera hecho jamás este negocio ¿debe ahora ser víctima de la confianza que ha depositado en nosotros? ¿Podemos abandonar los intereses tan numerosos, tan respetables que recaen sobre este asunto? ¿Podemos consumir la ruina de los comerciantes de todas las naciones, de los 200 ó 300 artesanos franceses de México que habían depositado en la casa Jecker, los unos los capitales necesarios para sus operaciones comerciales, los otros sus economías, fruto de largos años de trabajo? Plantear esta cuestión me parece que es resolverla.

En cuanto a mi, señor ministro, en presencia de las instrucciones que usted me ha enviado, en presencia de la nota por la cual el ministro de Relaciones, en nombre del gobierno mexicano, admitió plenamente el 4 de mayo pasado el principio invocado por Francia, mi deber me ha parecido trazado y como lo ha visto V. E. yo he exigido la ejecución del contrato Jecker, apoyado por el artículo 3 de mi proyecto de *ultimátum*.

Sir Charles Wyke protestó en seguida contra esta disposición con una cólera y una violencia que habría podido envidiarle su predecesor, Sr. Mathew. El plenipotenciario español, que había hecho sobre esto algunas objeciones, pero en términos medidos y convenientes, se mostró dispuesto a adoptar mi *ultimátum* si consentía en dejar el caso Jecker entre las cuestiones reservadas. Sir Charles nos dio a entender que estaba dispuesto a unirse a esta transacción. Pero, cuando después de cierta resistencia, creí deber adherirme a la proposición del Gral. Prim, el plenipotenciario británico se aferró de nuevo a su falta de instrucciones y

declaró que, después de reflexionar, no podía aceptar mi *ultimátum* si persistía en incluir en él los créditos aún no reconocidos y liquidados.

Ruego con insistencia a V. E. enviarme instrucciones formales y precisas sobre esta importante cuestión. Si, como creo, usted me ordena insistir de una manera absoluta, hará a la vez un acto de alta justicia y de buena política.

Alphonse Dubois de Saligny

EL GOBIERNO ESPAÑOL RATIFICA A PRIM QUE NO
INTERVENGA EN LA POLÍTICA MEXICANA

Señor plenipotenciario, comandante en jefe
del cuerpo expedicionario a México
Excmo. señor:

La reina nuestra señora se ha enterado con satisfacción del despacho de V. E. de 27 de diciembre próximo pasado, en el que da cuenta de su llegada a La Habana y de su propósito de incorporarse a la división expedicionaria tan luego como tenga lugar en ese puerto la concentración de las escuadras aliadas y manifiesta el celo desplegado por el digno capitán general de la isla de Cuba.

El emperador de los franceses ha hecho saber al gobierno de S. M., por conducto de su embajador en esta corte, que ha resuelto aumentar las fuerzas de la expedición destinada a México, con 3,000 hombres. El objeto de esta medida parece ser reunir los elementos suficientes, con las tropas de las tres potencias amigas, para ir a la capital en el caso de ser absolutamente necesario a fin de no prolongar las operaciones ni la permanencia de las fuerzas de mar y tierra en aquel país y sus costas.

Siendo claras y terminantes las instrucciones que se dieron a V. E. nada hay que añadir a ellas pero conviene que sepa que, al parecer toma cada día más cuerpo el proyecto del establecimiento de una monarquía en México. Algunos de los naturales de aquel país, residentes o establecidos en Europa, trabajan en este sentido; pero ni el gobierno del emperador ha hecho la menor indicación al de S. M. acerca de este punto, ni cabe prescindir del principio fundamental de la política española en América, de dejar a sus habitantes en plena libertad de establecer el gobierno más conforme a sus necesidades y creencias.

La conducta leal, moderada, y generosa cuanto puede serle, de las tropas a quienes la reina ha confiado la defensa de los intereses y de la honra del país en tan importante expedición, ha de contribuir a establecer la confianza que los mexicanos deben tener en los altos

De real orden lo digo a V. E. para su conocimiento y en contestación.

Dios guarde a V. E. muchos años, Madrid, 22 de enero de 1862.

Saturnino Calderón Collantes

LOS FRANCESES INTENTAN DESEMBARCAR EN TAMPICO

Tampico, enero 22 de 1862

Ciudadano Benito Juárez
Presidente de la República
México
Estimado amigo y señor:

Habiendo amanecido el día de ayer buena la barra, el enemigo comenzó su movimiento de embarque; inmediatamente dispuse que una fuerza con tres piezas de artillería marchara a dicha barra con el objeto de molestarlo en cuanto fuera posible; en efecto, colocada la artillería de una manera conveniente principió sus fuegos con algún acierto, resultando que, como el enemigo no podía ocuparse tranquilamente de sus operaciones, equivocaron el canal y se les varó un vapor ya al oscurecer. Luego que hoy amaneció, la artillería siguió sus fuegos para impedir pudieran los otros buques, como lo intentaron, auxiliar al varado, acción que siéndoles imposible resolvieron quemarlo, dándose los otros a la vela. Parece que no siéndoles posible tampoco embarcar algunos pertrechos de guerra, los han dejado a bordo de un buque que en estos momentos dispongo se vaya a visitar, reservándome de todo lo ocurrido darle una más extensa relación.

Ya con reposo completo por la ida del enemigo, inmediatamente voy a ocuparme de juzgar a los traidores y de su ejemplar castigo.

Sin más por hoy quedo de usted afectísimo y atento servidor y amigo q. b. s. m.

Juan José de la Garza

Aumento:

Antes de emprender su marcha los franceses, es decir, al abandonar la barra, incendiaron todas las casas que allí había, así de particulares como del gobierno y hoy todo es allí humo y cenizas. Les hemos cogido dos embarcaciones, cargada una de víveres y otra de pertrechos de guerra. Asimismo muchas mulas, carretas y burros que se habían llevado de aquí. Más tarde le daré los pormenores de todo. El vapor que se les varó y que han tenido que abandonar e incendiar, es una pérdida grande para ellos. Los primeros tiros de mis dos piecitas rayadas lo atravesaron de parte a parte y le destruyeron el timón, por lo que ya no pudo moverse; después bajó la marea y se completó la obra. Por supuesto que la escuadra ha estado cañoneando a nuestras fuerzas, pero sin resultado o perjuicio alguno. Ya ve usted que siempre el último mono se ahoga.

Suyo afectísimo.

Juan José de la Garza

DOBLADO CONTESTA A LOS PLENIPOTENCIARIOS ALIADOS

(Señores comisarios de S. M. la reina de la Gran Bretaña
S. M. el emperador de los franceses y S. M. la reina de España)

El infrascrito, ministro de Relaciones Exteriores y Gobernación de la República Mexicana, tiene el honor de contestar, por mandato del ciudadano presidente de la misma, la nota que con fecha 14 del corriente le han dirigido los señores representantes de SS. MM. la reina de la Gran Bretaña, el emperador de los franceses y la reina de España, relativa a las reclamaciones y resoluciones de aquellas potencias respecto de México.

Satisfactorio es para el gobierno de la República que las intenciones de los aliados sean tan benévolas como aparece en la nota citada, porque así bastará llamar su atención sobre el estado que hoy guarda el país para hacerles comprender que ya no es necesario el apoyo de la fuerza armada ni para consolidar el gobierno existente, ni para obtener justicia en las cuestiones internacionales actualmente pendientes.

Es un hecho, por su notoriedad innegable, que todos los estados de la confederación mexicana, desde Nuevo León y Sonora hasta Yucatán y Chiapas, obedecen al gobierno constitucional y que esta obediencia no es efecto de la fuerza que es toda de los estados, sino consecuencia de la voluntad general que conquistó la reforma por medio de la revolución.

No disminuye en nada la verdad de aquel hecho la existencia de algunas bandas de facciosos que no han podido conservar una sola aldea y que permanecen en los montes porque ellos mismos atestiguan, con su impotencia, el valor moral de la administración aceptada por la generalidad de los mexicanos.

Si el país se encontrara en la situación que atravesó en agosto de 860, tal vez no vería repugnante el auxilio armado de los aliados, pero hoy que ha recobrado la regularidad de su marcha administrativa, aquel

auxilio es ya inoportuno e innecesario y, probablemente, daría resultados contrarios a los que se buscan por las naciones aliadas pues alteraría la paz que se disfruta y excitaría ambiciones sofocadas hoy por el impulso irresistible de la opinión pública.

No cree el gobierno mexicano que tres grandes potencias se hayan coaligado para venir a esterilizar en un día los heroicos esfuerzos que un pueblo amigo ha hecho durante tres años para seguir el camino de progreso y de mejoras morales y materiales en que ellas, como maestras, le han servido de guía y de ejemplo. Confía, por el contrario, en que presenciando sus representantes el movimiento regenerador y lleno de vida que el gobierno de la reforma ha dado a esta nación encadenada antes por las preocupaciones, volverán a su país a atestiguar la consumación de la grande obra de la pacificación de México, llevada a cabo bajo los principios de progreso y libertad bien entendidos.

En cuanto a las reclamaciones pendientes con las naciones aliadas, el gobierno mexicano, está dispuesto a entrar en arreglos con todas y cada una de ellas, porque tiene voluntad y medios de satisfacer ampliamente sus justas exigencias. Quiere más todavía; quiere reparar su crédito lastimado por faltas involuntarias y está resuelto a hacer todo género de sacrificios para acreditar a las naciones amigas que el fiel cumplimiento de los compromisos que contraiga será en lo sucesivo, uno de los principios invariables que caractericen a la administración liberal.

Al efecto, invita a los señores representantes de las potencias aliadas a que pasen a la ciudad de Orizaba acompañados de una guardia de honor de 2,000 hombres y, por su parte, el gobierno mexicano mandará al mismo punto comisionados debidamente autorizados, a fin de que, con la calma y la razón, discutan y concluyan los convenios que aseguren a las potencias aliadas la satisfacción de sus reclamaciones y dejen bien puesto el crédito y buen nombre de las altas partes contratantes.

Con tal objeto juzga el gobierno conveniente que se reembarque el excedente de la fuerza existente en Veracruz, pues esto prevendría oportunamente la nulidad que la nación podría objetar a los arreglos

reprobándolos como arrancados por medio de la fuerza armada y como pactados sin libertad por parte del gobierno mexicano.

Como éste no hace a los aliados la injusticia de suponerles otra mira que la que han manifestado en la nota de 14 del corriente, entiende que no pulsarán dificultad en acceder a esa proposición, en la cual no lleva el gobierno de México otra mira que la de afianzar la validez legal de los tratados que se celebren en Orizaba.

El infrascrito aprovecha gustoso esta ocasión para presentar a los dignos representantes de las grandes potencias las respetuosas muestras de su aprecio y consideración.

Libertad y reforma, México, enero 23 de 1862.

Manuel Doblado

MEMORANDA DE LA ENTREVISTA DE MAXIMILIANO CON ALMONTE EN MIRAMAR

- 1.— Se calcula que para sostener al gobierno, se necesitarán, por lo menos, 10,000 hombres.
- 2.— Mientras llegan estas tropas, será necesario que el ejército francés, al menos, quede en el país.
- 3.— A continuación podrá contarse con mi ejército indígena de seis a siete mil hombres, quizás ocho.
- 4.— Un préstamo de cien millones de dólares. Para el pago del interés de 5% de esta deuda, podrán ofrecerse en hipoteca los bienes del clero que no se hayan vendido aún y cuyo valor pueda ser calculado en 20 o 25 millones de dólares. Para esto será necesario contar con el consentimiento del Papa.
En todos los casos el gobierno garantizará al clero el reembolso de dicha suma o, al menos, el interés del 5% anual, en el caso de vernos obligados a vender sus bienes por cuenta del estado, lo cual no podrá suceder pues sólo la aduana de Veracruz, podrá producir más de cuatro millones de dólares, sin contar otras entradas del gobierno.
Por lo demás, para dar mayor seguridad a la casa que conceda el préstamo, las tres potencias signatarias del tratado de Londres podrán garantizar el cumplimiento de lo que se estipule, limitándose, si fuera necesario, pura y simplemente a obligar al gobierno a cumplir sus compromisos
- 5.— Para superar las dificultades que podrían presentarse, sería prudente establecer un senado, una Cámara de diputados y un consejo de Estado, con facultades análogas a las que se han otorgado en Francia a estos cuerpos. Sin embargo, no es

necesario prometer estas concesiones, sino realizarlas sucesivamente a medida que se considere conveniente.

- 6.— Los títulos de nobleza de las antiguas familias serán reconocidos. Será necesario también prometer, con prudencia y discreción, títulos nobiliarios a individuos de alguna importancia, y, a este efecto, el Gral. Almonte queda autorizado a hacerlo en nombre de S. A. I., en caso de necesidad y a previsión de su ratificación, de modo que el número de títulos de barón no sobrepasa de 20 y el de títulos de conde y marqués, en conjunto, no sea más que de diez.
- 7.— Para utilizar los servicios de jefes conservadores y también de otros partidos, será de la mayor importancia poder contar de inmediato con una suma no menor de 200,000 dólares. Esta suma podrá ser adelantada sobre la totalidad del empréstito.
- 8.— Si se estableciese una regencia durante la ausencia del soberano, será necesario que la regencia al expedir sus decretos, mencione que lo hace en nombre del soberano y con la reserva expresa de su ratificación.
Para la regencia que sería eventualmente nombrada por la junta y que se constituirá con tres personas, S. A. I. propone los nombres del Gral. Santa Anna, Gral. Almonte y monseñor Labastida, obispo de Puebla.
- 9.— Si los estados confederados llegasen a ser reconocidos por las tres potencias signatarias del tratado de Londres, habrá que dirigirse a ellas para lograr la promesa que no lo harán sin estipular que los estados del sur garantizarán la integridad del territorio.
- 10.— La creación de una nunciatura de primer orden sería de la mayor importancia. Es posible que dirigiéndose al Papa pueda obtenerse esta gracia de su santidad, que sería del interés mismo de la iglesia.
- 11.— Es urgente el regreso de todos los obispos, al menos de tres de ellos.

12.— Para llevar a buen término la empresa de que se trata, es condición indispensable la perfecta unión de todas las personas que tienen conocimiento de ella y su cooperación con el Gral. Santa Anna, el Gral. Almonte y monseñor Labastida.

Miramar, enero 22 de 1862.

Fernando Maximiliano

Juan N. Almonte

ZAMACONA ES ENVIADO A TRATAR CON LOS JEFES ALIADOS

Instrucciones a que debe sujetarse el Sr. don Manuel María de Zamacona en el desempeño de la comisión que en esta fecha le confiere este ministerio:

En la nota que se dirige a los plenipotenciarios de las potencias coligadas, se les propone que pasen a Orizaba con una guardia de 2,000 hombres a establecer negociaciones con los comisionados que al efecto nombrará el gobierno y que, entretanto, se reembarquen las demás fuerzas. La misión del Sr. Zamacona tiene, pues, por objeto, influir en que esta proposición sea aceptada y una vez que lo haya sido, facilitar su ejecución removiendo los obstáculos que puedan presentarse.

Si los plenipotenciarios desearan conservar en su poder la plaza de Veracruz, se accederá, así como también a que la escolta sea de más de 2,000 hombres, no excediendo de 3,000 y que traiga seis piezas de artillería. Se procurará en todo caso que la fuerza extranjera que quede en el país, entre guardia de honor y guarnición de Veracruz, etc., no pase del mencionado número de 3,000 hombres, sin que haya de estorbarse la negociación por no permitir la permanencia de algunos hombres más, si en ello hubiere formal empeño de parte de los plenipotenciarios.

Para conseguir que se acepte la proposición del gobierno, el Sr. Zamacona hará comprender a los plenipotenciarios el estado que guarda el país, muy diferente del que guardaba cuando recibieron ellos su comisión y que haría enteramente superflua la permanencia de una fuerza extranjera en el país. Se extenderá sobre los elementos de vida y poder que el gobierno ha conquistado con la reforma y la consiguiente probabilidad de que en lo sucesivo no se repitan los trastornos políticos anteriores. Conviene también explicarles la necesidad que un gobierno representativo de elección popular, tiene de consultar no sólo la voluntad nacional sino el carácter de la nación y aun su susceptibilidad, infiriendo

de aquí lo inconveniente que sería tratar bajo las influencias de la fuerza extranjera.

México, enero 23 de 1862.

(Manuel) Doblado

LÓPEZ URAGA RECORRE LA LÍNEA MILITAR MEXICANA

San Juan de la Estancia, enero 23 de 1862

Ciudadano presidente don Benito Juárez
Señor y amigo de toda mi atención y afecto:

Llegué ayer de recorrer todos los puntos de la línea de Veracruz, en compañía de los apreciables Sres. la Llave y Mata, de cuyos trabajos y de cuyos sentimientos hacia mí, cada vez estoy más satisfecho y lo he quedado también, cuanto cabe, en todo lo relativo a la línea de Veracruz.

Sigo recorriendo la de por acá hasta dar la vuelta a Orizaba y Córdoba y todavía hay resistencia en mí para calores, asoleadas y marchas. A pesar de mi herida, bajo ciertos respetos, tengo más resistencia que mi estado mayor, del cual he tenido ya tres bajas.

Mientras me duren las fuerzas, ellas con todo el espíritu están a disposición del gobierno y de mi patria.

Acuso a usted recibo de sus dos gratas, fechas 14 y 18 y como en las que dirijo al Sr. Doblado, le refiero todo lo que es relativo importante a las operaciones, excuso repetirme, porque sé muy bien que dará cuenta a usted.

Agradezco a usted sus generosos deseos hacia mí, que le retorno apeteciéndole completa felicidad, como su decidido amigo y seguro servidor q. b. s. m.

José (López) Uruga

LAS FUERZAS FRANCESAS VIENEN A COLOCAR A
MAXIMILIANO EN EL TRONO

París, enero 24 de 1862

(Sr. conde de Russell)

De tantas fuentes he oído decir que los oficiales que van con los refuerzos a México, aseguran que su objeto es colocar al archiduque Maximiliano en el trono de aquel país, que creí necesario interrogar sobre esto a Mr. de Thouvenel.

Le pregunté si había pendientes algunas negociaciones entre este gobierno y el de Austria con referencia al archiduque Maximiliano. S. E. me respondió negativamente. Dijo que las negociaciones habían sido llevadas por mexicanos solamente, quienes han venido con este objeto y han ido a Viena.

(Conde de Cowley)

Es traducción.

Washington, mayo 2 de 1862.

(Matías) Romero

DE LA FUENTE COMUNICA DESDE FRANCIA LOS NUEVOS
PLANES DE LA COALICIÓN DE LAS POTENCIAS CONTRA
MÉXICO

París, enero 24 de 1862

Sr. licenciado don Matías Romero
(Washington)

Mí muy estimado amigo y señor:

Estaba yo escribiendo una larguísima nota para mandarla a nuestro gobierno por conducto de usted, que estoy seguro me concedería este favor como suele; pero ya no falta más que una hora para despachar mi correspondencia a la estafeta y he visto que el tiempo no me bastaba para escribir lo que me proponía participar al gobierno y a usted. Por tanto, me he resuelto a escribir aceleradamente esta carta para suplicar a usted que aproveche el primer conducto que se le ofrezca y haga llegar a nuestro gobierno las noticias siguientes:

Se ha cambiado el plan primitivo de la coalición contra México. No será España, sino Francia, la que encabece y dirija la expedición en nuestra tierra. Inglaterra ha consentido en esta mudanza. España ha sido medio forzada a pasar por una humillación como ésta, pidiendo tan sólo que, para cohonestarla, mande Francia más fuerzas a México. De hecho, en estos momentos están aprestándose aquellas fuerzas, que saldrán de los puertos de Francia el día último de este mes. Antes se había dicho que partirían el 8 o 10 de febrero, mas los últimos diarios han anunciado que las graves noticias llegadas de La Habana han causado esta precipitación. Con los refuerzos que manda Francia ahora, completará 6,000 hombres, que es el total de tropas que piensa mantener en México. Se tiene mucha confianza en una revolución interior. Si la expedición así reforzada no

logra su objeto y se queda en las tierras bajas, no se mandarían nuevas fuerzas por causa del clima y por otras razones. A mi ver, el motivo real por que España ha sido privada del mando de la expedición por tierra, consiste en la terrible efervescencia que su llegada ha difundido por todo el país. En cuanto a la parte política, ya no se buscan rodeos: decididamente se quiere dar la corona de México al archiduque Maximiliano. El candidato de España ha quedado fuera de línea. Si seguimos portándonos con patriótica decisión podemos salvarnos. La iniquidad contra nosotros es más patente que nunca. Excite usted a nuestro gobierno a una noble y resuelta resistencia.

Dentro de tres días, por el próximo vapor, escribiré a usted extensamente. Ahora tengo que ceñirme a repetirle a usted, de prisa, pero siempre con toda verdad, que soy su más adicto amigo y compañero q. b. s. m.

Juan Antonio de la Fuente

P. D.

Pero todavía estoy esperando instrucciones, pues no me vinieron Por falta de ministro.

**SE SUPRIMEN LOS JUZGADOS DE DISTRITO Y TRIBUNALES DE
CIRCUITO; CESA EL TRIBUNAL SUPERIOR DEL DISTRITO,
CUYAS FUNCIONES DESEMPEÑARÁ LA SUPREMA CORTE DE
JUSTICIA**

El ciudadano Presidente de la República se ha servido dirigirme el decreto que sigue:

El ciudadano Benito Juárez, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, a todos sus habitantes, sabed:

Que en uso de las amplias facultades concedidas al Ejecutivo por el Congreso de la unión en la ley de 11 de diciembre del año próximo pasado, he tenido a bien decretar lo siguiente:

Artículo 1. —Se suprimen los juzgados de distrito y tribunales de circuito establecidos fuera de la capital y cesa por ahora el tribunal superior del Distrito.

2. —Las funciones de este último se desempeñarán por la Suprema Corte de Justicia conforme a su reglamento, la que con arreglo a este mismo conocerá en segunda y tercera instancia de los negocios de Hacienda de que conozca en primera el juzgado de distrito en la capital.

3. —Las funciones de los juzgados de distrito y tribunales de circuito suprimidos, se desempeñarán por los jueces de Hacienda de los estados la de los primeros y las de los segundos por los tribunales superiores de los mismos, sujetándose dichos jueces y tribunales a las leyes orgánicas de procedimientos y de responsabilidad de los estados respectivos en los negocios comunes y a las generales de la unión en los concernientes a ellas.

4.—En los estados los jefes de Hacienda representarán en juicio al erario federal en los negocios en que no tenga interés la Hacienda particular del estado respectivo, pues en los que lo tenga el representante de ésta lo será también del erario federal.

5. —Las tres defensorios de pobres que establece la ley de presupuestos generales de 16 de agosto último para el tribunal superior del Distrito, quedan agregadas a la Suprema Corte de Justicia.

Por tanto, mando se imprima, publique, circule y se le dé el debido cumplimiento.

Palacio del gobierno federal en México, a 24 de enero de 1862.

Benito Juárez

Al ciudadano Jesús Terán, secretario de Estado y del despacho de Justicia, Fomento e Instrucción Pública.

Y lo comunico a usted para su inteligencia y fines consiguientes.

Libertad y reforma, México, etc.

(Jesús) Terán

DRÁSTICA LEY PARA CASTIGAR LOS DELITOS CONTRA LA
NACIÓN, EL ORDEN, LA PAZ PÚBLICA Y LAS GARANTÍAS
INDIVIDUALES

El ciudadano Presidente de la República se ha servido dirigirme el decreto que sigue:

Benito Juárez, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, a sus habitantes, sabed:

Que en uso de las amplias facultades con que me hallo investido, he decretado la siguiente ley para castigar los delitos contra la nación, contra el orden, la paz pública y las garantías individuales.

Artículo 1. —Entre los delitos contra la independencia y seguridad de la nación, se comprenden:

I. La invasión armada, hecha al territorio de la República por extranjeros y mexicanos, o por los primeros solamente, sin que haya precedido declaración de guerra por parte de la potencia a que pertenezcan.

II. El servicio voluntario de mexicanos en las tropas extranjeras enemigas, sea cual fuere el carácter con que las acompañen.

III. La invitación hecha por mexicanos o por extranjeros residentes en la República a los súbditos de otras potencias para invadir el territorio nacional, o cambiar la forma de gobierno que se ha dado la República, cualquiera que sea el pretexto que se tome.

IV. Cualquiera especie de complicidad para excitar o preparar la invasión o para favorecer su realización y éxito.

V. En caso de verificarse la invasión, contribuir de alguna manera a que en los puntos ocupados por el invasor se organice cualquiera simulacro de gobierno, dando su voto, concurriendo a juntas, formando actas, aceptando empleo o comisión, sea del invasor mismo o de otras personas delegadas por éste.

2. —Entre los delitos contra el derecho de gentes, cuyo castigo corresponde imponer a la nación, se comprenden:

I. La piratería y el tráfico de esclavos en las aguas de la República.

II. Los mismos delitos, aunque no sean cometidos en dichas aguas, si los reos son mexicanos, o si, caso de ser extranjeros, se consignaren legítimamente a las autoridades del país.

III. El atentar a la vida de los ministros extranjeros.

IV. Enganchar a los ciudadanos de la República, sin conocimiento y licencia del supremo gobierno, para que sirvan a otra potencia o invadir su territorio.

V. Enganchar o invitar a los ciudadanos de la República para que se unan a los extranjeros que intenten invadir o hayan invadido su territorio.

3. —Entre los delitos contra la paz pública y el orden se comprenden:

I. La rebelión contra las instituciones políticas, bien se proclame su abolición o reforma.

II. La rebelión contra las autoridades legítimamente establecidas.

III. Atentar a la vida del supremo jefe de la nación o a la de los ministros de Estado.

IV. Atentar a la vida de cualquiera de los representantes de la nación en el local de sus sesiones.

V. El alzamiento sedicioso, dictando alguna providencia propia de la autoridad o pidiendo que ésta la expida, omita, revoque o altere.

VI. La desobediencia formal de cualquiera autoridad civil o militar a las órdenes del supremo magistrado de la nación transmitidas por los conductos que señalan las leyes y la ordenanza del ejército.

VII. Las asonadas y alborotos públicos causados intencionalmente, con premeditación o sin ella, cuando tienen por objeto la desobediencia o el insulto a las autoridades, perpetrado por reuniones tumultuarias que intenten hacer fuerza en las personas o en los bienes de cualquiera ciudadano, vociferando injurias, introduciéndose vio

lentamente en cualquier edificio público o particular, arrancando los bandos de los lugares en que se fijan para conocimiento del pueblo, fijando en los mismos proclamas subversivas o pasquines que de cualquier manera inciten a la desobediencia de alguna ley o disposición gubernativa que se haya mandado observar. Serán circunstancias agravantes, en cualesquiera de los casos referidos, forzar las prisiones, portar armas o repartirlas, arengar a la multitud, tocar las campanas y todas aquellas acciones dirigidas manifiestamente a aumentar el alboroto.

VIII. Fijar en cualquier paraje público y distribuir y comunicar abierta o clandestinamente copia de cualquiera disposición verdadera o apócrifa que se dirija a impedir el cumplimiento de alguna orden suprema. Mandar hacer tales publicaciones y cooperar a que se verifiquen, leyendo su contenido en los lugares en que el pueblo se reúne o vertiendo en ellos expresiones ofensivas e irrespetuosas contra las autoridades.

IX. Quebrantar el presidio, destierro o la que se hubiere impuesto por autoridad legítima a los ciudadanos de la República, o el extrañamiento hecho a los que no lo fueren; así como separarse los militares sin licencia del cuartel, destino o residencia que tengan señalados por autoridad competente.

X. Abrogarse el poder supremo de la nación, el de los estados o territorios, el de los distritos, partidos y municipalidades, funcionando de propia autoridad o por comisión de la que no lo fuere legítima.

XI. La conspiración, que es el acto de unirse algunas o muchas personas con objeto de oponerse a la obediencia de las leyes o al cumplimiento de las órdenes de las autoridades reconocidas.

XII. Complicidad en cualesquiera de los delitos anteriores, concurriendo a su perpetración de un modo indirecto, facilitando noticias a los enemigos de la nación o del gobierno, especialmente si son empleados públicos los que las revelen; ministrando recursos a los sediciosos o al enemigo extranjero, sean de armas, víveres, dinero, bagajes o impidiendo que las autoridades los tengan; sirviendo a los mismos enemigos de espías, correos o agentes de cuales quiera clase, cuyo objeto sea favorecer la empresa de ellos o de los invasores, o que

realicen sus planes los perturbadores de la tranquilidad pública esparciendo noticias falsas, alarmantes o que debiliten el entusiasmo público, suponiendo hechos contrarios al honor de la República o comentándolos de una manera desfavorable a los intereses de la patria.

4. —Entre los delitos contra las garantías individuales se comprenden:

I. El plagio de los ciudadanos o habitantes de la República para exigirles rescate. La venta que de ellos se haga o el arrendamiento forzado de sus servicios o trabajo.

II. La violencia ejercida en las personas con objeto de apoderarse de sus bienes y derechos que constituyan legítimamente su propiedad.

III. El ataque a las mismas personas a mano armada, en las ciudades o en despoblado, aunque de este ataque no resulte el apoderamiento de la persona o de sus bienes.

5. —Todos los ciudadanos de la República tienen derecho de acusar ante la autoridad que establece esta ley, para juzgar los delitos que ella expresa, a los individuos que los hayan cometido.

6.—La autoridad militar respectiva es la única competente para conocer de los delitos especificados en esta ley, a cuyo efecto, luego que dicha autoridad tenga conocimiento de que se ha cometido cualesquiera de ellos, bien por la fama pública, por denuncia o acusación o por cualquiera otro motivo, procederá a instruir la correspondiente averiguación con arreglo a la ordenanza general del ejército y a la ley de 15 de septiembre de 1857 y la causa, cuando tenga estado, se verá en consejo de guerra ordinario, sea cual fuere la categoría, empleo o comisión del procesado. En los lugares donde no hubiere comandantes militares o generales en jefe, harán sus veces los gobernadores de los estados.

7. —El procedimiento hasta poner la causa en estado de defensa, quedará terminado por el fiscal dentro de 60 horas y en el plazo de 24, evacuada aquélla; acto continuo se mandará reunir el consejo de guerra.

8. —Siempre que una sentencia del consejo de guerra ordinario sea confirmada por el comandante militar respectivo, generales en jefe o

gobernadores en su caso, se ejecutará desde luego, sin ulterior recurso y como está prevenido para el tiempo de guerra o estado de sitio.

9. —En los delitos contra la nación, contra el orden, la paz pública y las garantías individuales que se han especificado en esta ley, no es admisible el recurso de indulto.

10. —Los asesores militares nombrados por el supremo gobierno, asistirán necesariamente a los consejos de guerra ordinarios, como está prevenido en la ley de 15 de septiembre de 1857, para ilustrar con su opinión a los vocales de dicho consejo. Los dictámenes que dieren a los comandantes militares, generales en jefe o gobernadores, fundados legalmente, deberán ejecutarse conforme a la circular de 6 de octubre de 1860, pues, como asesores necesarios, son los verdaderamente responsables por las consultas que dieren.

11.—Los generales en jefe, comandantes militares o gobernadores a quienes incumba el exacto cumplimiento de esta ley, y sus asesores, serán responsables personalmente de cualquiera omisión en que incurran, por tratarse del servicio nacional.

Penas

12.—La invasión hecha al territorio de la República de que habla la fracción 1ª del artículo 1º de esta ley y el servicio de mexicanos en tropas extranjeras enemigas, de que habla la fracción II, serán castigados con pena de muerte.

13. —La invitación hecha para invadir el territorio, de que hablan las fracciones III y IV del artículo 1º, se castigará con pena de muerte.

14.—Los capitanes de los buques que se dedican a la piratería o al comercio de esclavos, de que hablan las fracciones I y II del artículo 2º, serán castigados con pena de muerte; los demás individuos de la tripulación serán condenados a trabajos forzados por el tiempo de 10 años.

15.—Los que invitaran o engancharen a los ciudadanos de la República para los fines que expresan las fracciones IV y V del artículo 2º, sufrirán la pena de cinco años de presidio; si el enganche o la invitación se hiciere para invadir el territorio de la República, la pena será de muerte.

16. —Los que atentaren a la vida del supremo jefe de la nación, hiriéndolo de cualquier modo o sólo amagándolo con armas, sufrirán la pena de muerte. Si el amago es sin armas y se verifica en público, la pena será de ocho años de presidio; si se verifica en actos privados, la pena será de reclusión por cuatro años.

17. —Los que atentaren a la vida de los ministros de Estado y de los ministros extranjeros, con conocimiento de su categoría, sufrirán la pena de muerte si llegan a herirlos y, si sólo los amagaren con armas, la pena será de 10 años de presidio; entendiéndose siempre que no hayan sido los primeros agresores, de hecho, los mismos ministros pues, en tales casos, el delito será considerado y sentenciado conforme a las leyes comunes sobre riñas.

18.—El atentado contra la vida de los representantes de la nación, de que habla la fracción IV del artículo 3º, será castigado con pena de muerte, si llegare a ser herido el representante; si sólo fuere amagado con armas, la pena será de cuatro a ocho años de presidio, al arbitrio del juez; entendiéndose, siempre que no haya sido el primer agresor, de hecho, el mismo representante, pues en tal caso el delito será considerado y sentenciado conforme a las leyes comunes sobre riñas.

19. —Los delitos de que hablan las fracciones I, II y V del artículo 39, serán castigados con pena de muerte.

20. —La desobediencia formal de que habla la fracción VI del artículo 3º, será castigada con pérdida del empleo y sueldo que obtenga el culpable y cuatro años de trabajos forzados, siempre que por tal desobediencia no haya sobrevenido algún perjuicio a la nación, el cual, si se verifica, se tomará en cuenta para aumentar la pena al arbitrio del juez.

21. —Los que preparen las asonadas y alborotos públicos, de que habla la fracción VII del artículo 3º y los que concurren a ellos en los términos expresados en dicha fracción u otros semejantes, sufrirán la pena de 10 años de presidio o la de muerte, si concurren las circunstancias agravantes referidas al final de dicha fracción, sin perjuicio de responder con sus bienes por los daños que individualmente causaren.

22. —Los que cometieren los delitos de que habla la fracción VIII del artículo 3º, sufrirán la pena de seis años de presidio.

23. —A los que evadan el presidio que se les hubiere impuesto por autoridad legítima, se les duplicará la pena y, si por segunda vez reincidieren, se les impondrá pena de muerte, así como a los extranjeros que expulsados una vez del territorio nacional, volvieren a él sin permiso del gobierno supremo. Los militares que se separen del cuartel, destino o residencia que tengan señalados, sufrirán la pérdida de empleo y cuatro años de presidio.

24. —Los que se arroguen el poder público de que habla la fracción X del artículo 3º sufrirán la pena de muerte.

25. —El delito de conspiración de que habla la fracción XI del artículo 3º será castigado con pena de muerte.

26.—A los que concurren a la perpetración de los delitos de que habla la fracción XII del artículo 3º, facilitando noticias a los enemigos de la nación o del gobierno, ministrando recursos a los sediciosos o al enemigo extranjero, sean de armas, víveres, dinero, bagajes o impidiendo que las autoridades los tengan; sirvan de espías a los enemigos, de correos, guías o agentes de cualesquiera clase, cuyo objeto sea favorecer la empresa de aquéllos o de los invasores sufrirán la pena de muerte. Los que esparcieren noticias falsas alarmantes o que debilitaren el entusiasmo público, suponiendo hechos contrarios al honor de la República o comentándolos de una manera desfavorable a los intereses de la patria, sufrirán la pena de ocho años de presidio.

27. —Los que incurran en los delitos especificados en las fracciones I, II y III del artículo 4, sufrirán la pena de muerte.

28. —Los reos que sean cogidos *in fraganti* delito, en cualquiera acción de guerra o que hayan cometido los especificados en el artículo anterior, serán identificadas sus personas y ejecutados acto continuo.

Disposiciones generales

29. —Los receptadores de los robos en despoblado, sufrirán la pena de muerte; serán castigados con seis años de trabajos forzados los que lo hicieren en las poblaciones.

30. —Los individuos que tuvieran en su poder armas de munición y no las hubieran entregado conforme a lo dispuesto en el decreto del día 25 del mes próximo pasado si no las presentan dentro de ocho días después de publicada esta ley, serán: los mexicanos, tratados como a traidores y como a tales se les impondrá la pena de muerte; los extranjeros sufrirán la de diez años de presidio.

31. —Los jefes y oficiales de la guardia nacional que fueren llamados al servicio en virtud de esta ley, percibirán su haber del erario federal durante el tiempo de la comisión que se les diere.

Por tanto, mando se imprima, publique y observe.

Palacio nacional de México, a 25 de enero de 1862.

Benito Juárez

Al ciudadano Manuel Doblado, ministro de Relaciones y Gobernación.

Y lo comunico a usted para su inteligencia y cumplimiento.
Libertad y reforma, México, etc.

(Manuel) Doblado

XXIV CONFERENCIA DE ROMERO CON MR. SEWARD

Washington, enero 24 de 1862

Excmo. señor ministro de Relaciones Exteriores
México
Excmo. señor:

Ayer llegó a mis manos la nota reservada de ese ministerio, número 41, de 20 de diciembre próximo pasado, en que se me recomienda solicite una conferencia privada del secretario de Estado de los Estados Unidos, para informarlo de los sucesos ocurridos en la República durante el mes citado y manifestarle, sin darle a entender que para ello he recibido instrucciones especiales, la conveniencia y necesidad de que México pueda contar en este trance con la eficaz simpatía de los Estados Unidos para resistir y aun repeler, si fuera posible, la intervención europea en su territorio y que una de las medidas más poderosas para conseguir ese fin sería el pronto envío a las aguas de Veracruz de una fuerza naval respetable de este país, según me dijo ese ministerio hace un año en nota reservada, número uno, de 3 de febrero último, de cuyo espíritu y contenido se me recomienda de nuevo me vuelva yo a penetrar.

Desde que comenzaron, en septiembre último, las presentes dificultades, he consagrado toda mi energía y todos mis esfuerzos en descubrir a este gobierno cuáles son las verdaderas miras que las potencias europeas han tenido al invadir a México, cuáles los probables resultados de tal invasión que serían tan perjudiciales para los Estados Unidos como para México y a conseguir de este país algún auxilio, por lo menos, el que teníamos derecho a esperar que se nos diera y, en último caso, a saber cuáles eran sus intenciones, para ponerlas en conocimiento

del de la República, a fin de que no se decidiera en su acción por falsas esperanzas que nos podrían ser tan perjudiciales.

Para conseguir estos objetos he hecho cuanto me ha sugerido el amor que profeso a mi país y ha estado al alcance de mi posibilidad y de todos mis pasos he dado oportunamente cuenta a ese ministerio con una minuciosidad que sólo es excusable por la importancia y trascendencia del asunto. Si las atenciones de usted le permiten leer mi correspondencia desde septiembre último a la fecha, encontrará consignada en ella, no sólo la opinión respecto de nuestras dificultades del presidente, del secretario de Estado y de otros miembros de su gabinete y de algunos senadores, sino también la de la prensa y del pueblo en general, tal como ha llegado a mi y aun la de los ministros sudamericanos residentes en esta capital.

Desde el 7 de octubre último, me había yo anticipado a las instrucciones que ahora he recibido respecto del envío de una fuerza naval americana a las aguas de Veracruz. En la conferencia que en aquella fecha tuve con Mr. Seward y de la que di cuenta a esa secretaría en mi nota número 289, del mismo día, le hablé de lo conveniente que sería que los Estados Unidos mandaran algunos de sus buques de guerra a aquel puerto recordándole que esa medida había bastado en una ocasión semejante —atendiendo a como se presentaba la presente en aquella fecha— para conjurar el peligro. Mr. Seward no me dio entonces ninguna respuesta. Después no insistí en esta medida, tanto por considerarla insuficiente, cuanto porque veía que mientras dure aquí la presente guerra civil y mientras este gobierno quiera sostener el bloqueo que ha decretado de las costas del sur, no sólo no le bastarán los buques que tiene, sino que el doble de ellos sería también insuficiente para el mismo objeto y para otros que aquí se consideran de primera importancia, como son la persecución de los corsarios que logran evadirse de las costas del sur. Cuando supe que este gobierno había determinado mandar a Veracruz una fuerza naval, según se dijo a los representantes de las potencias europeas que invitaron a este gobierno a tomar parte en la expedición y según comuniqué a ese ministerio en mi nota número 357, de 7 de diciembre próximo pasado, volví a concebir

esperanzas de que se podría hacer algo por ese lado y renové mis esfuerzos para que la fuerza naval que se enviara fuera considerable; pero a mis manifestaciones, de que un solo buque iría a servir de ludibrio más bien que de respeto, hechas al ministro de Marina, se me contestó que la escuadra bloqueadora del golfo estaba a pocas millas de distancia y se compondría dentro de poco de 60 buques, según comuniqué a esa secretaría en mi nota número 365 del 12 del mismo diciembre.

A pesar de todo esto y de que las circunstancias han cambiado totalmente, según lo habrá notado usted al recibir las notas posteriores, me propuse cumplir literalmente con las instrucciones de usted y en la conferencia que tuve hoy con Mr. Seward, empecé por informarlo de los documentos adjuntos a la citada nota y de los sucesos ocurridos en Veracruz durante el último mes. Me interrumpió diciéndome que de todo le había dado cuenta minuciosa la legación americana residente en esa ciudad y el consulado de los Estados Unidos en Veracruz.

Le pregunté enseguida si el secretario de la Marina, a cuya determinación se dejó lo relativo al envío de la fuerza naval a Veracruz, había dispuesto mandar algunos buques más de los que al principio determinó, encareciéndole la conveniencia de que se hiciera así y me respondió que nada sabía y que le recomendaría en la primera vez que lo viera que mandara algunas más, si podía disponer de ellas —*if he can spare some*. Usted sabe, agregó, cuántos y cuán grandes son los deberes que pesan sobre aquel departamento y cuán limitados los medios de que puede disponer para cumplirlos. "Le dije que esto me constaba y que sólo le hacía yo la recomendación, persuadido de que el objeto era también de la más grande importancia".

Enseguida me dijo que iba a mandar al senado el lunes —29 del actual— copia de los últimos despachos de Mr. Corwin, con un mensaje del presidente, en que le recomendó el pronto despacho del negocio que está pendiente en aquella Cámara. Si el proyecto de tratado de Mr. Corwin merece la aprobación del senado, agregó, propondré al presidente que los Estados Unidos se presenten como mediadores entre México y las potencias europeas, facilitando al primero los recursos necesarios para satisfacer las reclamaciones de las segundas. "Esto hasta ahora",

prosигuió, "no es más que un proyecto mío, que no he comunicado al presidente ni al gabinete; no puedo asegurar por lo mismo, que se lleve a cabo literalmente". "No quiero", me dijo; "que propongamos la mediación hasta que no sepamos que podemos conceder algún auxilio sustancial a México". Yo le dije que su idea merecía mi más completa aprobación y que creía que obtuviera buenos resultados, pues que la Inglaterra y la Francia habían sido inducidas a ir a México, en la creencia de que sus fuerzas serían recibidas por el país con los brazos abiertos como salvadores; pero que al ver hasta qué punto se les había engañado, procurarían salir de la dificultad de una manera honrosa, la cual no podría ser mejor que con la intervención de este gobierno.

Me dijo también que iba a autorizar a Mr. Corwin para que entrara en arreglos con el gobierno de México, a fin de que se estableciera y costeara entre ambos un correo de México a Acapulco, en conexión con los vapores de Panamá. Le manifesté que este proyecto sería secundado con la mejor buena voluntad por el gobierno de México, si antes no había recurrido a él espontáneamente, como creo que lo hará.

Mr. Seward me dijo que mañana se iba para Filadelfia y que, a su vuelta, que será el lunes próximo, agitaría este asunto. Me sugirió que viera yo a Mr. Sumner y otros miembros de la comisión de Relaciones Exteriores del senado para prepararlos favorablemente. Lo haré así en los dos días que dure la ausencia de Mr. Seward y procuraré que el martes próximo se someta el asunto a la resolución del senado.

Reproduzco a usted las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Dios, libertad y reforma.

Matías Romero

LA LLEGADA DE MIRAMÓN PROVOCA DIVERGENCIAS ENTRE LOS ALIADOS

Cuartel general en Veracruz, 25 de enero de 1862

Sr. Edouard Antoine Thouvenel
Ministro de Relaciones Exteriores de Francia

Nuestras conferencias se multiplican más de lo que yo juzgo conveniente. Nosotros tenemos una infinidad de detalles que resolver y, cada vez que nos reunimos, tenemos la pena de ver aparecer alguna nueva causa de disenso.

Me encuentro pues obligado, muy a mi pesar, a conversar a V. E. de los diversos incidentes sobre los cuales no fatigaría su atención, si no fuera porque temo que lleguen por otros conductos a su conocimiento y que luego pudiese reprocharme el habérselos ocultado.

V. E. recordará que por una posdata agregada al despacho que me dirigió el 29 de noviembre pasado, me informaba de la próxima llegada del Gral. Miramón a La Habana. Miramón, me decía V. E., ha solicitado una audiencia con el emperador pero el emperador se ha negado a recibirlo.

Sin embargo, ignoraba la profunda animosidad manifestada por Inglaterra contra el ex presidente. No fue sino hasta al llegar a Veracruz cuando supe la ofensa injustificable, de que los agentes ingleses prosiguen con su habitual tenacidad la reparación.

El Gral. Miramón, no teniendo ya recursos, no temió, se dice, en los últimos días de su presidencia, invadir la legación británica y apropiarse una suma de 660,000 pesos depositados bajo sello en un local contiguo.

Mi circunspección natural me llevó a evitar toda relación con un personaje que no me era bien conocido y sobre todo porque V. E. no me dio a conocer la actitud que tomó el gobierno respecto a él. El conde de Reus, deseoso de conciliarse con todos los partidos, no podía verse detenido por los mismos escrúpulos. Él recibió en La Habana al Gral. Miramón, lo acogió con cierto favor y lo animó, creo yo, a venir a México con la esperanza de asegurarse, por esta condescendencia, el apoyo del partido adicto aún al antiguo adversario del presidente Juárez.

Sir Charles Wyke ya había tratado en diversas ocasiones de hacernos comprender la imposibilidad de toda transacción entre la legación británica y el hombre que había insultado de un modo tan escandaloso el pabellón inglés.

El Gral. Prim y yo habíamos respondido con palabras conciliadoras y nos esforzamos en llevar al representante de Inglaterra hacia sentimientos más moderados, pero hoy sir Charles Wyke, ayudado por el comodoro Dunlop, creyó deber no dejarnos ninguna duda sobre sus intenciones. Nos declaró que el desembarco del Gral. Miramón en Veracruz sería considerado por él como un ultraje a Inglaterra y que reclamaría el arresto de un malhechor que había merecido la venganza de las leyes reconocidas por todas las naciones civilizadas.

No necesito explicar a V. E. qué tipo de objeciones debería encontrar un proyecto semejante.

Había algo tan ultrajante en estas pretensiones altaneras que no pude dejar de expresar francamente mi sorpresa, yo diría casi mi indignación. La turbación del Gral. Prim debía ser seguramente en esta circunstancia mucho más grande que la mía. Él había tenido relaciones directas con el Gral. Miramón. Yo me había abstenido cuidadosamente de ello. El general mismo lo había llamado a México. Se creía que yo ignoraba que el Gral. Miramón iba a regresar a México.

Admitía perfectamente el derecho del comodoro inglés de hacer investigaciones en los barcos de su país. Embarcado en un buque inglés, el Gral. Miramón podía ser aprehendido ahí por la policía naval o al menos invitado a regresar al puerto de donde había partido; pero no me parecía que el derecho británico pudiera ir más allá.

El Gral. Prim, después de varios esfuerzos por hacer que sus dos colegas abandonaran la cuestión, terminó por abandonar él mismo al hombre al que no se atrevía a confesar que protegía.

Después de una discusión desgraciadamente muy tormentosa, fue convenido por nosotros que, si el Gral. Miramón llegaba a Veracruz en un barco inglés, nosotros no tendríamos que ocuparnos de las medidas que el comandante de las fuerzas británicas creyera su deber tomar al respecto; que si, por el contrario, Miramón se presentaba en las costas de México a bordo de un barco extranjero, el conde de Reus se encargaría de invitarlo a no desembarcar en una ciudad en cuyos muros flotaba el pabellón que él personalmente había ultrajado.

He aquí una vez más un motivo de ruptura surgido por un compromiso, pero ya era tiempo de que los comisionados de las tres naciones recibieran las instrucciones que les permitieran ocuparse con más armonía de la pacificación de México.

Es difícil predicar eficazmente la concordia cuando se comienza por dar tan poco ejemplo de ella. Lamento tanto más este enojoso incidente, cuanto que hasta ahora no había tenido más que mostrarme satisfecho de mis relaciones con sir Charles Wyke y, sobre todo, con el comodoro Dunlop. Debido a la enérgica y leal resolución de este último, se tomó la decisión de marchar sobre Jalapa para ocupar esta posición de grado o por fuerza. Espero que nuestras relaciones se restablecerán sobre sus antiguas bases, pero es la última concesión que quiero hacer al deseo de mantener entre nosotros la buena armonía.

Sin embargo, como no hay nada que no pueda tener su lado bueno, debo confesar que he visto no sin placer entorpecerse un poco las relaciones tan íntimas que existían desde nuestra llegada a Veracruz, entre el conde de Reus y sir Charles Wyke. Será siempre más fácil para el representante de la reina Isabel entenderse con nosotros que con los delegados de S. M. B. y agregaré que ello será también más natural.

E. Jurien de la Graviere

VIDAURRI SÓLO PIENSA EN LA DEFENSA NACIONAL

Monterrey, enero 26 de 1862

Excmo. Sr. presidente

don Benito Juárez

Mí muy querido amigo y señor de mi aprecio:

Hoy he recibido la carta de usted de fecha 29 del próximo pasado diciembre y, tardando el correo de ésa sólo 11 días, verá usted el atraso con que ha llegado a mis manos su ya citada: mal es éste que resentimos hace mucho tiempo y que redundo en perjuicio de la causa nacional, motivo porque una de las instrucciones que lleva mi comisionado, qua sale hoy para ésa, es el arreglo de nuestra pronta y segura comunicación con el gobierno.

Doy a usted las gracias por las noticias que me comunica y le suplico encarecidamente no haga caso de cuentos, que yo tengo ese modo de pensar, considerando usted únicamente que en mí tiene un amigo en cuya cabeza y corazón no germinan más ideas que la defensa nacional y para esto la obediencia al gobierno.

Todos mis actos se dirigirán a ese fin y por consiguiente no dé crédito a lo que le digan en contrario.

Con la sinceridad que acostumbro, me repito de usted atento amigo y servidor q. b. s. m.

Santiago Vidaurri

MIRAMÓN SE EMBARCA CLANDESTINAMENTE EN LA HABANA

Cuartel general en Veracruz, 27 de enero de 1862

Sr. Vicealmirante E. Jurien de la Gravière:

Salí de La Habana el 22 de enero a bordo del buque inglés *Avon*. El Gral. Miramón y su séquito tomaron pasaje en este mismo barco. El general se embarcó con el nombre de don Manuel Fernández y era portador de un pasaporte bajo este nombre que le había sido expedido por el capitán general de Cuba. Los acompañaban alrededor de 17 personas entre las cuales se encontraban Carlos Miramón, su hermano; Manuel Gual Barandieran (sic) y José González, sus ex ayudantes de campo; el reverendo padre Miranda, ex ministro; su hermano Francisco Miranda y Bueno, ex proveedor del ejército mexicano. Las otras personas eran antiguos oficiales exilados durante la revolución y sirvientes.

Corría el rumor en La Habana de que allí estaban reunidos un gran número de conservadores y que tenían numerosas comunicaciones con México. La partida del Gral. Miramón era muy conocida allí, sin embargo, él creyó conveniente embarcarse desde muy temprano a fin de no ser visto. Cuando supo que yo era uno de los pasajeros a bordo, estuvo muy inquieto por saber si había tenido conocimiento de su partida y cuál era mi posición; sin embargo, durante toda la travesía no tuve relaciones directas con él ni con ninguna de las personas que lo rodeaban. Los pocos informes que conseguí me fueron dados por terceros con los que el general platicaba y a los que interrogaba sobre lo que yo decía y pensaba. El dijo una vez que su intención era la de dirigirse hacia Veracruz a bordo de un barco francés donde esperaba los acontecimientos, pero supe que había dejado La Habana contando con desembarcar desde que el

barco anclara —con este objeto, todo su equipaje había sido puesto a nombre de su hermano— y reunirse con el Gral. Márquez a fin de estar preparado a unirse a sus amigos en caso de una elección presidencial. El respondió un día a una persona, que consideraba la posibilidad de que todos los partidos se unieran contra los aliados: "Si ellos son amigos —dijo— yo sabré desunirlos".

Dos días antes de nuestra llegada a México, su rostro comenzó a dar muestras de cierta inquietud. El inquiría más y más frecuentemente sobre lo que yo decía y me di cuenta de que había tenido algunas largas conversaciones con el padre Miranda.

Hoy 27, a las cuatro de la tarde, llegamos a Veracruz. A distancia de una milla del puerto, se acercó a nuestro buque una barca inglesa en la cual venían un teniente de navío y dos marineros armados; el oficial subió a bordo, colocó a sus dos marinos en posición de centinelas y vino a hablar con el capitán; su conversación fue corta. Este último me llamó inmediatamente después y me dijo: Ellos vienen a arrestar a Miramón.

A la llegada de la barca los miembros del séquito del Gral. Miramón se inquietaron mucho; nadie sabía con qué fin venían. Cuando el oficial estuvo a bordo, el navío se puso en marcha nuevamente y ancló en el puerto de Veracruz. Cinco o seis barcas inglesas se le acercaron en seguida. En cada una de ellas se encontraban marineros armados con carabinas, que fueron colocados como centinelas adelante y atrás del barco a fin de impedir que ninguna embarcación se acercara.

Durante ese lapso el general estuvo en su camarote; él no subió al puente sino después de llegar a bordo un capitán de navío inglés. Teniendo despachos que remitirle y, deseoso de anunciarle rápidamente la llegada del Gral. Miramón, pedí autorización para desembarcar la que me fue concedida inmediatamente. Yo no presencié pues el arresto de Miramón.

Ch. Jallaudrouz Lamoruaít
Alférez de navío

GRAN BRETAÑA NO INTERVIENE PARA APOYAR A MAXIMILIANO; SÓLO DESEA COBRAR SU DEUDA

Ministerio de Relaciones, enero 27 de 1862

(Sir Charles Wyke)
(Veracruz)
Señor:

He recibido y dado cuenta a la reina con los despachos de usted del 18 al 28 de noviembre.

Desde que escribí a usted por última vez, el emperador de los franceses ha decidido enviar 3,000 hombres más a Veracruz.

Se supone que estas fuerzas marcharán, desde luego, con las francesas y una parte de las españolas que están ya allí, a la ciudad de México.

Se dice que el archiduque Fernando Maximiliano será invitado por un gran número de mexicanos a que se coloque en el trono de México y que el pueblo mexicano recibirá con gusto tal cambio.

Tengo muy poco que añadir a mis instrucciones anteriores sobre este asunto. Si el pueblo mexicano coloca en el trono al archiduque de Austria por un movimiento espontáneo, nada hay en la convención que lo impida.

Por lo demás, no tomaríamos parte en una intervención armada que tuviera aquel objeto. Los mexicanos deben consultar sus propios intereses.

Tengo que añadir a mis instrucciones anteriores, con relación a los almirantes en el Atlántico y el Pacífico, que no ponga usted ninguna objeción al retiro de los marinos de Veracruz, cuando llegue la estación malsana.

Tampoco pondrá usted ninguna objeción a las medidas que se acuerden entre el jefe más antiguo que mande las fuerzas navales en Veracruz y el almirante Maitland para la ocupación o bloqueo de alguno o de todos los puertos mexicanos en el Pacífico, que para los objetos de la convención se crea necesario ocupar o bloquear. Acapulco, San Blas y Mazatlán son los puertos a que principalmente se alude en estas instrucciones.

(John) Russell

Es traducción. Washington, marzo 3 de 1862.

(Matías) Romero

ELABORADO INFORME ANALÍTICO DE LA SITUACIÓN, ENVÍA
DE LA FUENTE AL GOBIERNO

París, enero 27 de 1862

Excmo. señor ministro de Relaciones Exteriores
México

La ocupación de Veracruz por los españoles, me estrecha a continuar procurando todas las seguridades posibles para el pasaje de mi correspondencia oficial. Así, pienso aglomerar en un solo despacho, todos los asuntos que considere yo importantes, para no llamar la atención del enemigo con un paquete demasiado voluminoso.

De La Habana han venido muchas noticias con fecha de este mes. Adolecen de la exageración y falsedad que cualquiera puede suponer.

Primero anunciaron la toma de San Juan de Ulúa y de Veracruz en los días 7 y 8, siendo así que no tuvo lugar este suceso hasta el día 17; luego dijeron que Mr. de Saligny había hecho un viaje de 11 días de México a Veracruz; que había sido dos veces atacado en el camino; que en la primera había logrado salvar su vida, gracias al valor de la gente que lo acompañaba; pero que en la segunda no había podido impedir que los carros en que iban los archivos de la legación y los equipajes de los pasajeros, fuesen cogidos y aquellos efectos diseminados por el suelo; que el país estaba entregado a una anarquía deshecha; que el Sr. Juárez estaba amenazado, no sólo por los reaccionarios sino por varios liberales, el Sr. Doblado entre ellos; que todas las casas de los españoles residentes en Puebla, habían sido saqueadas y que se habían necesitado muchos miles de hombres para reprimir el desorden. *La Patrie* puso de su caudal colores más sombríos a este cuadro, diciendo que las casas de los

españoles habían sido quemadas y hasta *L'Opinion Nationale* tuvo a bien dirigirnos una reprimenda con motivo de estos excesos.

Las primeras noticias que hablan tan sólo de la partida de la escuadra española y luego de su desembarco a Veracruz, fueron bien recibidas por los diarios que aquí se llaman oficiosos o gobiernistas; pero tengo motivos para creer que el gabinete de Francia y, más aún el de Inglaterra, se mostraron descontentos de esta festinación, como de una falta flagrante contra el tratado firmado en Londres y como de un paso que podía hacer fracasar los designios de las otras dos potencias, envolviéndolas en la odiosidad que excitaba en México la invasión de sus antiguos dominadores. Almonte fue a Madrid, como verá usted por el artículo relativo de *La Época*, diario ministerial; dícese que llevó una comisión de este gobierno lo cual es demasiado verosímil. En Inglaterra varios periódicos vituperaron altamente la precipitación del gabinete de Madrid y usted puede certificarse de ello por la lectura de varios recortes incluso. Mas, al cabo sucedió lo que yo había previsto y comunicado a usted. A vueltas de la censura, vino la decisión de aprovechar la ocupación de Veracruz por los españoles. Pero vino una cosa más grave todavía. Bajo el pretexto de proteger los intereses de Francia comprometidos por lo que se llama nuestro desgobierno, según lo daban a entender los noticias antes referidas, los diarios adictos al ministerio, anunciaron que saldría de Francia el 7 ú 8 de febrero un refuerzo para la expedición contra México, hasta completar unos 6,000 hombres y, desde hace tres o cuatro días, los mismos periódicos dijeron que nuevas noticias de que no daban ningún detalle, habían forzado al gobierno a estrechar el término antes referido; en consecuencia, con una claridad que usted verá por varios de los impresos unidos a esta nota, se dispone todo para que salga antes del 31 de enero un cuerpo de tropas que complete 6 000 franceses, contando con los que hace dos o tres meses partieron para el golfo mexicano. ¿Cuál puede ser el motivo de esta variación y de esta acción más vigorosa por parte de la Francia?

He aquí lo que yo he podido rastrear.

Desde luego una mudanza tan extraordinaria, no se debe a la violación del tratado de Londres por parte de España; lo primero, porque

la correspondencia del *Moniteur* habla de las consideraciones que el jefe de marina español tuvo con el francés y de los ajustes que concluyeron antes de verificarse el desembarco en el puerto de Veracruz y, lo segundo, porque hubiera bastado una palabra del emperador para que el gobierno de España diese todas las contraórdenes y excusas que gustase prescribirle el gobierno del emperador. La corte de Madrid hubiera declarado mil veces lo que anunció a medias en Veracruz, esto es que las fuerzas de la reina obraban en nombre de las tres potencias coligadas y comenzaban la intervención financiera estipulada en Londres, una vez que tomaban posesión de nuestros puertos y fortalezas en el golfo. Y, sin embargo, los diarios de Inglaterra denunciaron como una ofensa injustificable esta ocupación y la compararon al atentado del *Trent* que es para los ingleses cuanto malo podían decir. ¿De qué procedía esta reprobación singular? Del cambio o, por mejor decir, de la más clara manifestación de los designios que el emperador abriga con respecto al pueblo mexicano.

El *Times* fue el primero que anunció esta novedad. En el artículo que usted podrá ver entre las tiras impresas, aquel diario, con esa causticidad, con ese cinismo que le son habituales y que sabe mezclar con la bajeza cuando le acomoda, nos insulta como de costumbre; adula a España para hacerle llevadera la pérdida del mando en las operaciones militares a que parecía llamarle la superioridad de sus fuerzas de tierra; proclama a Francia digna de este honor; añade que ella no ha de permitir le sea arrebatado por Inglaterra y España, como que ha de mandar más tropas que estas dos naciones y lleva, en fin, su condescendencia, hasta decir que Inglaterra verá con buenos ojos a su antigua rival portándose como guste con México y dejando, por supuesto, incólumes y en buena vía los intereses británicos en nuestra tierra.

Por lo demás, bien claro vemos que el *Times* da el efecto por la causa. El guarismo de las tropas españolas es más alto que el de Inglaterra o Francia y, si se conceptúa necesario reforzar la expedición, España, más pronto y fácilmente que sus dos aliadas, puede llenar esta exigencia con tropas de Cuba. Luego no pierde España la dirección de las operaciones militares porque tenga menos soldados en el teatro de la

guerra, sino que Francia quiere decididamente encargarse de esta dirección y, para cohonestar el desaire que España recibe, van a mandarse nuevas fuerzas de este imperio hasta completar 6,000 hombres, contando con los que partieron hace dos o tres meses. Los preparativos se están haciendo con una celeridad extraordinaria, como usted verá por muchos de los recortes que tengo el honor de presentar a su consideración. El nuevo Gral. Lorencez, saldrá según se asegura en fines de este mes y las tropas en principios de febrero con órdenes de navegar en vía recta hacia el puerto de Veracruz.

Yo no debo omitir un incidente que sirve para aclarar el designio del gobierno francés en postergar al contra almirante La Gravière. Parece que este último no ocultaba mucho su opinión sobre esta guerra, calificándola de inicua: "*Nous allons faire une guerre mal honnête*",²⁰ ha dicho este marino con noble franqueza. Sus palabras, repetidas sin miramiento, debieron llegar a noticias del emperador y decidir la elección del nuevo jefe, que se supone muy ajeno a estos escrúpulos. Así se piensa llevar a efecto la marcha de la expedición a la capital y se sabe, por algunos oficiales de los que van a embarcarse ahora, la orden precisa para avanzar sin dilación a la ciudad de México una vez llegados a Veracruz, debiendo pasar seis leguas adelante del puerto el mismo día del desembarco. No obstante, uno de los artículos del *Constitucional* que va en la carpeta de los impresos y que se publicó ayer por la mañana, da la noticia de haberse súbitamente suspendido las operaciones que tan aprisa se ejecutaban y da para ello una causa que en verdad es muy poco satisfactoria. Tengo muy buenas razones para creer que este retardo se debe a una pequeña contrariedad en el plan político de la expedición, sobre el cual debo dar a usted todos los informes que he podido adquirir.

Usted sabe que, desde mi llegada a París y aun desde antes, ha sido la intervención política una de mis más fijas aprensiones, sin que haya podido tranquilizarme el tratado de Londres en que, bajo las apariencias de una intervención financiera que yo había señalado como la medida más próximamente segura, se preparaba la otra intervención más

²⁰ "Vamos a hacer una guerra indigna".

desastrosa todavía; yo he manifestado a usted fuera de eso que de ningún modo confiaba en que el gobierno del emperador se abstuviese de llevar las cosas a tal extremo y que, antes bien, yo presumía que cualesquiera que fuesen las seguridades que en contrario sentido aglomerase, sus instrucciones habían de ir tan lejos como fuese posible en la vía de las hostilidades a la democracia de México y al gobierno que la representa; que Inglaterra si no favorecía estos planes no haría tampoco nada para reprimirlos y, en fin, que la intervención política era un amago perdurable sobre todo mientras durase el conflicto de los Estados Unidos, porque bastaría se fingiese la existencia de un partido que la invocaba o el reinado de la anarquía en nuestra sociedad o la perpetración e impunidad de agravios a súbditos extranjeros. Por desgracia, ha pasado todo al pie de la letra. Después del tratado de Londres vinieron o se forjaron las últimas noticias de ataques a Mr. de Saligny en su camino de México a Veracruz; hablóse de los papeles de su legación derramados por el suelo y de las casas de los españoles saqueadas e invadidas en Puebla y de la anarquía por aquellos países, como dice la correspondencia del *Moniteur* y de la inseguridad del gobierno del Sr. Juárez, que anunciaba estaba a punto de caer por los esfuerzos unidos de la reacción y del Sr. Doblado. Inventóse, por último, la fábula del gran partido de los hombres de bien y hasta de comisiones de los estados que, oprimidos hoy, invocaban vergonzantes la monarquía extranjera, como único y eficaz remedio de los males que agobiaban la desgarrada República Mexicana.

En Madrid, París y Londres, los diarios ministeriales proclamaron ya sin embozo, como sin respeto al tratado de Londres, que era menester enviarnos un monarca y forzarnos a recibirlo.

Al instante, Gutiérrez Estrada y Almonte se pusieron en acción; el segundo fue a Madrid con la misión de hacer convenir a España en traspasar a Francia la dirección política y militar de la expedición enviada a nuestro país. Yo había creído probable tan sólo este nuevo ensayo diplomático de Almonte; pero los diarios de ayer y de hoy me lo hacen creer tan real y verdadero como sus demás trabajos de la misma estofa, emprendidos cerca del archiduque Maximiliano y del conde de Flandes,

hijo del rey belga, pidiéndoles de rodillas que aceptase alguno de ellos el trono que más que nadie pretendió derrocar aquel gran caudillo, a quien el cielo negó, como a tantos hombres ilustres, la fortuna de transmitir su nombre a un hijo digno de su fama. Los diarios añaden que Almonte acompañará la expedición para servirla con sus informes.

Dispense usted este desahogo y esta denuncia; usted sabe que no soy amigo de ellas; pero, en la hora que ha sonado para México, yo no perdonaría jamás el haber ocultado por ningún respeto ni consideración la verdad al gobierno de mi patria.

Continúo el asunto interrumpido.

Esos trabajos de Almonte en Madrid y Bruselas, lo mismo que los de Gutiérrez Estrada en París, están señalando las dos nuevas fases de la cuestión mexicana en Europa. Tengo por seguro que, aparte de las noticias forjadas para desacreditarnos, los reaccionarios mexicanos, los agentes de los gobiernos de Europa y todos los extranjeros imparciales, han de haber hecho relaciones concluyentes del gran desarrollo que inesperadamente para ellos había mostrado nuestro espíritu nacional con la sola noticia de la aproximación de los españoles a las costas mexicanas. Fue así como estos gobiernos se vieron constreñidos a reconocer la enorme equivocación que habían padecido, dando por hazaña casi despreciable por la facilidad que en su éxito suponían, el golpe de gracia contra nuestra República, en quien un puñado de agiotistas codiciosos, de diaristas vendidos y traidores representantes del partido ultrarreaccionario, se empeñaban en ver signos evidentes de adelantada descomposición.

Usted verá, señor ministro, en una de las tiras impresas, el candor con que un diario inglés declara errado el cálculo de la pronta sumisión del país a las exigencias de la triple alianza. En resolución, se ha visto que, con toda su arrogancia, los españoles no podían avanzar por tierra, sin peligro inminente de ser desbaratados y repelidos. En este momento, un amigo, por lo común bien informado, me dice que los despachos misteriosos de que antes he hablado, fueron enviados por Mr. de Saligny, quien hizo avisar a La Habana que la expedición, tal como debía presentarse en Veracruz, era de todo punto insuficiente para dominar la

resistencia armada que en México se estaba previniendo; este caballero añade, tal es la causa de las medidas enérgicas dirigidas a reforzar el contingente de Francia.

Como quiera que sea, esta determinación desgarraba el velo que medio encubría la resolución de convertir en política la intervención anunciada como financiera. Y ¿por qué Francia, que es la nación a quien menos debemos, toma sobre sí la nueva empresa? Es porque, con su sistema de oscilación y de expedientes imposibles, como los que ha ensayado en Italia, querría satisfacer a la Austria retrógrada y a la Italia liberal, ofreciendo al archiduque Maximiliano el trono de México en cambio de Venecia que a pesar de todas las arterías y violencias del despotismo no puede jamás pertenecer de grado a los tudescos. Todos los venecianos que han podido escapar de sus señores han sentado plaza en los ejércitos de Italia y la población restante da constantes e inequívocas pruebas del odio profundo que la dominación de Austria le inspira. El rey Víctor Manuel apenas puede calmar la impaciencia de la nación italiana, que arde en deseos de libertar a sus dos hermanas: Roma y Venecia. Garibaldi, con sus palabras de fuego, enardece más y más el sentimiento libertador y acaban de publicarse unas cartas suyas en que anuncia la guerra con el imperio austriaco para un día muy cercano, tronando de paso y sin más miramientos que la omisión del nombre que todo el mundo pronuncia, contra el emperador de los franceses, a quien denuncia como el autor de esta situación insoportable. Ahora bien, si exceptuamos una revolución en la Francia misma, me parece clarísimo que nada teme tanto Napoleón III como la guerra entre Italia y el imperio austriaco ¿por qué? porque le sería preciso decidirse en favor de una causa o de la otra y eso sería el principio de su ruina. En efecto, los antecedentes de la Francia en esta contienda, la conducta misma del emperador y la opinión casi generalizada en pro de la Italia unida, serían fuertes razones para tomar el partido de los italianos; pero no sería posible estorbar que éstos dieran en la lucha un vuelo desmedido a los principios democráticos, sino ya republicanos y, un gran pueblo vecino de la Francia y gobernado por esos principios, minaría sin remedio por su contacto el cesarismo que en Francia se ha levantado. La cuestión de Roma, que es quizá la más

grande que en muchos siglos ha podido agitar al mundo, sería resuelta en el sentido liberal, quedando destruido el gran baluarte del fanatismo y de los abusos y preponderancia del clero.

Esto era bastante, sin añadir las cuestiones de Hungría, de Polonia y de la unidad alemana, que el espíritu liberal está precipitando a un desenlace funesto para el despotismo y las rancias preocupaciones; era bastante, vuelvo a decir, para que el emperador temblase de ver levantados los pueblos mismos en defensa de sus más caros intereses. Por eso no toma con franqueza la causa de las nacionalidades y de la democracia; por eso se dio prisa a abandonarlas en 1859. El emperador teme tanto como su tío la actitud del pueblo armado, aunque sea en favor de la política imperial y es preciso convenir en que le sobra la razón. Pero tampoco puede pasarse a la bandera que la odiosa reacción levanta en el delirio de su despecho y no es porque este hábil hombre de Estado abomine los principios del retroceso, sino porque ellos no pueden servirle como en 1852. Entonces los adoptó sin vacilar y fue cuando dejó tomar al partido absolutista un vuelo desmesurado. Mas la ambición insaciable de este partido quería hacer del emperador un Teodosio o un Cario Magno, sin más libertad que la de proteger las tinieblas y las tremendas persecuciones clericales y esta miserable posición hubiera sido igualmente contraria al carácter dominante del emperador, primera base de su reinado y a las exigencias del espíritu que, a pesar de todas las tiranías, está vivificando las naciones.

¿Qué hacer en este conflicto? En primer lugar, contener todo lo posible el desarrollo de la democracia sin irritarla demasiado; por esto, en la constitución de 1852, que invadió todas las libertades, mandó Napoleón III poner como preámbulo descosido unas palabras que consagraban los grandes principios de 1789; por esto, no pudiendo resistir a la fuerza de la opinión en 1859, fue, no digo sostenido, sino empujado por el pueblo francés a los campos de Magenta y Solferino; pero la paz de Villafranca mostró el cambio súbito, verificado en la política del emperador, no obstante su célebre proclama que prometía libertar la Italia entera. Por este sistema incierto y oscilatorio, los periódicos de todos los colores, excepto los imperialistas decididos,

reciben indispensablemente demostraciones de desagrado y, en el mismo teatro en que resuenan las alabanzas perdurables de los diarios oficiosos, se notan discordancias todos los días, para mantener al público en constante excitación sobre la verdadera política del jefe de Estado. Por último, al decir de los más íntimos cortesanos, la influencia liberal y retrógrada está representada y triunfante por intervalos en las relaciones más estrechas del emperador.

En segundo lugar, echa éste mano de un arbitrio maravilloso para mantener en buenos términos de sumisión la clase trabajadora de París, que tantos tronos ha echado por el suelo; este arbitrio consiste en multiplicar como nunca los trabajos, sin fijarse en su utilidad ni en los dispendios de su ejecución. Por otra parte, la carestía enorme de los arrendamientos en París, aleja de su recinto las clases obreras y con ellas el agente más poderoso de las turbulencias de la capital, que siempre ha impuesto la ley a los departamentos.

En tercer lugar, las guerras de Crimea y de Italia y las expediciones de Siria, China y Cochinchina, ésta misma de México, excitan en los franceses el orgullo funesto que infunden las llamadas altas empresas militares, no sólo en la masa de la nación, sino hasta en sus hombres más eminentes.

Hay, pues, disgusto en los partidos enemigos del imperio; mas no tanto que llegue a la desesperación, causa de las revoluciones; la política imperial hace que todo se tema y todo se espere del emperador y, el odio de que es objeto en muchas gentes, dista mucho de poder crear una oposición tan poderosa y tan dispuesta a un movimiento rápido y seguro, como es capaz de ejecutarlo a todo instante el árbitro y señor de este pueblo.

Por otra parte, ningún principio que pueda perjudicar al cesarismo puede ver la luz en Francia; ninguna conspiración puede ramificarse ante el argos de la policía y la falta de acuerdo y más aún la falta de organización en los partidos, hace que no se prevea más que el caos detrás del imperio. Esta opinión contribuye mucho a conservarlo. Nunca, en mi juicio, ha sido mejor interpretado Maquiavelo; pero estamos, por fortuna, muy lejos del tiempo en que daba sus lecciones aquel pedagogo

de tiranos. La causa de la libertad es solidaria y se agita en todas partes; los jefes se eclipsan y salen a la luz las naciones; no basta dominar a un pueblo; se necesita domar todo el mundo y esto no lo pudo enseñar el político florentino.

El imperio se sostiene sobre todo por el apoyo del ejército. La suerte del soldado ha sido mejorada considerablemente y no hay consideración que no se tribute a esta clase, en quien se refleja el espíritu guerrero de la nación. Algunos políticos se lisonjean con la esperanza de que el ejército pueda un día pasarse al lado del pueblo, como en 1830 y 1848. No dudo que en algún caso extraordinario tendría de nuevo lugar esa patriótica defección; pero aquellos pensadores olvidan una diferencia que no permite identificar con Napoleón III a Carlos X o a Luis Felipe y es, que el emperador actual es guerrero cuando le place; ha mandado sus ejércitos en los campos de batalla y en tiempo de paz les dispensa su más constante y esmerada solicitud. Es el ídolo de sus soldados como César y acaso no perecerá sino a manos de un Bruto verdadero o que por tal se estime; pero este Bruto puede venir de Italia como Orsini o de otra nación en que se haga sentir el brazo de hierro del emperador francés.

Él no puede amar a los Estados Unidos, porque esta hermosa República era el reverso de su imperio; no puede amar al gobierno democrático de México ni su admirable revolución, que acaba de arrollar hasta las esperanzas del partido reaccionario abriendo la puerta a un porvenir más grandioso aún que el que ha cabido en suerte a la República fundada por Washington. Además, la democracia asentada en la patria de Morelos, sería un alto ejemplo para toda la América del Sur y un continente de repúblicas democráticas, oscurecería y amenazaría con su sola existencia la del imperio en Francia establecido y las monarquías todas del antiguo mundo.

La erección de un trono en México por la influencia del emperador, satisfacía su orgullo y calmaba su cuidado. Los Estados Unidos tendrían un vecino incómodo, si no eran dos por la erección de otra monarquía en los estados separatistas, que, según se asegura, querían echar mano de este recurso para conservar su aristocracia fundada en la esclavitud de los negros. Si la nueva monarquía mexicana era regida por

un príncipe español, no tendría el soberano improvisado ni la más leve garantía de estabilidad; pero si se escogía al archiduque Maximiliano que pasa por liberal, ultramontano a un tiempo y si, además, se lograba con este arreglo la cesión de Venecia en favor de Italia, parecería que no se tomaba una medida antiliberal ni enteramente retrógrada y que se zanjaba a gusto de todos la cuestión de Venecia en que está interesada la Italia, sus partidarios y opositores y la paz de Europa, según lo expuse más arriba. Leyendo usted el último artículo de *L'Opinion Nationale*, que va entre los recortes, se asombrará quizás tanto como yo, de ver que Napoleón ha conseguido en parte su objeto, pues un diario tan influyente como ese en todos los círculos liberales da por compensada la iniquidad de imponernos un rey, con la entrega de Venecia a los italianos. Ahora veo confirmada la resolución que desde mis primeros despachos dije a usted haber observado en este gobierno, para influir poderosamente en nuestra política interior con mengua de la independencia y soberanía de México.

Las gestiones cerca del archiduque Maximiliano debieron chocar desde luego con la proverbial obstinación de la Austria y con su previsión de que, cediendo en este particular abdicaba a los ojos de sus amigos y enemigos, aquella política secular que la presentaba como el baluarte firmísimo del retroceso. Además, era preciso que también el archiduque invitado echara sus cuentas allá entre sí, antes de aceptar una corona tan contingente y tan extraña para sus proyectados súbditos. Así, yo me inclino a creer la relación de los diarios que nos hablan de la invencible resistencia de Francisco José a pronunciar el *fiat* deseado y nos informan de las condiciones del archiduque Maximiliano, quien proponía se le dejasen por un decenio tropas bastantes para defender su poder en las apartadas regiones mexicanas.

De consiguiente, nuestra cuestión ha cambiado de faz aparente pero no de sustancia ni de gravedad, porque según los diarios que tengo razón para creer los mejor instruidos, vistas las dificultades que opone el príncipe Maximiliano para la aceptación de su candidatura, se ha pensado enganchar para el trono de México al conde de Flandes, hijo segundo del rey Leopoldo. Pero, mientras las primeras negociaciones no parecían

prometer éxito alguno, se mandaron suspender los preparativos de los nuevos refuerzos, como digo a usted en la parte de esta nota que escribí ayer —27 de enero. En la mañana de hoy, el *Constitutionnel*, en el artículo que he cuidado de unir a los demás, avisa que la contraorden acaba de levantarse y la partida de las tropas y jefes se alistan de nuevo rápidamente.

La suspensión de la marcha, no puede explicarse con las novisisimas y muy satisfactorias proposiciones que algunos diarios atribuyen al gobierno mexicano porque, como usted lo sabe mejor que yo mismo, no es posible en el estado a que han venido las cosas que ningún arreglo de los que el poder y el honor del actual gobierno le permitan proponer, satisfaga las enormes pretensiones de sus jurados enemigos fuera de que las más recientes medidas de apresto, dejan aquella hipótesis desnuda de todo valor. Pues lo que es la queja de España por la postergación en el mando de las fuerzas de tierra, quizás, que otros políticos daban por causa de aquella providencia suspensiva, no puede de ningún modo haber tenido tal influjo, así por las razones que antes he indicado a usted, como porque habiendo España perdido su candidatura al trono fantástico, los diarios ministeriales de Madrid publican con su resignación, la del gabinete O'Donnell en este punto y, de verdad, que apenas quedaría ocasión para el puntillo de mando, después de abandonar la empresa de meter en nuestra casa un Borbón. *La Époque* sale airoosamente de la dificultad haciéndonos saber que Prim no perderá el mando directo y exclusivo de las tropas españolas y que tiene pleno poder para quedarse en Veracruz o internarse hasta la capital. El marqués de los Castillejos se convendrá muy libremente con el general francés y esto será todo.

Son tantos los periódicos que han hablado de las dos últimas candidaturas para el trono de México, que mi única dificultad para instruir a usted de estas publicaciones ha consistido en la elección de ellos. Me permito llamar la atención de usted sobre la *Gaceta* de Alemania del sud, periódico alemán, cuya traducción francesa remito y que me fue enviado por nuestro cónsul en las ciudades anseáticas, el apreciable Sr. Hube quien me dice oficialmente que aparte de la

correspondencia traducida, inserta aquel acreditado periódico, una más sobre el mismo asunto con fecha 18 del mes actual, en que se dice lo que sigue:

“Cuantos más progresos hace la expedición contra México, con tanta más certeza se asegura aquí que de la parte francesa se presentará como candidato para el trono de México al archiduque Maximiliano y se agrega que esa candidatura envuelve en sí las bases para una solución pacífica de la cuestión veneciana.”

Ningún otro diario liberal, fuera de *L'Opinion Nationale*, abona ni excusa la intervención precursora de una monarquía en México; por el contrario, han publicado excelentes artículos, demostrando lo inicuo, lo absurdo y ruinoso de ella. Distínguese entre esos periódicos el *Phare*, que usted verá y que representa los intereses de la marina.

Los comerciantes que a este ramo pertenecen, vituperan sin embargo la expedición, como funesta para las empresas mercantiles harto cercenadas por la revolución de los Estados Unidos y por el estado incierto de la paz general. En esta parte, la aprensión del público es tan arraigada, que con todo y el discurso altamente pacífico del emperador, los fondos no subieron más que diez céntimos de franco; pero, sea de todo esto lo que fuere, no puede revocarse en duda que el ánimo del emperador está más que nunca dispuesto a arruinar la institución republicana en nuestra patria. La partida de estos refuerzos es una razón de más para creerlo así, fuera de todas las razones que en ésta y en otras muchas notas he tenido la honra de presentar a la ilustrada consideración de ese ministerio y, si algún escrúpulo me pudiera quedar en orden a esta aseveración, el discurso de la corona leído ayer me lo desvanecería completamente.

Y, en verdad que no han podido pronunciarse palabras más duras contra el gobierno de México, ni dirigírsele un insulto tan solemne y acerbo como inmerecido, si no es con el designio bien premeditado de causarle una gran ofensa. Para probar la injusticia con que se ha puesto a la vergüenza al gobierno mexicano, en verdad que no necesitamos de razones victoriosas, mil veces publicadas por la prensa, pues nos bastaría citar los mismos *ultimátums* de Mr. de Saligny, cuyas conclusiones son

simple y absolutamente pecuniarias y, por tanto, demostrativas de que no hemos cometido esos atentados contra el derecho de gentes y contra la humanidad misma, como el discurso de apertura pregonera.

Yo había dicho a ese ministerio que no podía considerar la conducta de Francia con nosotros de otra manera que como abiertamente hostil, aunque sin declaración de guerra y sin la emisión de esta palabra que parecía estudiadamente esquivada. Aun la decisión del tribunal que decidió en favor de esta legación la competencia en la testamentaria del Sr. Oseguera, dio por una de sus principales razones, que no era cierto el estado de guerra entre las dos naciones, alegado por el juez de 1ª instancia, puesto que aún existía en París la legación mexicana y estaba ejerciendo su misión. Todavía, el discurso del emperador no menciona la palabra guerra, pero el pasaje que a nosotros alude, rechaza expresamente la idea de paz y esto, unido a la alianza que S. M. dice haber celebrado para un objeto de represión, designa claramente el estado de guerra formal.

Mi situación en París es tanto más difícil y extraordinaria cuanto que no he recibido las instrucciones pedidas por mí varias veces al gobierno nacional.

He tenido ya el honor de decir a usted el mal éxito de mis gestiones en Inglaterra. En España tampoco se puede hacer nada de provecho, no sólo por las causas que antes he manifestado a usted sino porque, naturalmente, debo esperar las instrucciones que se me han prometido, a fin de remplazar las primeras que traje sobre la solución de esta diferencia.

Ya no me es posible cohonestar mi permanencia en París y, a no ser que el supremo gobierno me encargue algunas gestiones posibles en las presentes circunstancias, tengo determinado irme a Washington con los archivos de la legación. Puede ser que mis informes sean de alguna utilidad a nuestro excelente encargado de negocios Sr. Romero y esperaré allí, las nuevas órdenes que tenga a bien comunicarme el supremo gobierno.

Me queda por suplicar a usted, que me dispense la extraordinaria difusión de esta nota; quizás hubiera podido omitir la sección de ella que

trata de la política imperial; pero me pareció que convenía dar a conocer en cuanto fuese posible al personaje que ha tomado bajo su dirección la obra de los aliados contra la República.

Estoy esperando el paquete inglés con una ansiedad que en vano trataría de describir. Cuando haya podido ver mi correspondencia, mandaré nuevos despachos al supremo gobierno y discurriré sobre lo que haya podido ocurrir de nuevo.

Sírvase usted aceptar las seguridades de mi más distinguida consideración.

Juan Antonio de la Fuente

EL VICEALMIRANTE FRANCÉS SE HACE ECO DE LA
CALUMNIA CONTRA PRIM

Cuartel general en Veracruz, 28 de enero de 1862

Sr. Edouard Antoine Thouvenel
Ministro de Relaciones Exteriores de Francia

El Gral. Miramón fue arrestado ayer a bordo del paquebote inglés y conducido a la corbeta *Challenger*, donde se encuentra hasta ahora detenido. El comodoro Dunlop envió inmediatamente a su ayuda de campo para informarme de este arresto. Creo deber hacer conocer a V. E. mi respuesta que habrá sido, yo pienso, fielmente transmitida.

Usted dirá al comandante, respondí, que yo no tengo por qué ocuparme de lo que ha pasado a bordo de un buque inglés pero que, en cuanto a la medida misma, lamento por varios motivos que haya sido tomada. He declarado ya que en una circunstancia semejante, yo habría seguido una conducta muy distinta y no puedo sino repetir aquí esta declaración.

La primera noticia del arresto del Gral. Miramón no me fue dada por la ayuda de campo del comandante Dunlop. El conde de Reus había tomado la delantera, pues sentía la necesidad de manifestar la amargura de su corazón. V. E. comprenderá todos los sentimientos que debían agitarlo, ya que sabrá lo que había pasado entre el mariscal Serrano y el nuevo comandante en jefe de la expedición española en México.

Se había anunciado desde Madrid mismo al capitán general de Cuba, la llegada próxima a La Habana del Gral. Miramón, embarcado bajo un nombre supuesto, a bordo de un barco español. El mariscal Serrano había dado orden de arrestarlo desde el momento en que el barco llegara al puerto. Pero el aviso que había llegado desde Madrid no era

sino una falsa indicación. Miramón no llegó sino más tarde y no trató de ninguna manera de ocultar su identidad.

El Gral. Prim se encontraba entonces en La Habana. El mariscal Serrano le preguntó cuál debería ser su conducta con respecto al turbulento personaje al que había tenido primero la intención de arrestar.

Ninguna absolutamente, le respondió el Gral. Prim. Déjelo tranquilo. Pero ¿si él quiere ir a México? Pues bien, dele un pasaporte. Déjelos ir a todos, a todos, entiéndalo usted bien.

El Gral. Miramón partió en efecto de La Habana para Veracruz, bajo el nombre de don Manuel Fernández, con un pasaporte firmado por el capitán general de la isla de Cuba y, apenas llegado a las aguas de México, se vio hecho prisionero. Es seguramente un grave fracaso para el Gral. Prim y lo digo en voz alta; lo que condeno en la conducta de los plenipotenciarios ingleses no es tanto el odio tenaz del que han dado prueba frente a un exilado, sino la poca consideración que han mostrado hacia un colega que había hecho todo para merecerla de su parte.

En La Habana se acepta el rumor de que el Gral. Prim persigue aquí un proyecto quimérico. Yo osaré decir que este rumor no carece de fundamento, pues diversas circunstancias tienden a confirmarlo.

Lo que debo afirmar es que, sin el Gral. Prim, la guerra ya habría sido declarada. Ella nos hubiese sorprendido antes de que nosotros estuviésemos preparados y muy ciertamente antes de que las bandas reaccionarias pudiesen sernos de alguna utilidad.

No es necesario, ciertamente, que la expedición aliada se efectúe en provecho del gobierno de Juárez, pero tampoco es necesario y esto me parece un punto esencial, que se vuelva una expedición ruinosa para nuestras finanzas.

Estoy seriamente preocupado de lo que costará el mantenimiento de nuestro pequeño cuerpo de ejército. Si no temiera contrariar los fines del gobierno, hubiera enviado ya a Francia las cuatro fragatas que forman parte de mi división. Un escuadrón de cazadores me sería más útil que esta fuerza naval, para la cual no encuentro en este momento ninguna ocupación. El navío *Massena* y seis o siete buques ligeros me parece

deben constituir, en el golfo de México, una estación suficiente siempre que no ocurrieran disentimientos graves con Inglaterra.

Yo no desespero en absoluto de hacer prevalecer en México nuestro pensamiento y de llevar al Gral. Prim mismo a prestarnos su concurso. Lo que pido al gobierno del emperador es que tenga paciencia. Yo represento aquí, poco a poco, un papel individual y muy importante.

Todas las faltas cometidas por mis colegas, serán, estoy seguro, de provecho nuestro, pero sería un gran error creer que se pueda actuar bruscamente en los ánimos y conseguir, por una marcha rápida, una solución. Las marchas rápidas son imposibles en México con un ejército europeo.

Los convoyes de mercancías emplean 30 días para trasladarse de Veracruz a México. Esta sola noticia puede hacer juzgar sobre la lentitud que se debe imponer a los movimientos de una fuerza cualquiera, a la cual hay que distribuir las raciones de manera regular.

El Gral. Prim se vio obligado a enviar 600 enfermos a La Habana. Nuestro pequeño cuerpo ha sufrido menos. Sin embargo, me indican que, en Veracruz y en el campamento de Tejería, se han declarado numerosos casos de fiebre palúdica. Antes de llegar a Jalapa no habrá que hacerse ilusiones de acampar en posiciones completamente salubres.

Acabo de llevar a tres leguas adelante de Tejería, al pueblo de San Juan, a los dos únicos batallones del cuerpo expedicionario que están provistos de sus objetos de campamento.

Nosotros hemos ganado así cerca de cuatro marchas a los españoles que serán obligados a llevar sus tropas de Medellín a Veracruz para dirigir las por un camino que recorrí ayer a través de arenas movedizas. Si nosotros marchamos pacíficamente hacia el interior de México, el Gral. Prim tomará probablemente con su cuerpo de ejército la ruta de Orizaba, en tanto que yo seguiría la de Jalapa. Si, por el contrario, nos es necesario rechazar a las tropas mexicanas frente a nosotros y quitarles sus posiciones, debemos resignarnos a marchar juntos. No oculto la molestia que puede causarme el Gral. Prim, pero es un temperamento abierto, fácil y no sé si haya otro general español con el cual me entendiera mejor.

Es muy cierto que el día en que nosotros tomáramos parte en la guerra civil, encontraríamos en hombres y aprovisionamientos recursos que nosotros no tenemos todavía.

Solamente me parece que es muy grave unirse a la causa de un partido cuando no se ha confirmado que este partido no será, al menos en sus pretensiones excesivas, condenado a una derrota inevitable. V. E. no deberá temer que me falte resolución cuando haya estudiado mi terreno pero, para reconocer la confianza que el gobierno del emperador ha querido poner en mi prudencia, no debo comprometer con ninguna acción irreflexiva, ni la bandera, ni las finanzas de Francia. Cuento con el tiempo como el mejor auxiliar ya que nosotros tenemos sólo como fin la realización de una idea justa y desinteresada. Esta idea deberá tener éxito y no puede lograrse sino lentamente.

Será necesario que las otras combinaciones fracasen antes de que la nuestra no tenga alguna posibilidad de ser acogida.

Nuestra campaña, como yo la concibo, no durará menos de un año. Quisiera que el gobierno del emperador no se hiciera ninguna ilusión al respecto y que diese desde hoy las disposiciones necesarias para asegurar el reclutamiento de nuestro pequeño cuerpo de ejército que no tardará en verse considerablemente reducido por las marchas y por los campamentos. Sin duda se hubiese podido prometer un resultado más rápido y más favorable si el ejército español hubiese sido constituido para otra cosa que para la ocupación de Veracruz y si las bandas reaccionarias hubiesen presentado la mínima consistencia pero, en la situación en que nosotros las hemos encontrado, considero como una circunstancia feliz la política seguida por el Gral. Prim.

Es esta política la que nos ha dado la oportunidad de organizarnos un poco, sin que nuestra inacción pueda reanimar la confianza de los mexicanos y darles los medios de apelar al sentimiento de su nacionalidad.

Ayer tarde recibí el despacho de V. E. de fecha 30 de noviembre; me sujetaré escrupulosamente a las instrucciones que contiene. Si la pretensión de Estados Unidos de interponerse entre nosotros y México

viniese a efectuarse bajo una forma cualquiera, me apresuraré a declinarla.

E. Jurien de la Gravière

DE LA GRAVIÈRE CALUMNIA AL GOBIERNO DE JUÁREZ

Veracruz, 29 de enero de 1862

Sr. Edouard Antoine Thouvenel
Ministro de Relaciones Exteriores de Francia

Tengo el honor de transmitir a V. E. la lista de los pasajeros mexicanos que se encontraban a bordo del barco inglés en que llegó el Gral. Miramón. Se dejó a estos pasajeros descender libremente a tierra y no creo que se haya puesto el más mínimo obstáculo a sus movimientos posteriores. El arresto del Gral. Miramón ha conservado así el carácter de venganza personal que los representantes de S. M. B. habían tenido interés en darle.

Es esto precisamente lo que me parece vuelve más lamentable aún el acto violento que nosotros tratamos en vano de prevenir. En un asunto tan grave como el que nos ocupa, parecía que los ingleses habrían podido dar tregua un instante a sus rencores y considerar las cosas desde un plano más elevado, pero esta pretensión de arreglar ante todo sus propios asuntos sin ocuparse de las consecuencias que puedan resultar, indica suficientemente el espíritu que los animará siempre en nuestras deliberaciones. También opino que debemos deliberar lo menos posible en el futuro.

Ayer tuvimos una nueva conferencia. Era inevitable. Se trataba de tomar conocimiento de la respuesta a la nota colectiva que dirigimos al gobierno mexicano, respuesta que acababan de traernos nuestros delegados. La sesión fue fría y embarazosa. No se hizo ninguna alusión al incidente que nos preocupaba a todos.

Los representantes ingleses esperaban de nuestra parte, estoy seguro, algunas observaciones a las que ellos pensaban dar insensiblemente la apariencia de una aprobación.

Nosotros quisimos dejarles toda la responsabilidad de su acción. En mi opinión, es un lamentable triunfo el que acaban de obtener.

Al exponer la situación del Gral. Prim dirigiendo el más grave ataque a su consideración, ellos se privaron gratuitamente de la ayuda de un aliado benévolo y, en cuanto a nosotros, nos devolvieron toda nuestra libertad de acción.

Nosotros aplazamos hasta después de la salida del correo el examen de la respuesta dada a nuestra nota por el gobierno mexicano. Sin embargo, desde el presente, estamos de acuerdo en la necesidad de no modificar en nada nuestras primeras resoluciones.

Cuando nuestras tropas estén listas nos pondremos en marcha, sin tener en cuenta el lenguaje ambiguo de los ministros del presidente Juárez.

Yo expresé que, por mi parte, estaba decidido a llevar adelante los únicos dos batallones de que podía disponer y que marcharía así con los que quisieran seguirme.

En esta ocasión examinamos lo que convendría hacer cuando hayamos retirado nuestras tropas de Veracruz. Se convino que el castillo de San Juan de Ulúa sería custodiado por 50 marinos y soldados suministrados alternativamente por las tres naciones y que la guarnición de la ciudad se compondría de 300 hombres escogidos entre la tripulación de las tres escuadras.

El comodoro Dunlop nos anunció que tres navíos ingleses acababan de llegar a las Bermudas y sir Charles Wyke nos preguntó si era cierto que cuatro batallones estaban a punto de embarcarse en La Habana para venir a reforzar el ejército español de México. El Gral. Prim, respondió que, en efecto, estas tropas estaban listas, para partir pero que él no las pediría sino hasta que fuera imposible evitar las hostilidades. Agregó que, en este caso, le serían enviados nuevos batallones que vendrían directamente de España. Una comunicación o mejor dicho una confidencia más importante nos fue hecha a este

respecto por sir Charles Wyke. El plenipotenciario de S. M. B. nos informó que había sido solicitado por el gobierno del presidente Juárez el protectorado exclusivo de Inglaterra pero que, en presencia de la convención del 31 de octubre, tuvo que responder que esta petición venía demasiado tarde y que Inglaterra no podía aceptar el papel aislado que se le ofrecía.

E. Jurien de la Gravière

DE LA FUENTE ESTA DESORIENTADO EN FRANCIA

París, enero 28 de 1862

Sr. licenciado don Matías Romero
(Washington)

Mi bueno y muy estimado amigo:

Yo suplico a usted lea, si puede, esa nota colosal y los recortes impresos que van unidos a ella, para que se haga cargo de la situación en que están por este rumbo nuestras cosas y de mi posición personal. Cuando usted remita al gobierno ese paquete, suplico a usted le diga que el mentís publicado hoy en algunos diarios contra la noticia de la candidatura favorable al archiduque Maximiliano sólo tiene una explicación y consiste en que este príncipe ha rehusado el honor que se le dispensaba.

Ignoro, amigo mío, si lo voluminoso de ese paquete le permitirá a usted pedir a ese señor ministro de Relaciones la gracia de mandarlo en su correspondencia para el Sr. Corwin. En tal caso, usted podrá reservar para otra ocasión el todo o parte de los impresos. Verá usted por mi nota que este Sr. Dayton se ha negado a enviar bajo el sello de su legación mi correspondencia. Hubiera yo podido ver al ministro del Perú, ya que ahora tiene su gobierno un representante en México, pero habiéndose publicado en París las ofertas que los peruanos acaban de hacernos, no sin excitar la reprobación de los diarios del retroceso, he temido que el sello de ese ministro no fuera bastante para asegurar mi correspondencia. La que mandé por noviembre debe haber caído en manos de los españoles; lo siento y no por mí. En resolución, amigo mío, no me ha quedado más conducto que el muy estimable de usted y los que usted mismo pueda procurarse. Dentro de tres o cuatro días volveré a escribir a usted. No piense usted en los 200 pesos. Probablemente me iré a Nueva

York, es decir a Washington; entonces tendré el gusto de abrazar a usted y tendrá usted tiempo sobrado para arreglar conmigo esta friolera. Ya me aturden las noticias mexicanas estos diaristas y yo no tengo ningunas. Escribiré a usted con la debida oportunidad si pienso hacer el viaje a los Estados Unidos.

Adiós, tal vez no está lejos el día en que nos veamos; entretanto, soy como siempre de usted afectísimo amigo y seguro servidor q. b. s. m.

Juan Antonio de la Fuente

P. S.

Me acaban de entregar su favorecida carta de fecha 18 del corriente. Apenas puedo decir acerca de ella y de la nota oficial a que vino adjunta, unas cuantas palabras. Aquí se había publicado que el Sr. Juárez había sido investido de facultades extraordinarias por el Congreso. Si el Sr. Doblado ha entrado al poder, habrá sido como presidente de la Corte y quizá el Sr. Juárez se habrá retirado con licencia.

Puede ser que el gobierno de Washington, mirando ahora sin embozo ya el plan de una monarquía extranjera en México, se decida a prestarnos dinero.

El pasaje del discurso del trono sobre los Estados Unidos, no es, como usted verá, muy favorable para aquella potencia. Los derechos de los neutros suponen dos beligerantes, que no es el caso de los Estados Unidos y los separatistas y, por otra parte, entre aquellos derechos está el comercio, excepto cuando haya bloqueo suficiente, que es otro punto en que la América se niega con justicia a aceptar los principios de Europa.

SE DECLARA EN ESTADO DE SITIO AL ESTADO DE COLIMA

El ciudadano Presidente de la República se ha servido dirigirme el decreto que sigue:

Benito Juárez, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, a sus habitantes, sabed:

Que, en atención a las circunstancias en que se encuentra la República y usando de las omnímodas facultades de que me hallo investido, he tenido a bien decretar lo siguiente:

Artículo único. —Se declara al estado de Colima en estado de sitio; en consecuencia, la autoridad nombrada al efecto por el supremo gobierno de la unión, reasumirá desde luego los mandos político y militar de dicho estado.

Por tanto, mando se imprima, publique, circule y observe. Palacio nacional de México, a 28 de enero de 1862.

Benito Juárez

Al ciudadano Manuel Doblado, ministro de Relaciones y Gobernación.

Y lo comunico a usted para su inteligencia y fines consiguientes. Libertad y reforma, México, etc.

(Manuel) Doblado

LOS PLENIPOTENCIARIOS NO SE PONEN DE ACUERDO SOBRE LAS RECLAMACIONES

(Excmo. señor primer secretario de Estado)

(Madrid)

Excmo. señor:

M.S.M. —Según tuve la honra de manifestar a V. E. en mi despacho número dos, no fue posible pasar al ministro de Relaciones Exteriores el *ultimátum* de cada una de las tres naciones aliadas, ni hemos podido sus representantes ponernos de acuerdo en las conferencias posteriores sobre las reclamaciones que se han de presentar al gobierno mexicano.

Sir Charles Wyke y yo hemos formado gran empeño en presentar desde luego las exigencias que se fundan en tratados y convenciones dejando para más adelante la presentación de las demás, pero, habiéndose opuesto Mr. de Saligny, al fin hemos decidido enviar a los tres gobiernos las listas de reclamaciones de todos para que tengan de ellas conocimiento y puedan, si lo consideran conveniente, modificar las primitivas instrucciones.

Si ha de haber perfecta solidaridad entre las tres naciones y si le ha de prestar mutuo apoyo, sin que cada una examine la validez de las reclamaciones de las demás, tendremos, tal vez, que hacernos partícipes de alguna injusticia.

Si cada cual ha de presentar sólo sus demandas, sin cuidarse de las de los demás gobiernos, podría España verse en la mala posición de tener que defender sola su querella, pues no es difícil que se presente el caso de que la Francia y la Inglaterra, viendo que el gobierno español se niega a apoyar sus reclamaciones, cedan a las instancias que ya han hecho las autoridades mexicanas a sus representantes para que se presten a un arreglo en que queden excluidas las reclamaciones españolas, lo cual

crearía al gobierno de S. M. una situación altamente difícil, puesto que una vez entablada la demanda, el decoro nacional exige que se lleve adelante hasta su término, lo cual no podría hacerse sin elementos de guerra muy y muy superiores a los que hoy tengo a mi disposición.

Contra los franceses y los ingleses no hay en este país los odios y rencores que hay contra los españoles y estos malos sentimientos, por innmerecidos que sean, no son menos profundos y arraigados; es indispensable por lo tanto, que no haya separación entre las tres naciones y que se siga trabajando mancomunadamente hasta lograr el desenlace satisfactorio de sus cuestiones con México; para ello creo conveniente que V. E., fiándose en mi criterio y en mi firme resolución de seguir siempre las inspiraciones del más puro patriotismo, me otorgue más amplios poderes, más latitud de acción en sus nuevas instrucciones. Ya desde el primer paso nos hemos visto inevitablemente obligados a separarnos de las órdenes de nuestros gobiernos; si en lo sucesivo no se nos autoriza para resolver por nosotros mismos cuestiones de igual gravedad, nos veremos en el caso de perder un tiempo precioso en frecuentes y dilatadas consultas a los gobiernos respectivos.

V. E. se dignará comunicarme lo que decida en vista de estas observaciones, hijas de mi celo por el brillo y buen nombre de la patria y de mi deseo de no crear una situación que, en el estado actual de Europa, pudiera ser perjudicial a los planes del gobierno de S. M.

Dios guarde a V. E. muchos años.

Veracruz, 27 de enero de 1862.

(Juan) Prim

PRIM RELATA SU MEDIACIÓN EN EL ASUNTO DE MIRAMÓN

(Excmo. señor primer secretario de Estado)

(Madrid)

Al ministro de Estado:

En la quinta conferencia que tuvo lugar el día 25, manifestaron, los plenipotenciarios británicos que, habiendo tenido noticia de que el ex-presidente Miramón estaba a punto de llegar a este puerto, se creían en el deber de declarar que no permitirán el desembarco de una persona que tan violentamente había ultrajado a la Gran Bretaña, atropellando la legación inglesa en México para extraer los fondos pertenecientes a los tenedores de bonos.

Esta declaración dio lugar a una discusión tan larga y tan vigorosamente sostenida entre los representantes de Francia y de Inglaterra, que al fin de la sesión resolvimos que no figurasen en el acta.

Por mi parte traté de mediar y restablecer la armonía entre mis colegas; hice presente a sir Charles Wyke y al comodoro Dunlop, que nuestra misión en México no era prestar apoyo ni dar preferencia a un partido más bien que a otro y que el acto de negar a Miramón la entrada en México, haría caer sobre nosotros la nota de parciales.

Ninguna reflexión bastó y, al cabo, tuvimos que convenir en que yo suplicaría a la autoridad superior de Cuba, que aconseje a aquel personaje que no intente penetrar en la República por este puerto.

Al mismo tiempo se convino que, en el caso probable de que Miramón venga en el paquete inglés, el jefe de la marina inglesa, bajo su responsabilidad y sin participación alguna de los plenipotenciarios de España y de Francia, en este acto, dé orden para que se le detenga a bordo y se le obligue a regresar a La Habana.

Llegó, en efecto, el ex-presidente en el vapor *Avon*, ayer a las seis de la tarde y, antes que fondease el buque, atracó a él un bote con fuerza inglesa mandada por un oficial —inglés— quien, informado de que se hallaba Miramón a bordo, le trasladó a una fragata de guerra inglesa. Como en este acto se han excedido los plenipotenciarios británicos de lo tratado y convenido en conferencia, no ha podido el suceso menos de hacernos muy mal efecto a los representantes de España y Francia pero, deseoso siempre de que no haya cisma entre los aliados, he hecho poderosos esfuerzos para calmar la profunda irritación que esto ha causado al almirante Jurien y a Mr. de Saligny.

El hecho no me ha sido a mi menos desagradable que a dichos señores y, en una reunión provocada al efecto, he dado a conocer a mis colegas de Inglaterra que sólo el deseo de ocultar a los ojos del gobierno mexicano hasta la apariencia de discordia entre nosotros, nos movía a abstenernos de protestar de una manera solemne contra tal conducta.

La situación no puede ser más ardua y complicada, pobre para mí que tengo que desempeñar la difícil tarea de conciliador entre dos naciones rivales, cuyos representantes no se hallan muy de acuerdo en el fondo de algunas cuestiones.

Hasta hoy he logrado conjurar la tempestad, pero no puedo responder que nuestros aliados, movidos por intereses opuestos, sigan hasta el fin atendiendo a mi voz conciliadora, disimulando su antagonismo y caminando unidos al mismo objeto.

Hoy ha salido para Tampico el vapor inglés y, a su regreso, volverá a ser puesto a bordo el ex-presidente Miramón con destino a La Habana.

Es de presumir que desde allí busque otro medio más seguro de penetrar en la República; si insiste en venir de nuevo a este puerto se repetirá la misma escena y tal vez no salga tan bien librado de su segunda tentativa, pues los ingleses le tienen una invencible antipatía y están resueltos a no ver en él al hombre político más o menos influyente, sino al malhechor vulgar que ha violado los sellos ingleses y ultrajado a la Gran Bretaña.

Dios, etc.

Veracruz, 28 de enero de 1862.

(Juan) Prim

DIFÍCIL MISIÓN DE ZAMACONA

Veracruz, 29 de enero de 1862

Sr. Edouard Antoine de Thouvenel
Ministro de Relaciones Exteriores de Francia

El gobierno mexicano acaba de enviar a Veracruz al Sr. Zamacona, ex ministro de Relaciones Exteriores, encargándole dar a los representantes de las potencias aliadas algunas explicaciones sobre la respuesta oficial dada a su nota colectiva. Esta respuesta, de la cual envió aquí la traducción, nos invita a dirigirnos a Orizaba con una guardia de honor de dos mil hombres y a reembarcar el resto de nuestras tropas.

El gobierno mexicano ha comprendido por sí mismo que tal proposición sería inadmisible y la misión de Zamacona tuvo como mira rogarnos tomáramos en consideración la situación delicada en la cual íbamos a colocarlo frente al país por nuestras exigencias.

Zamacona vino a visitarme. Me bastaron pocas palabras para disipar todas sus dudas sobre nuestra firme intención de ocupar Jalapa de grado o por fuerza.

Si los franceses pudieran ir allí solos, me respondió el enviado del Gral. Doblado, serían recibidos seguramente con los brazos abiertos.

Los ingleses podrían esperar una acogida semejante aunque nuestras simpatías estén ante todo de parte de los franceses, pero es la bandera de España la que despierta en México todas las susceptibilidades naturales. Antes de que se haya comprendido en las provincias el carácter de la intervención europea, el gobierno puede verse expuesto a las más graves sospechas, si no pone en sus más mínimas diligencias una circunspección extrema.

No desconozco, le dije, las dificultades del gobierno mexicano, pero nosotros no tenemos precisamente por misión venir en su ayuda; usted no puede haber olvidado que este gobierno nos ha hecho los más serios agravios, que hemos roto nuestras relaciones con él y que el texto mismo de la convención del 31 de octubre califica de arbitraria y vejatoria la conducta de las autoridades de México. También estoy feliz de encontrar la oportunidad de emplear con usted a este respecto, la más absoluta franqueza. Nos hemos resignado a dirigirnos al gobierno de facto que encontramos establecido en México, porque no queremos presentarnos aquí como los agentes de la guerra civil. Sin embargo, sería un grave error de parte del Sr. Juárez y sus ministros, creer que podrán confiscar la intervención europea en su provecho.

Nosotros no venimos a asegurar a Juárez el triunfo de un partido; queremos, por el contrario, conducir a todos los partidos respetables a un terreno donde pudiesen conciliarse. El gobierno actual no tiene otro camino mejor que tomar la iniciativa de una medida política que sería la consecuencia de nuestra expedición.

Es al gobierno al que nos hemos dirigido y es el país el que debe respondernos. ¿Cómo provocar la expresión sincera del voto nacional? ¿Hay que recurrir al sufragio universal o no será mejor reunir en Congreso a todas las notabilidades y pedirles la solución a la penosa lucha en que México se debate desde hace 50 años?

Zamacona, que me había escuchado hasta este momento con una gran atención y sin interrumpirme, me hizo observar entonces que las notabilidades representaban precisamente en México el pasado, cuyo retorno no puede admitir el partido liberal.

Una asamblea semejante, si se hubiera reunido en Francia en el momento de la revolución, no hubiese probablemente decretado, me dijo, sino la confirmación de todos los antiguos abusos. Francia, repliqué a Zamacona, se encontró en la necesidad de realizar una revolución dolorosa porque le faltó la mediación que nosotros les ofrecemos a ustedes para dirigirse por el camino de una revolución pacífica.

No es al partido liberal solamente al que reservamos nuestros consejos. Nosotros los daremos también al partido conservador.

Nosotros diremos a los que han sido despojados, que los hechos, por lamentables que sean, es imposible que se repitan. Haremos sentir a los incitadores la conveniencia de legitimar sus actos por una transacción. En todas partes donde se ha presentado la intervención europea, se ha llegado a un resultado feliz. Grecia y Bélgica le deben su existencia. Yo mismo he sido testigo de todas las agitaciones que habían ocurrido en el primero de estos dos países luego de haber obtenido la independencia nacional y he visto calmarse repentinamente estas disensiones que parecía que iban a ser eternas.

Usted me dijo, Sr. Zamacona, agregué, que tenía dos hijos; no necesito saber más para esperar que me comprenderá más fácilmente que el Sr. Doblado que no los tiene. Una solución inmediata puede bastarle; pero les es necesario un futuro más grande y otras garantías de estabilidad.

30 de enero

Zamacona y el secretario del Gral. (López) Uruga cenaron ayer conmigo. Aproveché esta ocasión para indicarles de nuevo mi programa.

Todos vuestros razonamientos, dije, pueden ser muy especiosos. Ustedes pretenden que México ha sido calumniado, que acaban de ejecutar una importante reforma que ha chocado con muchos intereses y que los desórdenes de que nosotros somos testigos no son sino la consecuencia de una resistencia que se debilita cada día porque tiene en su contra el verdadero sentimiento nacional. Diga de mi parte al Sr. Doblado, que la opinión general está tan sólidamente formada en Europa que si, por azar, usted llegara a convencerme, no ganaría nada. El mundo entero sólo creería una cosa: que he sido vuestra víctima, yo perdería mi crédito y México no habría recobrado el suyo.

Ustedes están, lo repito, profundamente desacreditados. Se está persuadido unánimemente que este país está entregado a la anarquía más deplorable, que el bandolerismo se ejerce con la más completa impunidad, que las administraciones son todas venales, que el sentimiento del honor es casi desconocido y que, fuera de algunos hombres distinguidos, no se encuentra sino una masa inerte, o

individualidades a las que no se les puede conceder ninguna clase de confianza. He ahí vuestro prestigio moral en Europa. Admito que el cuadro es exagerado, pero no dejo de admitir que no hay salvación posible para ustedes sino en el establecimiento de un poder vigoroso que posea la voluntad y los medios de restablecer el orden en las finanzas y en los espíritus. En pocas palabras, hay que hacer que en México, como en todas partes, los buenos se tranquilicen y los malvados tiemblen. Los ejércitos europeos se han empeñado en una empresa de la cual no pueden salir sino con honor. Todo descalabro que les sea infligido, no será sino una complicación más. Nosotros deseamos sinceramente apoyar vuestra obra de reorganización sin verter una sola gota de sangre mexicana.

A vosotros corresponde secundar este deseo pacífico. Suceda lo que suceda, iremos a Jalapa y conduciremos allí a todas nuestras fuerzas. Conviene más a vuestra dignidad otorgarnos una eterna confianza que conservar las sospechas que no cambiarían nada el resultado. Le suplico relate fielmente estas palabras y crea que el lenguaje que he empleado no es otro que el de la verdad y de la razón.

El Dr. Miranda me dio varios informes de gran importancia. El obispo de La Habana le mostró una carta del mariscal (Leopoldo) O'Donnell que contenía estas mismas ideas: "El Gral. Prim ha recibido orden de no comprometerse en la política de México, de sólo prestar su apoyo al partido conservador si éste tuviera alguna posibilidad de éxito, si no, limitarse a garantizar el honor de las armas españolas y los intereses de España, para retirarse lo más pronto posible".

V. E. advertirá que la nota de Doblado no está redactada sin habilidad. Parece seguro que la invitación a dirigirnos a Orizaba con una guardia de honor ha sido sugerida al gobierno mexicano por sir Charles Wyke. Sin embargo, éste no admite que tal ofrecimiento pueda ser aceptado. Él piensa que es un primer paso hacia los fines de conciliación, que se le debe tener en cuenta, pero que conviene exigir más. Es la opinión que expresaba en nuestra última conferencia.

31 de enero

El Sr. Zamacona y el secretario del Gral. (López) Uraga parten de aquí. Ellos me encontraron conferenciando con sir Charles Wyke y aproveché de esta circunstancia para hacerles sentir la necesidad de terminar con sus respuestas ambiguas. Nuestras tropas, le dije, no pueden permanecer encerradas en Veracruz. Nos es igualmente imposible dejarlas acampar en medio de los pantanos.

Estoy, pues, firmemente decidido a salir de esta posición y a ir a buscar en el camino de Jalapa una zona que sea al fin salubre. Usted puede juzgar la necesidad imperiosa que tengo de tomar este partido, por la conducta que ha tenido el señor comodoro inglés. Él no tenía por ejército más que soldados de marina, que sólo habían sido equipados para guarnecer Veracruz. Él declaró desde el primer día que quería ir a Jalapa y que no dejaría diezmar sus tropas por las enfermedades. El gobierno británico debió acusarlo de haber ido más allá de lo que se le había ordenado.

Zamacona me respondió que podía estar tranquilo y estaba seguro de que lograría convencer al gobierno mexicano de que retornara a su primera decisión.

El secretario del Gral. Uraga fue más lejos. Agregó que el general tenía poder para designarnos en el camino de Jalapa un campamento más salubre que el de San Juan y que no dudaba que yo me pudiese entenderme perfectamente con él a este respecto.

Creo poder repetir a V. E. lo que le he dicho ya en diversas ocasiones: que con calma y paciencia terminaremos por llegar a México.

Una vez ahí tomaremos consejo de los acontecimientos.

E. Jurien de la Gravière

PERÚ OFRECE AYUDA A MÉXICO Y ESPAÑA SE MOLESTA

Señor Plenipotenciario, comandante en jefe
del cuerpo expedicionario de México
Excmo. señor:

Con esta fecha digo al ministro plenipotenciario de S. M. en Washington, lo siguiente:

Enterada la reina, nuestra señora, del despacho de V. E., número siete, de 10 del corriente, en el que da cuenta del supuesto nombramiento del Gral. Robles para formar un ministerio en México y de la elección del Sr. Corpancho para representar al Perú en aquella República, S. M. se ha servido resolver se diga a V. E. que el nombramiento de ese representante ha tenido por objeto ofrecer a Juárez la cooperación del Gral. Castilla y que este último había concebido además, la singular idea (de enviar) 6,000 hombres de su pequeño ejército del sur para ayudar a México en su resistencia a España. De real orden lo traslado a V. E. para su conocimiento y a fin de que, si tuviese oportunidad, manifieste al diplomático peruano cuán extraña parece al gobierno de la reina la conducta del presidente Castilla y los graves conflictos que pueden nacer de su persistencia en alentar a los periódicos a dirigir diarios ataques contra España.

Dios guarde a V. E. muchos años. Madrid, 29 de enero de 1862.

Saturnino Calderón Callantes

MIRAMÓN ES APREHENDIDO EN VERACRUZ

Orizaba, enero 29 de 1862

Excmo. Sr. presidente don Benito Juárez
Mi muy apreciable amigo y señor:

Dos cartas de Veracruz traen la noticia de que Miramón, con varios mexicanos, llegaron y fueron presos y reembarcados después. Aún no tengo pormenores, pero esto es cierto y le dará a usted alguna idea de lo que nuestros amigos los reaccionarios deben esperar.

Mañana espero a Echeagaray y daremos algún socorro; por lo demás, vamos como en todo: mal y bien; pero no me satisface lo poco bueno para el mucho mal que hay que remediar.

Creo pronto escribir a usted extensamente con cosas interesantes de Veracruz y, en el ínterin, me repito de usted atento amigo y muy seguro servidor q. b. s. m.

José (López) Uruga

EL HORIZONTE SE NUBLA; LÓPEZ URAGA SE PREPARA

Orizaba, enero 30 de 1862

Sr. presidente don Benito Juárez
Muy señor mío y apreciable amigo:

Pasa el extraordinario que viene de Veracruz y lo aprovecho para saludar a usted.

Carrillo me escribe y, por lo que me dice, vengo en parte en conocimiento de la respuesta que el gobierno dio a los aliados y de la cual no tenía ninguna idea.

Díseme que desagradó la propuesta de desocupar a Veracruz y, con efecto, no podía ser de otra manera; no pueden concedernos aquello a que no podemos obligarlos por la fuerza y no pueden tampoco otorgarnos una humillación que, nosotros en su caso, no concederíamos por nada. Lógicamente juzgando tienen razón.

Veo que el horizonte se nubla, pero estoy preparado y sigo preparándome a todo.

Me dice Carrillo que él y Zamacona estarán aquí pasado mañana y quedo a esperarlos.

Deseo a usted toda felicidad como su afectísimo amigo y seguro servidor q. b. s. m.

José (López) Uruga

Entendiendo yo que ya no aguardarán más y que no habrá más preámbulos, debo creer que obrarán. Por esto me vuelvo inmediatamente a la línea y como mis disposiciones, pues por mi parte no debo esperar tampoco instrucciones de ustedes.

JUÁREZ AVISA A VIDAURRI LA PRISIÓN DE MIRAMÓN

México, enero 30 de 1862

Sr. gobernador don Santiago Vidaurri
Mí estimado amigo:

Llegó el correo del paquete y lo más importante que trae es la noticia de que Miramón al desembarcar en Veracruz fue aprehendido por el almirante inglés y está ahora preso en uno de los buques de guerra.

No ocurre otra cosa soy de usted amigo afectísimo q. b. s. m.

Benito Juárez

[Nota: Carta hológrafa de Juárez]

XXV CONFERENCIA DE ROMERO CON MR. SEWARD

Washington, enero 30 de 1862

Excmo. señor ministro de Relaciones Exteriores
México
Excmo. señor:

Esta mañana recibí una carta del Sr. Corpancho, que aún permanece en Nueva York, en la que me encargaba viera yo a Mr. Seward con el objeto que se expresa en la copia que del párrafo respectivo le remito adjunta. Enseguida ocurri al departamento de Estado e informé a Mr. Seward del asunto, leyéndole la traducción al inglés de dicho párrafo, que llevaba dispuesta y de la que también remito copia. Mr. Seward me pidió la traducción, la leyó de nuevo para sí y me suplicó que se la dejara para dar cuenta con ella al presidente, diciéndome que la resolución de este gobierno sería comunicada al del Perú por conducto del ministro de los Estados Unidos en Lima.

Le pregunté enseguida si había ya mandado al senado el segundo mensaje del presidente sobre el proyecto de tratado de Mr. Corwin y me dijo que había ido el mismo día en que lo vi la última vez —28 del corriente— pero que fue tarde ya para que se diera cuenta con él a aquella Cámara en la sesión del mismo día. Ayer tuvo el senado sesión ejecutiva —*executive session*— y probablemente acordaría pasar el mensaje a la comisión de Relaciones Exteriores que tiene los antecedentes.

Pregunté también a Mr. Seward si había hablado ya con los miembros de la comisión y me respondió que no, porque estaba esperando sus despachos de Europa, que debe traer el vapor del mismo nombre, que pasó anteayer por Halifax y que se espera hoy o mañana en

Nueva York. Los partes telegráficos que mandó dicho vapor son satisfactorios a este gobierno, pues manifiestan que el gobierno inglés había quedado muy complacido con la solución del de los Estados Unidos en el negocio del *Trent*. "Si mis despachos confirman esas noticias", agregó Mr. Seward, "aumentan las probabilidades de que la determinación del senado en los asuntos de México sea favorable". Le encarecí la conveniencia de que viera a los senadores miembros de la comisión para recomendarles el despacho del negocio y me despedí de él.

Han sido cambiados los días en que Mr. Seward recibe al cuerpo diplomático; antes eran los sábados y ahora son los jueves de cada semana.

Reproduzco a usted las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Dios, libertad y reforma.

Matías Romero

DE LA FUENTE ESPERA EN PARÍS Y COMUNICA
IMPORTANTES NOTICIAS

París, enero 31 de 1862

Señor ministro de Relaciones Exteriores
de la República Mexicana

Aunque desde ayer se distribuyó aquí la correspondencia llegada por el último paquete inglés, yo no recibí ni notas, ni cartas, ni periódicos; nada absolutamente. En fin, por resultado de mis más exquisitas diligencias he logrado tan sólo ver las cartas de dos o tres amigos y una tira impresa del *Trait d'Union* y, a no ser por *L'Opinion Nationale* de ayer por la noche, no hubiera visto la proclama del señor presidente en 18 de octubre.

Usted, señor ministro, comprenderá muy lo difícil de mi situación. Ella era bastante dura y extraña, según lo procuré demostrar a usted en mi nota reservada número 18 que tuve el honor de dirigirle por la vía de los Estados Unidos; ella ha venido a ser aún más comprometida, no sólo por la nueva luz que se ha difundido sobre el plan de este gobierno para la intervención política en nuestro país y para levantar allí un trono que habría de ocupar un príncipe extranjero, sino también por el defecto de instrucciones que estoy pidiendo desde el mes de septiembre del año pasado.

Pero los datos escasísimos a que aludí un poco antes, me instruyen del advenimiento de usted al ministerio de Relaciones como jefe del gabinete, por lo cual felicito a usted con todo mi corazón y a mi patria con más vehemencia. Usted puede hacer mucho, señor ministro, en la empresa bien ardua si las hay, de salvar a México en el más rudo conflicto que ha probado después de su independencia; su carácter de usted y su capacidad pueden mostrarse en toda su elevación si, como lo

dicen las cartas que he visto, el congreso nacional ha honrado a usted con un voto de confianza sin limitación y sin reserva. Solamente debo sentir que, por haber violado nuestros enemigos la seguridad que han de haber ofrecido para el pasaje de la correspondencia con dirección al extranjero, yo no haya podido recibir una sola indicación de usted sobre su política en nuestras relaciones exteriores. De esta manera, no me es posible prestarle toda entera mi pobre cooperación.

Aunque el señor presidente me había escrito en fines de noviembre, acabando de recibir mi correspondencia de octubre, que aceptaba el plan propuesto por mí al gobierno de la unión, veo en su proclama, que lo ha modificado mucho, sin duda movido por buenas razones. El plan del gobierno español se presenta en la proclama como una hipótesis y el señor presidente dice que no declara a España la guerra, si bien la nación rechazaría la fuerza con la fuerza, si se empleaba para arrancarle concesiones injustas y humillantes. He dicho y no por mero cumplimiento, que este cambio de resolución en el primer magistrado de la República, debió fundarse en graves consideraciones y acaso usted, señor ministro, en su correspondencia interceptada, me hacía el honor de comunicármelas, no por vía de satisfacción personal, que esto no merecía la pena de ocupar a usted un momento, sino para ponerme en aptitud de conocer bien y seguir con acierto la política del gobierno nacional.

Hay un punto gravísimo, en que la proclama del presidente y mis propias ideas están perfectamente acordes y punto es ese que la nación entera debe resolver con un voto unánime: quiero decir, la aceptación de todas las demandas justas y fundadas y la repulsa de las que fuesen incompatibles con el honor y la soberanía de México. Esta es la base de la verdadera política nacional y, para hacerla real y victoriosa, no debo ni quiero aspirar a que sigan mis indicaciones con exclusión de otras. Mi deber, por el contrario, y mi más vivo deseo, es apoyar ahincadamente las disposiciones del gobierno, en quien mi patria ha librado la sagrada empresa de su salvación. Él posee intenciones tan puras como las mías y mucho más abundantes medios que yo para conocer lo que la opinión general reclama y lo que el estado del país permite hacer.

Tan sincera es, por mi parte, esta manifestación, que sin embargo de no haber recibido ningún despacho del gobierno, me apresuro a obrar con arreglo a las deducciones que he podido hacer, tomando en consideración los datos antes referidos y, así teniendo presente que a pesar del plan de los españoles, ya descubierto y de la invasión misma que acaban de hacernos, la proclama del presidente deja franca la puerta de las negociaciones; considerando, además, que este giro diplomático sin perjuicio de la guerra defensiva en caso necesario, ha sido implícitamente aprobado por el Congreso general, en el hecho de conferir al supremo gobierno facultades amplísimas para celebrar tratados y llevarlos a ejecución, sin el requisito de someterlos a la aprobación del cuerpo Legislativo, yo me dejaré inspirar del mismo espíritu y por él arreglaré todas mis gestiones. Por consecuencia del discurso del emperador y de los documentos diplomáticos que nos conciernen y andan juntos con la exposición sobre el estado del imperio, las circunstancias han cambiado mucho, porque lo que no pasaba de previsiones más, más o menos fundadas, han venido a ser hechos positivos y solemnes. En la nota referida número 18 iba incluso el discurso del emperador entre otras muchas tiras impresas; ahora van los documentos diplomáticos relativos a la cuestión mexicana y todo junto instruirá a usted suficientemente del verdadero espíritu que anima al gobierno francés respecto de nosotros. Desde anoche me he puesto a reflexionar si convendrá dirigirme a los gobiernos de Francia, de España y de Inglaterra; pero usted debe estar seguro de que mi escasa capacidad se ocupa incesantemente en la resolución de este asunto y que nada omitiré para llenar mi deber, sin embargo de que para cumplirlo no tengo la dificultad que nace de los sacrificios, la cual me parece que sabría superar, sino otra mucho mayor, que consiste en la oscuridad que me oculta la línea trazada a mi conducta por el gobierno.

Las intenciones de éste son tan nobles y tan puras, que si logran crédito en los consejos de estos gobiernos, yo no vacilaría en dar por acabado nuestro conflicto. La lástima es que intereses bastardos, poderosos y malévolos, se hayan ligado para mover cielos y tierras contra México; la lástima es que de Inglaterra, es decir, de la potencia más

razonable para nosotros, apenas tengamos que esperar una política de abstinencia respecto a los planes de las otras dos; la lástima es que, cuando España, con violación flagrante del tratado de Londres, se lanzó a una invasión en que debía fracasar, el gobierno del emperador haya tomado a su cargo la dirección de la empresa, rompiendo el velo que la medio encubría y dejando ver de este modo la monarquía extranjera como remate de la triple expedición.

Pero nada de esto debe desalentarnos. Hasta ahora se habla de intervención política y de monarquía como de una mera eventualidad, como de una petición que es posible sea hecha por personas influyentes en la nación y que, en tal caso, sería recibida con placer, acalorada y favorecida con todo el apoyo moral de los agentes políticos y militares del emperador. De verdad que se descubre en estas salvedades, en estos rodeos, una refinada hipocresía y nadie habrá que, a la vuelta de esos vanos circunloquios no distinga que la posibilidad es un designio firme y anticipado, la parte accidental y secundaria en las instrucciones, un punto de mira principal y, por último, la protección de un partido monárquico diseminado en el país, un llamamiento solemne para hacerlo formar o para suponerlo, aunque no exista, como de verdad sucede. Todo esto es innegable y, junto con las negociaciones del gobierno francés, relativamente al príncipe Maximiliano, debe ser para nosotros una voz alerta, para no dejarnos engañar ni sorprender; pero también esas formas de respeto a la voluntad nacional están preparando un abandono natural y honroso del plan de monarquía, si nosotros nos empeñamos en rechazarlo por la vía de la diplomacia y por la fuerza, cuando el caso llegare.

Que el supremo gobierno cumpla su programa; que acceda a las demandas justificadas y rechace las otras que no lo fueren; que publique sin demora sus concesiones y sus repulsas; eso será bastante para nuestro honor y para la salvación también, porque si los aliados insisten en hacernos aceptar por la fuerza lo que fuere indebido, no dudo un instante que, tropas aguerridas en cuatro años de batallas y poseídas del más puro y ardiente patriotismo, llenen dignamente la expectación del gobierno y de todo el país. Una cosa debo agregar y es que, si las tropas aliadas o cualquiera parte de ellas, llegan a internarse en el país y más que todo si

ocupan la capital, como lo sugieren las instrucciones adjuntas trasmitidas por el gobierno del emperador a sus agentes, sólo debemos esperar un monarca extranjero, el cual tendríamos que combatir largos años con las peores condiciones del mundo, porque no cabe duda que sería protegido por Francia y España o por Francia sola, que es lo mismo.

Y, por el contrario, si nosotros después de conceder a las potencias aliadas todo lo que en justicia y equidad podían pedirnos, rechazamos sus pretensiones exageradas y tomamos una actitud respetable por nuestra política y por nuestros ejércitos, me parece, como mil veces he tenido la honra de decirlo al supremo gobierno, que reflexionarían mucho los aliados antes de resolverse a la guerra y que si nos la hicieran, no obstante su falta de razón, mirarían levantarse presto en Europa una opinión demasiado vigorosa contra esas hostilidades; el emperador mismo no podría contrariarla con suceso; digo más, no se empeñaría en combatirla, porque sabe que en ella se cifra toda su fuerza y porque tendría una prueba perentoria de que no pasaban de sueños dorados de la reacción, la debilidad de nuestro gobierno, la disolución de nuestra sociedad y la existencia en un país de un partido que algo signifique en favor de la monarquía extranjera.

Por otra parte, hay un gran déficit en el presupuesto y no sería popular aumentarlo con el envío de fuerzas considerables, a un país tan remoto y alzado todo entero contra una invasión injustificable; hay también la frialdad y principio de disgusto de Inglaterra con las potencias sus nuevas aliadas que comienza a revelarse en los periódicos de que mando algunas tiras y, por último y si algo valen, la obstinación del Papa, su reciente desaire al gobierno francés y la exaltación de los ánimos en Austria y en Italia, la paz de Europa no da señales de durar más allá de la primavera.

Y ya desde ahora, el entusiasmo de la nación, la milagrosa transformación del partido antes alzado contra el gobierno en auxiliar de los defensores de la patria; en fin, la proclama tan noble y enérgica del presidente; una vida tan vigorosa y tan pura en un pueblo, que la reacción pintaba yaciendo en el lecho de muerte por su enorme corrupción; todo esto ha excitado las simpatías del partido liberal en Francia. Yo recuerdo

haberlo dicho al supremo gobierno: una disposición conveniente en estas circunstancias sería el principio de nuestra vida en el interior y de nuestro buen nombre en el extranjero; esa actitud servirá para la paz, pues nos permitirá obtenerla con buenas condiciones y sería igualmente útil para la guerra, si a ella fuésemos provocados, porque la haríamos entonces dignamente y, en último caso, si no lográsemos vencer, no sucumbiríamos sin gloria.

Las instrucciones del gobierno francés a La Gravière, vienen a dar una nueva confirmación a lo que tuve la honra de decir en mis notas de octubre, a saber que, por entre las tinieblas de que este gobierno se rodeaba, traslucía ya su odio al gobierno actual de México y que cualesquiera que fuesen las seguridades que a los Estados Unidos diera esta corte sobre su abstinencia de toda intervención política, yo tenía por cierto que sus instrucciones autorizarían a sus representantes para que fuesen tan lejos como lo permitieran las circunstancias.

Dáse por seguro que el príncipe Maximiliano acepta la corona de México, o por lo menos ofrece tomar este negocio en seria consideración, si las potencias aliadas mantienen tropas allá por 10 años, según unos y por cinco según otros; esta noticia ha hecho subir los fondos mexicanos en Londres, como lo dice una de las tiras adjuntas. La candidatura del conde de Flandes, parece abandonada por ahora; mas, ya he dicho en mi nota anterior que tales cambios y negativas eran puros accidentes, que ni alteran el plan de estos señores, ni impedirían que se llevasen a ejecución, eligiendo, en caso dado, un príncipe cualquiera.

Al considerar el giro de la opinión general en nuestro favor, no creo difícil que algunos miembros notables de este parlamento y del inglés, tomen la palabra en contra de la proyectada intervención.

Aquí se teme mucho al clima insalubre de nuestras costas y eso se revela en las instrucciones del gobierno francés, de manera que si pudiésemos detener por dos meses a los invasores en nuestras tierras bajas, nos salvaríamos definitivamente.

En mi nota anterior tuve la honra de decir a usted que tenía pensado irme a los Estados Unidos, si no recibía instrucciones que pudiese llevar a cabo. He cambiado de parecer y determino quedarme

todavía en París, hasta fines de febrero, con el objeto de ver si usted logra, por lo menos, entrar en negociaciones con los representantes de los aliados. Pero mucho me temo que las hostilidades comiencen por el ataque a Tampico, puesto que, según las cartas que he leído, se prepara la defensa de aquel puerto que es uno de los designados para la ocupación. Una vez rota la guerra, será imposible permanecer en París y tal vez ni en Londres.

Al firmar este despacho, he recibido sin saber de quién, porque su enviado no lo ha dicho al portero, un pliego que contiene el tratado con Bélgica. El señor oficial mayor de ese ministerio me anuncia que por diferente conducto recibiré el poder y credenciales respectivas. Nada de esto ha llegado a mi poder y siento no poder aprovechar el excelente medio de comunicación por donde vino el tratado.

Esta nota va por conducto de nuestro encargado de Negocios en Washington. Si algo nuevo ocurriese, tendré el honor de comunicarlo a usted por la vía del paquete inglés.

Sírvase usted aceptar las sinceras protestas de mi más distinguida consideración.

Juan Antonio de la Fuente

DETALLADO INFORME DEL OFICIAL FRANCÉS QUE VIAJÓ A
MÉXICO CON LA COMISIÓN QUE LLEVÓ LA NOTA DE LOS
ALIADOS

Cuartel general en Veracruz, 31 de enero de 1862

Sr. vicealmirante E. Jurien de la Gravière

Usted me designó para llevar a México la nota que los plenipotenciarios de Francia, Inglaterra y España dirigen al Presidente de la República Mexicana. Por otra parte, el brigadier español Milans y el capitán de navío (Eduardo) Tatham de la marina inglesa, recibieron también de sus jefes la misma misión.

Los tres deberíamos ir acompañados por una ayuda de campo y con vuestra autorización escogí al aspirante de marina De Fils James, con cuyo concurso sabía que podía contar en todas las circunstancias.

Vuestras instrucciones me indicaban que, después de haber remitido oficialmente al presidente Juárez la nota de que éramos portadores, diera particularmente las explicaciones que me fueran pedidas concernientes a las intenciones de las potencias aliadas, es decir, explicar francamente que la intervención perseguía una acción leal, conciliadora, desinteresada; además, de proclamar en alta voz a todos, que nosotros deseamos unir los partidos, hacer cesar las discusiones que conducen a la ruina a uno de los países más favorecidos del continente. En una palabra, hacerles saber que nosotros veníamos, según la expresión textual de la nota de los plenipotenciarios, para ser testigos y, en caso dado, protectores de la regeneración de México.

De regreso de nuestro viaje tengo el honor de darle cuenta del cumplimiento de vuestras órdenes, de hacerle algunas observaciones sobre la situación en que encontré al país, las probabilidades que

podrían asegurar el éxito de la intervención y los obstáculos que puede encontrar; en fin, almirante, deseo comunicarle todos los informes que me han parecido son para usted de algún interés.

Nuestro viaje a la capital se realizó tan rápidamente como fue posible y con la mayor seguridad, gracias a las órdenes severas dadas por el gobierno para despejar todos los puntos peligrosos del camino. Por lo demás, fuimos acogidos por las autoridades con la mayor deferencia y por las poblaciones con un sentimiento no carente de ansiedad sobre la naturaleza de nuestra misión. Los dos personajes influyentes con los que mantuve relaciones en el trayecto de Veracruz a México fueron el Gral. (López) Uraga, comandante en jefe del estado de Veracruz y el Gral. (José María González de) Mendoza, jefe político del estado de Puebla.

Me interesé, al platicar con ellos, en hacerles comprender el espíritu de conciliación que contenían las peticiones plenipotenciarias y el beneficio que podría tener el país al aceptar francamente una intervención sin la cual no habría para él salvación. El honor recaería sobre aquellos hombres, colocados al frente de los negocios, siempre que, haciendo a un lado sus pasiones personales, ayudaran lealmente a las potencias europeas en esta gran obra de fusión y de regeneración. Mis palabras fueron bien acogidas, pero con esa cortesía que caracteriza en el más alto grado el espíritu mexicano, cortesía solamente de fórmula y bajo la cual se disimula mal un sentimiento de falsedad casi general. Además, me fue fácil ver que los hombres a los que me dirigía estaban bajo la influencia de una gran preocupación, la de saber no la forma como el país se beneficiaría con una intervención, sino lo que una intervención podría personalmente reportarles.

Estas cortas visitas a San Juan, cuartel del Gral. (López) Uraga y a Puebla, residencia del gobernador (González de) Mendoza, me pusieron en condiciones de averiguar, desde el principio, si mis colegas y yo habíamos recibido oficialmente la misma misión o si nosotros no la comprendíamos de la misma manera, o cada uno de nosotros había recibido instrucciones particulares. El brigadier Milans no nos ha ocultado, en ningún momento, sus simpatías por el partido liberal, colmando de invectivas a menudo impertinentes a los sacerdotes, al

partido conservador y sobre todo a los españoles que se habían opuesto al gobierno de Juárez; el régimen republicano, según él, significa para México, como para otras partes, el gobierno del futuro.

Sin querer entrar en discusiones políticas que me parecían inconvenientes, expresé francamente una opinión contraria, mi deseo de ver dentro de poco desaparecer en México todos los nombres de partidos y a todos los mexicanos unidos bajo la misma bandera, defendiendo las mismas instituciones y la misma religión. Agregué que tal era el fin de nuestra intervención, que tal era el pensamiento de Francia y que tenía razones para suponer que tal era el pensamiento de las tres potencias aliadas. Mi colega de Inglaterra, que se había conmovido como yo por estos razonamientos, se puso de acuerdo conmigo en dejar al brigadier español el cuidado de remitir la nota de los plenipotenciarios para determinar anticipadamente las palabras que deberían ser pronunciadas.

Más que en cualquier otro lado, nuestra llegada era esperada en México con la mayor impaciencia y el gentío era tal en los alrededores del hotel donde llega la diligencia, que con gran dificultad nos fue posible conseguir habitación.

Al día siguiente, después de haber obtenido audiencia, entregamos al Presidente de la República el pliego que se nos había confiado, rogándole que después de tomar conocimiento de él nos remitiera, cuando lo juzgara conveniente, una respuesta que nosotros teníamos la firme esperanza estaría de acuerdo con las leales intenciones de los aliados. Después de esta visita, nos dirigimos a casa del ministro de Estado, Sr. Doblado, quien, como el presidente, nos recibió con la mayor cortesía.

Aquí concluía la parte oficial de nuestra misión. Nosotros no teníamos más que esperar la respuesta del presidente, y actuar cada uno, por nuestra parte, según las instrucciones particulares.

Mi primera visita fue para Doblado, quien dirige en estos momentos todos los negocios de la República. Inteligente, capaz, pero muy falso y ambicioso, Doblado no espera nada menos que derribar en provecho propio al presidente Juárez. Sin embargo, yo creo que está

dispuesto a unirse a la intervención extranjera si puede sacar de ella un verdadero beneficio personal.

Trataré, almirante, de referirle textualmente las palabras que le dirigí a Doblado: "Tuve que verlo, señor ministro, en particular, para exponerle francamente las intenciones que han inspirado la nota de los plenipotenciarios; usted habrá debido ver al leer esta nota cuán leales eran estas intenciones y cuál era el papel que venían a representar en México las potencias aliadas. En este momento pedimos un campamento salubre para nuestras tropas durante las conferencias que van a realizarse. Yo no puedo ocultarle que cualquiera que sea la respuesta de vuestro gobierno, nosotros avanzaremos hacia el interior y, ponga atención, estas palabras no son una amenaza, son la prueba de una franqueza leal. Nuestra posición es excepcional, es muy fuerte, yo puedo decirlo, es de las que no pueden cambiar y contra la que vendrían a fracasar los argumentos de la diplomacia. Habiendo llevado a cabo el desembarco de tropas, éstas no pueden permanecer acampadas en un terreno insalubre, es deber de los que las comandan apartarlas rápidamente de las molestias del clima tropical y no esperar la llegada de la fiebre amarilla.

“Nosotros partimos pues, incitados por la fuerza de las cosas pero, en el momento de salir, venimos como militantes a pedirle que nuestra marcha sea pacífica, a rogarle que evite un derramamiento de sangre que no puede sino complicar una situación ya bastante tensa. Responda a ello estrechando lealmente la mano amiga que nosotros le tendemos y no asuma la grave responsabilidad de un encuentro que podría acarrear las más funestas consecuencias. Cualquiera que sea el resultado del choque entre nuestras tropas y las mexicanas, nadie puede prever los acontecimientos que traerá consigo.”

“Nuestros soldados son poco numerosos, vuestros periódicos lo repiten cada día, pero Francia, que nos ha enviado, está detrás y sabemos que nos seguirá por todas partes. En fin, señor ministro, nosotros tenemos la confianza depositada en vosotros y creemos que los hombres eminentes que gobiernan sabrán contar con la grandeza del papel que les ha sido reservado, que ellos evitarán a su país la desgracia de una lucha que nosotros no deseamos, sino sólo que se nos obligue a aceptarla.”

El ministro me respondió que él estaba dispuesto a cooperar por todos los medios a una solución pacífica, pero que había que tener en cuenta las dificultades que traería al gobierno la petición de los plenipotenciarios; que al lado de la cuestión extranjera no se podía olvidar toda la gravedad de la cuestión interior; que era grande la responsabilidad del gobierno y, sin embargo, él esperaba que con prudencia se arreglaría todo. Me agradeció los sentimientos que expresaba en nombre de los plenipotenciarios de Francia y me prometió hacer personalmente todo lo que le fuera posible para responder a sus leales intenciones. Supe al día siguiente que Doblado había tenido momentos después de mi visita un lenguaje diferente; decía que era imposible creer en la lealtad de una nación que hacía valer en México desde hace algún tiempo reclamaciones que eran poco honorables. Le escribo esto, señor almirante, para darle idea de la confianza que nos será permitido depositar en las palabras del ministro de Estado.

Supe que él trataba directamente con mi colega inglés, que le llevaba de parte del Sr. Wyke proposiciones particulares concernientes a la marcha de las tropas hacia el interior. El comandante Tatham se condujo ante nosotros con una lealtad que no sabría elogiar demasiado. No me ocultó que, según él, deberían de guardarse grandes miramientos hacia el gobierno mexicano, que él pensaba que convenía hacer avanzar primero un limitado número de tropas a reserva de determinar enseguida en las conferencias la marcha del resto; que, por lo demás, estaba convencido que bastaría para que todo se arreglara amigablemente, dejar a los Sres. Wyke y Doblado entenderse, ya que ellos estaban completamente de acuerdo. Él me comprometió a hablar en este sentido, pero al convenir con él en que el gobierno mexicano se encontraba en una posición difícil, le respondí que, portador de un pliego del que no conocía el contenido, no tenía ninguna misión para tratar bajo otras bases; que simplemente me contentaría con apoyar ante los ministros la petición de dejar a todas nuestras tropas ocupar un campamento salubre; que, por lo demás, no tenía ninguna confianza en los hombres que aprovechan todas las ocasiones para hacernos perder el tiempo sabiendo bien que un retardo puede comprometer el éxito de nuestra expedición.

Estas negociaciones del comandante inglés no tuvieron la aprobación del comodoro Dunlop. Durante nuestro viaje de regreso el comodoro escribió al capitán Tatham para expresarle el pesar por haber actuado independientemente de sus colegas. A propósito, agregaré que no es desde hoy que el Sr. Wyke trata por su propia cuenta. Muchos ingleses vinieron a verme en México. Todos han criticado severamente la conducta de su plenipotenciario y me declararon que contaban con Francia, a menos que el comportamiento mantenido por su representante se modificara por sus reclamaciones dirigidas directamente al *Foreign Office*.

En todas estas conversaciones me pude convencer de que la opinión pública estaba en favor del Sr. Saligny y, si algunas personas admitían que nuestro representante había tratado a veces los negocios con demasiada vivacidad, todos estaban de acuerdo en declarar que siempre había tenido razón.

Mexicanos honrados, extranjeros, ministros de las cortes europeas, todos me expresaron las mismas palabras. Tres días después de haber remitido al Presidente de la República la nota de los plenipotenciarios, recibimos la respuesta y nos despedimos de S. E. En esta visita de despedida, el presidente nos manifestó más deferencia aún que a nuestra llegada a México. Él se extendió ampliamente sobre su buena voluntad personal, sobre el deseo de su gobierno de llegar dentro de poco a una solución honorable para México y para las potencias aliadas. Es muy difícil contar con estas promesas. Indígena puro, el presidente Juárez posee las cualidades y defectos de su raza. Se dice, al menos, que es más honrado que los que lo rodean; que es más tenaz, falso y astuto que cualquiera y detesta a todos los extranjeros sin exceptuar a ninguna nacionalidad. Se sabe rodeado de hombres que lo adulan, que hacen de él un verdadero ídolo, pero que no esperan más que el momento oportuno para derrocarlo.

Ya Juárez ha manifestado su deseo de retirarse al interior, abandonar la capital a los enemigos extranjeros y levantar entre los indios la bandera de la independencia.

No hay que ocultar que Juárez, a quien se derrocará con facilidad, podrá más tarde crear grandes dificultades. Su influencia es grande entre los indios y hay que tener en cuenta, previendo el futuro, la posibilidad de un movimiento indígena dirigido contra la raza blanca.

La situación actual del país no puede prolongarse. México atraviesa un estado de anarquía que excede a todo lo que se pueda expresar. Los periódicos del gobierno hablan con ostentación de la solidez del poder, de los progresos que se realizan cada día, de la pacificación de los ánimos y del acercamiento que se opera en los hombres de los diferentes partidos, pero las mentiras acumuladas en sus columnas sólo encuentran incrédulos.

Ningún camino es seguro; el comercio está en parte suspendido; las bandas enemigas circulan hasta las puertas de la capital; las medidas excepcionales tomadas para asegurar nuestro viaje, la inquietud manifestada por nuestro guía cada vez que una escolta le hacía esperar, prueban suficientemente que las comunicaciones no son posibles en ninguna parte del territorio nacional.

En México mismo, sede del gobierno, reina el más espantoso desorden. Esta bella y rica ciudad parece abandonada; no se encuentra allí ningún signo de policía, ninguna organización. Apenas si en las mañanas los transportes públicos pueden salir de la ciudad sin ser desvalijados antes de haber franqueado las murallas.

Los habitantes no salen en la noche sin estar armados; los campos que rodean la ciudad están desiertos y es imprudente, aun en pleno día, aventurarse a una legua de distancia. Durante nuestra permanencia en México ocurrieron en las puertas de la capital encuentros entre los liberales y las bandas reaccionarias.

En semejante estado, es fácil comprender las aspiraciones casi universales en favor de la intervención.

Todos los extranjeros honorables, todos los mexicanos que no están comprometidos, todos los propietarios piden a gritos la llegada a la capital de las tropas extranjeras. Estas aspiraciones, estos deseos, no se atreven a expresarlos abiertamente. Como en todas partes, los hombres corrompidos pero enérgicos, temiendo perder con el establecimiento de

un poder regular, dominan por el terror a las masas que no piden sino un apoyo para rebelarse. Yo he hablado con hombres de las más diversas tendencias políticas, extranjeros de todas las nacionalidades y todos me han dicho lo mismo. En México no hay un hombre que pueda reunir a su alrededor un núcleo suficiente para dominar, no hay un partido al cual se pudieran unir los otros partidos.

Los hombres moderados, honestos, de todos los matices, están prestos a agruparse en torno a un poder fuerte, alrededor de una monarquía apoyada durante algún tiempo por las tropas de las potencias aliadas. Esta opinión es compartida por todos los agentes políticos extranjeros y, por lo demás, no es difícil ver que cualesquiera que sean las pretensiones de ciertos hombres de México de proclamarse republicanos, todo en este país respira el principio aristocrático. La forma monárquica de gobierno es la única que podría detener a México en la pendiente fatal a que lo empujan los revolucionarios. Pero, para que un movimiento en este sentido se produzca, no basta con la presencia de tropas extranjeras en el territorio de la República; es necesario que éstas arriben a la capital; que su posición en el país sea sólida; que la armonía reine entre las potencias; que las gentes tímidas y éstas son numerosas, se tranquilicen al sentirse sostenidas y que nuestras fuerzas sean suficientes para hacer temblar a los autores del desorden y de la anarquía.

Todos los nombres de los candidatos al trono de México que los periódicos de Europa han patrocinado han sido puestos a discusión en el país.

Es muy difícil, almirante, formarse en tan corto tiempo una opinión exacta. La impresión que he obtenido por mis pláticas es que todo príncipe seriamente apoyado por Francia sería aceptado, mientras que ningún príncipe español hallaría simpatía. En nuestro viaje, mi colega de España se pudo convencer de la animosidad que reina en todas las clases sociales contra todo lo que procede de España y no se puede poner en duda que, sin nuestra presencia, sin la presencia de los ingleses, las hostilidades habrían comenzado de nuevo desde hace mucho tiempo y todo arreglo sería imposible entre las dos naciones.

Nuestro regreso a Veracruz se efectuó rápidamente. Nosotros comprendimos la importancia del tiempo y estamos felices de haber podido adelantarnos a los días que se nos había fijado. Durante el camino observé todas las posiciones, me dediqué a tomar todos los datos que me parecían ser útiles para el movimiento de nuestras tropas; siento mucho que el tiempo no me permita dar cuenta del resultado de mis observaciones; será tema de un informe especial. Sin embargo, no puedo terminar esta comunicación redactada de prisa, sin agregar que la marcha hacia México es necesaria si se quiere modificar el estado de las cosas y que, sin la presencia de las tropas en la capital, la oposición al gobierno permanecería tal como está en este momento, es decir, una simple oposición de salón.

Pero una marcha sobre México estaría sembrada de dificultades; las etapas son largas, encontrándose naturalmente reguladas por la posición de los ríos; los transportes son difíciles, los aprovisionamientos no son posibles sino a condición de ser dueños de la región, pues pocas bandas bastarían para detener en los desfiladeros a los convoyes si no se tienen bastantes tropas para ocupar al mismo tiempo las principales ciudades y extenderse por todos los campos que las rodean. Para realizar esto, me parece indispensable ocupar a México con ocho mil hombres, tener dos mil en Puebla y por lo menos mil quinientos en cada una de las ciudades como Orizaba y Jalapa que dominan los caminos que conducen de la Tierra Caliente a las mesetas superiores.

Las guerrillas no pueden ser combatidas eficazmente sino con la caballería y nosotros estamos en este aspecto en un estado de inferioridad muy lamentable. Para resumir mi pensamiento, me parece que los aliados deberían mantener en México una fuerza de 15,000 hombres de infantería y mil hombres de caballería; esta fuerza bastaría para todas las necesidades. Agregaré que sería ilusorio contar con los partidos que se dicen dispuestos a ayudarnos. Hasta el día en que nuestras bayonetas no muestren su valor a estas masas que tiemblan, nadie se pronunciará por nosotros, nadie vendrá a ayudarnos en nuestra marcha hacia el interior. Es en México donde se delinearé la situación; allí hay que llegar sin retardo. Y no sabría repetirlo demasiado, la unidad de objetivos, el

entendimiento real entre las tres potencias, es indispensable para el fin que perseguimos.

Me es imposible terminar, almirante, sin llamar la atención sobre el aspirante Fils James que me acompañó en el viaje. Yo no tengo sino que elogiar sus servicios y hubiera estado feliz de tener cerca de mí a un ayudante de campo tan abnegado si se hubieran presentado dificultades que es posible prever en un país tan desorganizado.

El Sr. De Fils James prestó ya en China servicios de guerra que le valieron ser propuesto para la legión de honor.

Mis colegas de Inglaterra y de España tienen derecho a mi reconocimiento personal por su conducta. Y, si a veces hemos diferido sobre las miras, no hemos cesado jamás de mantener estas cordiales relaciones que son para nosotros en el país una prenda de éxito.

Thomasset
Capitán

SANTA ANNA CONTINÚA CULPANDO A PRIM

Saint Thomas, 31 de enero de 1862

Sr. José María Gutiérrez de Estrada
(París)

Tengo ante mi vista vuestras dos cartas del 16 y 28 de diciembre pasado y con placer me he enterado de su contenido.

Nuestros negocios de México van muy mal. Iba a efectuar mi viaje para Veracruz pero tuve que suspenderlo, pues las noticias no podían ser más deplorables. Por otra parte, nuestros reaccionarios se acogen a la amnistía que el Congreso, muy astutamente, ha decretado y en el último momento se ignoraba aún si quedarían algunos con quienes se pudiese contar. Por otra parte, se teme que el Gral. Prim complicará las cosas para entenderse con Doblado, ministro universal de Juárez y que hace con él todo lo que quiere.

González Echevarría, ministro de Hacienda, tío de la esposa de Prim, asegura que el general en jefe español, en conformidad con sus principios liberales, no hará la guerra al gobierno de Juárez y firmará con él un tratado que tendrá por objeto alejar a los aliados y mantener el *statu quo*. Tales afirmaciones no son simples conjeturas; basta examinar lo expresado por Prim a su paso por Puerto Rico y La Habana y la conducta del Gral. Gasset en Veracruz. Este último prohibió una manifestación que los ciudadanos habían preparado para llamarme y amenazó con expulsar de la ciudad a mi hijo Ángel si tomaba parte en esas intrigas, pues quería evitar que se pudiera decir que los españoles se mezclaban en la política de nuestro país.

Con semejantes antecedentes, usted puede apreciar si he tenido razón de suspender mi viaje hasta que se vea más claro en los sucesos.

Mientras tanto, me parece indispensable que usted se acerque a los gobiernos aliados para descubrir sus verdaderas intenciones y para evitar compromisos superfluos. Sería de desear que se les manifestase que la suerte de México y de otras Repúblicas hispanoamericanas se encuentra actualmente en sus manos y que su gloria sería tanto más grande si por su ayuda el nuevo mundo saliera del caos en que está hundido y se le asegurase un futuro estable y próspero. Que estos gobiernos serían, además, beneficiados en sus intereses comerciales, al mismo tiempo que garantizarían la vida y la fortuna de sus compatriotas, mientras que, en cambio, en lugar de este bien y de esta gloria se expondrían a la imprecación si el fin de la empresa no respondiera a su grandeza, pues estará amenazada por un próximo fracaso si los jefes aliados se atreven a marchar hacia la capital con ocho mil o diez mil hombres solamente.

Usted reconocerá que es indispensable comprender bien las intenciones de estos gobiernos y, si como tengo la convicción, éstas son nobles y desinteresadas, las tres potencias deben comenzar por aumentar sus fuerzas para revestir una noble actitud y para reanimar con sus palabras y sus actos al partido de los hombres de bien de México, partido respetable aunque aniquilado por la rencorosa chusma política que gobierna. Pero, si contra todo lo que se espera, estos gobiernos sólo buscaran el pago de lo que México les debe, sus esperanzas se frustrarían pues el país permanecería en armas y, en consecuencia, no habría ni confianza ni comercio y la confusión aumentaría. De esto resultaría que tendrían que abandonar la empresa para evitar sacrificios inútiles o bien hacer una expedición larga y digna hasta la capital y establecer ahí un gobierno nacional que ofrezca garantías a todos, como lo desean los buenos mexicanos.

Escribo a nuestro amigo Almonte para que actúe cerca de estos gobiernos en el mismo sentido y que trabaje de común acuerdo con usted a fin de incitarlos a una acción más enérgica. En todo caso, cuento con que usted me tendrá al corriente de lo que decidan, a fin de basar mi conducta en estas determinaciones.

Me acuerdo que en vuestras últimas cartas usted no aprobaba el nombramiento del Gral. Prim; los hechos parecen darle la razón. Creo que esta elección va a sernos muy funesta. Un hombre animado de otras ideas hubiera producido un gran bien.

Antonio López de Santa Anna

DESCONFIANZA DEL GOBIERNO BRITÁNICO
POR EL PROCEDER ESPAÑOL EN MÉXICO

Madrid, 1º de febrero de 1862

El ministro de Estado al ministro plenipotenciario de
S. M. en Londres
Excmo. señor:

Mientras V. E. seguía con lord John Russell las comunicaciones de que ha remitido copia con su despacho de 25 de enero y que S. M. se ha dignado aprobar, el principal secretario de S. M. B. para el despacho de los negocios extranjeros, dirigía a sir Crampton un despacho cuyo contenido me ha causado bastante sorpresa.

Reconociendo que el gobierno de S. M. la reina, no se ha separado del convenio de 31 de octubre en las órdenes comunicadas a la autoridad superior de La Habana y a los comandantes de sus fuerzas cree, sin embargo, que el proceder del Gral. Serrano es de naturaleza que puede motivar alguna inquietud y que la salida de la expedición española de La Habana y la ocupación militar de Veracruz demuestran los inconvenientes de una acción combinada a gran distancia de Europa y sujeta, por lo mismo, a la discreción y algunas veces a la temeridad de los generales y diplomáticos respectivos.

Con este motivo, lord John Russell quiere recordar los términos del convenio para hacer observar que las fuerzas aliadas no deben emplearse en privar a los mexicanos de un derecho innegable de elegir su propia forma de gobierno. De semejante proceder, el gobierno de S. M. B. no podría esperar más que la discordia y los contratiempos y los gobiernos aliados tendrían que elegir entre retirarse de la empresa o extender su intervención más allá de los límites del triple convenio. Esta aprensión,

sin embargo, no es hija de sospecha alguna de la buena fe del gobierno de S. M. C. pero, añade, que las autoridades que se hallan lejos necesitan ser vigiladas para no comprometer con actos indefendibles la responsabilidad de sus gobiernos.

Estas observaciones hubieran tenido algún fundamento legítimo antes de pasar V. E. la comunicación a que unió copia de las instrucciones remitidas por el Gral. Serrano a los jefes de la expedición, luego que supo que la voluntad de la reina era que no se verificara su partida de La Habana hasta que no se reuniesen las fuerzas combinadas. Su contenido y las demás explicaciones dadas por V. E. en cumplimiento de las órdenes de S. M. el ministro de Negocios Extranjeros de S. M. B., hubieran podido persuadirle de que no ha sido efecto de indiscreción ni menos de temeridad del digno capitán general de La Habana la salida de la expedición, sino de causas muy naturales y legítimas, justamente apreciadas por aquella autoridad.

El gobierno de S. M. no teme que disposición alguna suya ni de los jefes de las fuerzas de mar y tierra enviadas a México pueda comprometer su responsabilidad con actos de difícil o imposible defensa.

Siendo claras y explícitas las instrucciones que se les han comunicado, tiene plena confianza de que se ajustarán a ellas, dando nuevas pruebas de la lealtad que siempre les ha distinguido en su brillante carrera.

Lord Russell hace justicia a la buena fe del gobierno de S. M. C. y no podría abrigar la menor duda acerca de ella, teniendo presente las respectivas pruebas que ha dado de su completa sinceridad en todas las relaciones con los gobiernos amigos. La acción combinada de las tres potencias en México ha tenido fines claramente determinados y conformes con las ideas que el gobierno de la reina ha consignado en documentos solemnes desde que tomó la resolución de obrar enérgicamente para obtener la reparación de los agravios inferidos por el gobierno mexicano.

Ninguno más celoso que el gobierno de la reina de la independencia y libertad de aquel pueblo. Aunque el convenio no hubiera fijado los límites y el objeto de la acción mancomunada, el gobierno de la

reina se los habría prescrito antes de proceder a vías de hecho contra la República de México y si las cláusulas del convenio no estuviesen de acuerdo con ellos, no se hubiera aceptado. Su deseo y su confianza son que los tres gobiernos persistan en el propósito de cumplirle sin apartarse de él directa ni indirectamente.

En este punto lleva su delicadeza hasta el extremo de creer que la manifestación oficial de un deseo, puede ser causa bastante para influir en el ánimo de los mexicanos, separándoles de la senda que se hayan propuesto seguir. Por esto, el gobierno de S. M. se ha limitado constantemente a manifestar sus votos de que se establezca un gobierno sólido y durable en aquel país, pero sin determinar la forma que deba tener y mucho menos el jefe que deba colocarse a su cabeza. No es de temer que los gobiernos aliados, siguiendo esta línea de conducta, se vean en la necesidad de retirarse de la empresa o extender su intervención más allá de los límites convenidos. La menor duda sobre este punto será ofensiva para cualquiera de ellos y es seguro que ningún hecho vendría a justificarla.

Si por el curso de los acontecimientos debiera sufrir el convenio la menor modificación, tendría que ser ésta objeto de nuevos acuerdos entre los gobiernos que le firmaron. Y, bien serian necesarios si alguno pensase en imponer al pueblo mexicano un gobierno repugnante a sus sentimientos, porque habría de sostenerle con la fuerza, la cual, por considerable que fuese, no bastaría tal vez para dominar todas las resistencias que en el interior de aquel país pudieran manifestarse.

En dos conferencias que he celebrado con sir John Crampton en los días 30 y 31 de enero, he desenvuelto ampliamente estas ideas y S. S. se ha mostrado en un todo de acuerdo con ellas. V. E. las ampliará con las observaciones que le sugiera el conocimiento que tiene de los negocios, en las conferencias con lord John Russell y, desde luego, le hará lectura de este despacho para que se penetre de las intenciones del gobierno de la reina y reconozca la lealtad con que han procedido sus autoridades.

Dios, etc.

Saturnino Calderón Collantes

DE LA FUENTE CONFIRMA
EL PLAN MONÁRQUICO DE NAPOLEÓN

París, febrero 1º de 1862

Sr. don Ignacio de la Llave
Mí muy estimado amigo y señor:

No he recibido ni una nota, ni una carta, ni un diario de México. Probablemente interceptaron los españoles todo lo que me venía. He dicho mal, porque anoche me entregaron el reciente tratado con Bélgica; pero sin el poder y credenciales que se me aseguraba vendrían por otro conducto. Por uno que creo seguro he mandado al ministerio dos extensas notas y he unido a ellas una multitud de tiras impresas interesantes, algunas comprensivas de documentos oficiales y todo relativo a los asuntos de México. Hallará usted incluso algunos duplicados de aquellos papeles y otros que ayer mismo han visto la luz pública en Bruselas, como son los extractos de la correspondencia seguida entre este señor ministro de Negocios Extranjeros y Mr. de Saligny.

Hoy ha acabado de salir con rumbo directo a Veracruz el refuerzo que manda el gobierno francés a la expedición. Este refuerzo completará 6,000 hombres total del cupo francés, contando las primeras tropas que fueron a las órdenes de La Gravière.

La expedición, como usted lo verá por los datos anexos a esta carta, se muestra ya sin el velo que la medio encubría. Se trata de ponernos una monarquía extranjera. El príncipe escogido por el emperador es el archiduque Maximiliano de Austria, que antes mandaba en Venecia. De este modo se espera arreglar la cuestión veneciana a costa de nosotros. Se dice que Maximiliano se excusaba y que, en

consecuencia, se había solicitado al hijo segundo del rey Leopoldo; pero hace tres días que se extendió aquí la noticia de estar allanada la excusa de Maximiliano, a quien se había ofrecido mantener en su apoyo, un cuerpo de ocupación durante algunos años. Inglaterra deja hacer; España renuncia a su candidatura que era por don Sebastián y aplaude el nuevo arreglo; Gutiérrez Estrada y Almonte han tomado a su cargo los trabajos diplomáticos para llevar a cabo esta negociación.

Antes se contaba con nuestras divisiones, con lo que se llamaba nuestra corrupción y nulidad; por eso se mandó tan poca gente; ahora que nos han visto mover piensan que no tenemos valor sino contra los españoles, pero que un puñado de franceses bastará para aterrarnos y desbaratarnos.

Si nos defendemos bien nos salvaremos, porque llegará la mala estación y no se pensará en mandar más fuerzas, porque se verá de una vez cuán larga y dispendiosa es la empresa de subyugarnos; porque la paz en Europa cruje y porque publicada nuestra justicia tendremos todo el partido liberal europeo en nuestro favor. El entusiasmo de México y la actitud noble y enérgica de nuestro gobierno nos han concitado muchas simpatías; pero si nos dejamos arrollar por un puñado de europeos, nos pondríamos debajo de los chinos y marroquíes.

Debe el gobierno en mi pobre juicio publicar, como se ha hecho aquí, la correspondencia que ha llevado con los ministros extranjeros en esta crisis y, especialmente, las concesiones que últimamente les haga. Debemos pagar aunque sea sangrándonos; eso no tiene duda; pero también debemos rechazar, como dice el presidente, todo lo que fuere inicuo y deshonesto. Por esto nos cumple publicar a la faz del mundo nuestras concesiones y repulsas.

Tenga usted por seguro que si penetran los aliados o una parte de ellos a la capital, tendremos un monarca extranjero por remate; y nos quedará la dura tarea de combatir su trono con las peores condiciones del mundo, pues el nuevo rey tendrá en su apoyo a Francia y a España, o a Francia sola que es lo mismo.

Alguna de las tiras adjuntas tiene relación con el Sr. (López) Uraga. Ruego a usted se la muestre, dándole mil expresiones de mi parte. Verá el bravo general que no es posible hablar nada con ciertos hombres.

Aún me queda que hacer a usted otra súplica. Temiendo un extravío o un retardo de la correspondencia que dirijo al gobierno, he de merecer a usted el favor de que mande al señor presidente una copia de esta carta y las tiras que en ella van inclusas después que usted las hubiere leído.

Con mil cosas para el Sr. Emparan y su familia, me repito de usted con toda verdad, su más adicto amigo y seguro servidor q. b. s. m.

Juan Antonio de la Fuente

P. D.

Yo guardo aquí una posición fatal: había pensado pedir mis pasaportes e irme a los EE. UU., pero la proclama del presidente que abre la vía a las negociaciones y las facultades del gobierno para conducir definitivamente tratados, me han hecho cambiar de parecer. He tomado también en consideración el nuevo encargo para Bélgica. Esperaré todavía; mas si las hostilidades se rompen por allá, será imposible continuar en París.

Por supuesto, si se logra entrar en negociaciones con los aliados y mucho me temo que la cosa no sea posible con Francia y con España eso sólo podrá tener lugar allá mismo. Acá no querrían hacerlo ni yo tengo instrucciones.

ALMONTE SALE RUMBO A MÉXICO

París, 1º febrero de 1862

Sr. doctor don Francisco Javier Miranda
Mí querido amigo doctor:

A su tiempo recibí las dos gratas de usted del 28 de diciembre y 7 de enero, que leyeron con la misma atención que yo, los Sres. Almonte y Gutiérrez Estrada. Mucho se me ocurriría si tuviese tiempo para responderlas; pero ya me vuelven loco con las muchas partes a donde me llaman a la misma hora. Somos a 1º y apenas tengo escritas dos cartas para ésa. A bien que en este paquete sale para México el Gral. Almonte y él será carta viva que responderá a las de usted y le instruirá además de lo mucho y grave que lleva *in petto*.

Únicamente añadiré que comprendo la situación de usted, pero no podré ya disculpar el que se emplee a Miramón cuando tanto contribuí yo a hundirle aquí ayudado de las noticias y razones de usted mismo contra él. Debo ser coherente, además de que no tengo motivos para variar de opinión. No olvide usted que los franceses no le han de proteger, pues conocen su nulidad, su ambición y su manejo ridículo por la intervención. Sobre Santa Anna nada tengo que decir.

Adiós, escríbame usted y reciba un abrazo de su amigo q. b. s. m.

José (Manuel) Hidalgo

MIRAMÓN ES ENVIADO A LA HABANA EN UNA FRAGATA
INGLESA DE GUERRA

Excmo. señor (Primer secretario de Estado)
(Madrid)
Muy señor mío:

Según tuve el honor de manifestar a V. E. en mi despacho número 10, fue extraído el Gral. Miramón del paquete inglés y trasladado a un buque de guerra de la misma nación.

Contra lo que se nos había hecho esperar, no se permitió a dicho general que regresase a La Habana en el mismo buque en que vino, sino que permaneció en el de guerra en que se hallaba detenido. Enterado de esto hice presente al ministro británico que el hecho de haber arrestado al ex-presidente de México era ya bastante grave, sin recargarlo aún más con una detención prolongada. A esto me contestó sir Charles Wyke que tenía noticia de que un número bastante crecido de amigos políticos del general, pensaba tomar pasaje en dicho paquete con objeto de apoderarse del buque al hallarse en alta mar y conducir a algún otro puerto de esta República a dicho ex-presidente; que, por tanto, habían resuelto enviarle en el buque inglés en que dicho señor se encontraba a la isla de Bermudas.

Arguyendo yo contra esta última resolución y cediendo el ministro inglés a mis razones, ha dispuesto que la fragata inglesa de guerra *Phaeton* conduzca al mencionado personaje a La Habana, lo cual se llegó a efectuar hace tres días.

Dios, etc.

Veracruz, 6 de febrero de 1862.

(Juan) Prim

SE PIDE A MARGARITA SU AYUDA PARA EL HOSPITAL DEL
EJÉRCITO DE ORIENTE

Sra. doña Margarita Maza de Juárez
México

Honradas por el honorable ayuntamiento de esta ciudad con el filantrópico encargo de coleccionar donativos para el hospital de sangre del ejército de oriente, nos tomamos la libertad de excitar los ya muy conocidos buenos sentimientos de usted, para que se digne con empeño ser nuestra mejor colaboradora en esa capital y, unida a otras señoras de la misma, tan benignas y generosas cual usted, invite a los habitantes de ella, a fin de que cooperen a que la colecta que se nos ha encomendado sea tan abundante como la humanidad y el patriotismo se interesan hoy a favor de los inválidos y buenos hijos que defienden la integridad de la República, exponiendo su salud y su vida.

Muy oportuno nos parece incluir en ésta una lista de los efectos que el hospital indispensablemente necesita para alimentos, abrigo y otros auxilios que han de darse a los heridos, con el objeto de que cada bienhechor elija los efectos que le sea más fácil proporcionar.

Deseamos merecer de usted se digne, a la vez que tenga a bien, disponer una o más remesas de los efectos del donativo, consignarlos a disposición del presidente interino del honorable ayuntamiento de esta ciudad, don José Antonio Abrego.

Nos es grato aprovechar esta oportunidad para protestar a usted, con tal motivo, las consideraciones de nuestro distinguido aprecio y respeto.

Orizaba, enero 21 de 1862.

Josefa Abrego
Secretaria
Trinidad Llave
Josefa Llera

Ignacia Mendizábal
Presidenta
Concepción Acebedo
Cristina Zamora

Lista de los objetos que necesita el hospital
de sangre del ejército de oriente:

Aceite de olivo. Azúcar. Aceite sasamino sin fuego. Almohadas. Colchones. Cobertores. Chocolate. Camisas. Colcha. Escupideras. Fideos. Frijol. Frazadas. Fundas de almohada. Hilas. Harina. Jabón. Lana. Lienzo nuevo y usado. Maíz. Manteca. Medicinas. Manoplas. Mostaza. Ollas de hierro y de lata. Pisteros. Postillos. Sábanas. Vasos de cristal y de lata.

Orizaba, enero 21 de 1862.

POR LA PRENSA, MARGARITA PIDE COOPERACIÓN
PARA EL HOSPITAL DEL EJÉRCITO DE ORIENTE

Casa de usted, enero 27 de 1862

Señores redactores del *Siglo Diez y Nueve*
Señores de mi atención:

Suplico a usted tenga la bondad de publicar en su acreditado diario, la comunicación que me han dirigido las señoras que componen la comisión de caridad en Orizaba, así como la lista que acompañan y que expresa los artículos que se necesitan para el hospital de sangre de aquella ciudad.

Aceptando yo con el mayor gusto el encargo con que se me ha honrado invito, por medio de ustedes, a las señoras de esta capital que tengan a bien cooperar para objeto tan patriótico como humanitario, contribuyendo con los efectos que gusten de los mencionados en la lista y que pueden remitir a ésta su casa, calle de la Moneda número 1, mientras el respetable ayuntamiento de esta ciudad, señale el lugar y la persona que deban recibir dichos artículos para remitirlos oportunamente a la comisión de caridad de Orizaba.

Me tomo la libertad de suplicar a los demás señores redactores de los periódicos de esta ciudad, se sirvan insertar en sus respectivos diarios este comunicado y los documentos a que se refiere. A ellos lo mismo que a ustedes, señores redactores, agradecerá este servicio su muy atenta servidora.

Margarita Maza de Juárez